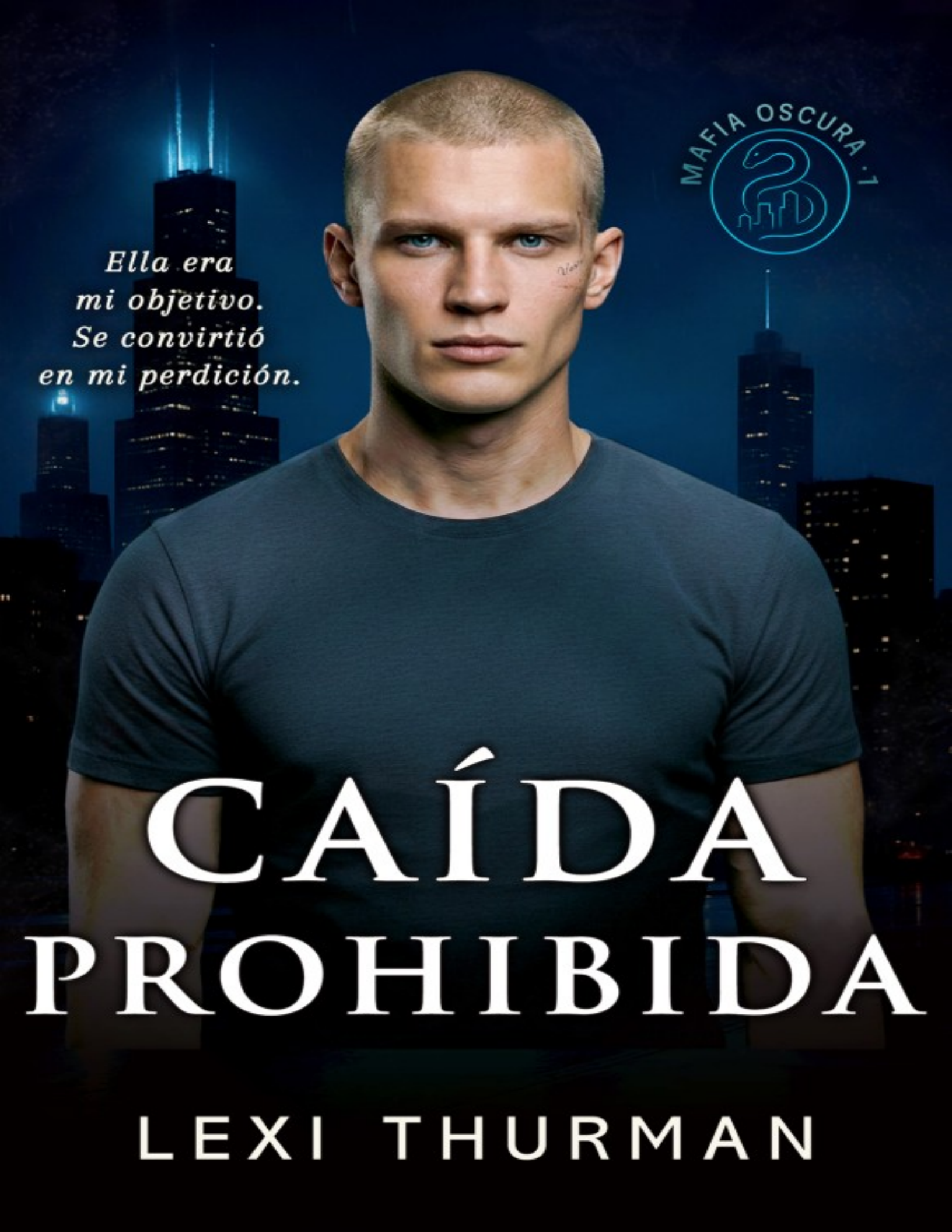

MAFIA OSCURA ·1
Ella era
mi objetivo.
Se convirtió
en mi perdición.
CAÍDA
PROHIBIDA
LEXI THURMAN

PRÓLOGO

Scott

Siempre he sabido que tenía un problema.

No sé cuándo comenzó exactamente. Tal vez desde que era un crío que apenas estaba empezando a comprender la mierda de vida que le había tocado vivir, tal vez era algo que iba en mi genética, en mi sangre. De tal palo, tal astilla. Eso dicen, ¿no?

Una vez que algo entra en mi cabeza, no puedo dejarlo ir. A veces es una idea, a veces un pensamiento, a veces una deuda, a veces un error que alguien cometió. Otras, una persona. Es una obsesión que me consume.

Mi primer recuerdo fue el conejo. Ese conejo de ojos verdes y pelaje gris que me observaba desde la ventana del vecino, en la casa de mi madre. Desde el primer instante en el que lo vi en su jaula supe que tenía que liberarlo. Traté de olvidarlo, pero mañana tras mañana lo veía cuando pasaba para ir al autobús del colegio. Y en una de esas mañanas, lo hice; lancé una piedra y rompí la ventana. Liberé al conejo, pero antes de poder cogerlo, el animal corrió y lo atropelló un coche.

Tan solo tenía cuatro años cuando eso sucedió, pero lo recuerdo como si fuera ayer.

Solo fue el principio. Al igual que con el conejo, he arruinado cosas por no saber parar, por no saber detenerme. Porque cuando algo se instala en mi mente, no puedo dejarlo ir.

Durante años logré controlar mis obsesiones, logré aplacarlas con deporte y disciplina. Logré mantenerme bajo control.

Hasta que la conocí. Hasta que conocí a Glenda Mancini y me miró con los mismos ojos verdes con los que me había mirado aquel conejo cuando yo era un crío.

Y entonces, todo mi esfuerzo se fue por la borda.

Porque lo que Glenda no sabía era que, cuando yo quiero algo, es el final para ella y para mí.

CAPÍTULO 1

Glenda

Como hija de un don de la mafia, estoy acostumbrada a hacer cosas que no me gustan, incluso a aceptarlas y encontrar la manera de sacarlas provecho. Pero, en esta ocasión, era algo que me estaba resultando no solo un arduo trabajo, sino prácticamente insoportable.

En general, las bodas me resultan tediosas. Son ceremonias huecas, donde los novios se intercambian un «te quiero» que suena ensayado, y los invitados hacen como si lo creyeran, fingiendo que no han venido solo por la comida, el vino y la ocasión de lucirse.

Pero jamás he detestado tanto ir a una como a la de Damiano Mancini.

Odio a ese cabronazo. De todas las malas decisiones que tomó mi padre, acostarse con la prostituta de su madre fue la peor de ellas.

Damiano no es parte de la familia, nunca lo ha sido. Solo es un hijo bastardo, uno que no debería llevar nuestro apellido y lucirlo como si le perteneciese. Él no es un Mancini. Nunca lo había sido. Y debería haberse quedado en las cloacas de las que provenía.

Ni siquiera entendía por qué Mauro se lo permitía. Como tampoco entendía por qué teníamos que asistir a su boda. Encima, después de lo que le habían hecho a Gastone.

Pero claro, a Mauro *nada* le importaba.

—¿Cómo de cutres hay que ser como para no hacer un banquete como Dios manda? —se quejó Ada mientras arrugaba la nariz.

—Además esta todo malísimo. —Mirella puso una mueca de asco—. ¿A qué si, Glenda?

Pero yo no respondí, porque apenas estaba escuchando la conversación. Mi concentración estaba fija en Mauro, mi hermano

mayor, quien estaba sonriendo —o una mueca un poco escalofriante que él consideraba una sonrisa— con Damiano. Como si se lo estuviera pasando bien, como si estuviese disfrutando de la boda de su hermano bastardo.

—¿Glenda? —Ada me dio un pequeño apretón en el hombro que consiguió sacarme de mi ensoñación.

—Asqueroso —musité observando el cornetto crujiente de tartar de salmón que Mirella sostenía en su mano.

Aunque ciertamente no había probado ni un solo pedazo de ninguno de los aperitivos que servían. No lo necesitaba para saber que, pese a que seguramente había exagerado y Mirella también, la comida que ofrecían era mediocre.

Ostras servidas sobre hielo seco y decoradas con perlas de limón que prometían sofisticación pero carecían de frescura y sabor, las mini brushettas con tomates insípidos que parecían de supermercado y los langostinos recocidos servidos en vasitos de cóctel aguado. Todo colocado con precisión sobre bandejas relucientes, pero sin alma ni creatividad; sin riego. Todo puro adorno para impresionar a quienes no son capaces de distinguir una salsa bien hecha de un aderezo artificial.

Es decir, casi cualquier persona que se encontraba en aquella boda.

Mamá siempre me lo decía, y no se equivocaba: el dinero no compra un buen paladar. Puedes sentarte en los restaurantes más lujosos del mundo, probar los platos más caros y comprar los ingredientes más exquisitos, pero eso no garantiza que sepas apreciarlos. El paladar no está hecho para la boca del cerdo, por mucho dinero que tenga el cerdo.

—Tenemos que ir de compras —propuso Mirella—. Hace muchísimo que no vamos juntas.

Con muchísimo, se refería a tres días.

—Yo me apunto —respondió Ada—. Necesito unos zapatos y un bolso.

Los padres de Ada le habían construido otro vestidor solo para guardar los complementos. No necesitaba ninguna de las dos cosas, pero aun así las compraría.

—¿Tú también vienes, no? —me preguntó Mirella.

—Por supuesto —dije con menos entusiasmo del que lo hubiese hecho en otro momento.

Pese a que me gustaba ir de compras, últimamente se había vuelto aburrido y predecible. Sentía que necesitaba algo nuevo, algo diferente, pero no sabía él qué. A diferencia de mis amigas, yo tenía mi propio negocio. Ganaba mi propio dinero, con mi servicio de catering exclusivo. Afortunadamente, no me habían contratado para esa boda porque tampoco habría aceptado.

—Después podemos ir a comer. Han abierto un nuevo restaurante en …. —comenzó Mirella.

—¿Y por qué no vamos a club de campo? —sugirió Ada, interrumpiéndola—. Así estreno mis McQueen nuevas. Las compré hace tres meses y no he tenido la oportunidad de lucirlas.

Eso no era una novedad, ya que ella no estrenaba ni la mitad de lo que se compraba. Aunque ninguna de nosotras lo hacíamos.

—Siempre igual —se quejó Mirella, poniendo los ojos en blanco —. Vas al club de campo, te vistes con ropa deportiva, pero no haces ningún deporte.

—¿Como que no? Voy a la cancha de tenis, a la de baloncesto y…

—Vas, pero no practicas ninguno de esos deportes.

—Pasear es un deporte.

—Solo lo haces para que los hombres te miren —intervine con una mueca de aburrimiento.

Ada se pasó la mano derecha por la coleta, como si quisiese peinar mechones rebeldes que no tenía, y entornó los ojos en un gesto de queja.

—Como si tu no lo hicieses también.

Tenía razón. Me gustaba gustar; un «se mira, pero no se toca». Sin embargo, últimamente, también se había vuelto aburrido. Tal vez porque ya no había emoción en el juego, ni desafío. Todo era demasiado fácil. Las miradas ya no me hacían sentir nada, y los halagos sonaban como eco: bonitos, pero vacíos.

—Vamos al club de campo si queréis —cedió Mirella con un suspiro tan prolongado como exagerado—. Pero entonces, voy a

contratar una clase de tenis.

—Juegas a tenis perfectamente.

Las dos lo hacíamos. Habíamos participado en más de un torneo del club por parejas que habíamos ganado.

—Pero el nuevo profesor que han contratado no lo sabe. —Me guiñó un ojo—. ¿Lo habéis visto? Parece recién salido de una agencia de modelos.

—Y luego me criticas a mi —resopló Ada, dándole un sorbo a su copa.

—Yo hago deporte —replicó Mirella—. Sudo y esas cosas.

—Yo hago sudar a los hombres, y eso cuenta como deporte —argumentó Ada, provocando que tanto Mirella como yo pusiésemos los ojos en blanco.

Mirella le respondió, pero yo dejé de escucharlas, ya que atisbé a Alessandro al otro lado de la sala. Acababa de aparecer mi distracción perfecta. Me daría algo lo suficientemente motivador para hacer y no tendría que estar conteniéndome para no bullir de rabia al ver a mi hermano pasearse con Damiano o asquearme por cada segundo que pasaba allí.

Observé mi reflejo en la copa de champagne intacta que sostenía en mi mano derecha, y con la izquierda me pasé una mano por mi cabello largo y rubio, peinándomelo, pese a que no tenía un solo mechón fuera de lugar.

—Voy a ir a saludar a Alessandro —les dije, pasándole la copa a Ada—. Con suerte, la próxima boda a la que vais a ir invitadas como mis damas de honor va a tener mucha clase. Y la comida va a ser exquisita.

Si aquel día no hubiera estado tan distraída, tan asqueada con tener que estar allí, me hubiera dado cuenta de que algo no iba bien. Hubiera percibido la mirada que Ada y Mirella compartieron, cómo mi copa se balanceó en la mano de la primera y la manera en la que a la segunda le tembló ligeramente el labio inferior. También hubiera escuchado los cuchicheos detrás de mí.

Caminé entre los invitados, casi todos pertenecientes a nuestro círculo. No entendía qué hacían en la boda de Damiano, aunque era evidente que había sido mi hermano quien había confeccionado la

lista: no había un solo invitado del lado de la novia. Había escuchado que celebrarían otra fiesta aparte, solo para los suyos. Su mundo y el nuestro no podían mezclarse. Otra razón más por la que no comprendía cómo Mauro había aceptado participar en esto. En cómo aceptaba a Damiano a pesar de todo lo que había hecho y seguía haciendo. Y encima, Audrey, la que desde hacía unas horas era su mujer, era un peligro para nuestro mundo, pero a Mauro no parecía importarle.

Los saludé a todos, pero no me detuve con ninguno de ellos, porque tenía un objetivo claro. E iba a llegar hasta él cuando impacté contra algo. O, más bien, alguien. Y qué demonios, fue él quien impactó contra mí.

—¡¿Qué cojones?! —mascullé, enfurecida.

—Para ser una princesita de la mafia eres bastante vulgar.

Por supuesto que tenía que ser *él* quien se chocase conmigo. El pegamento de Damiano. Scott.

Claro que él tendría que estar en la boda de su jefe, ya que era su mano derecha. Y también era tan insoportable como él. Tan solo lo había visto en unas pocas ocasiones, pero las suficientes para darme cuenta de que estaban hechos de la misma pasta. Los dos salían del mismo estercolero.

Scott era alto y corpulento; yo medía un metro setenta y cinco y llevaba tacones, y aun así me sacaba casi una cabeza. Su cabello rubio era escaso, apenas cubría el cuero cabelludo. Sus ojos azules eran como dos témpanos de hielo, nunca había visto unos tan claros. Las facciones duras, casi cinceladas, y el tatuaje negro que recorría su pómulo derecho hasta la sien le daban un aire peligroso, como si acabara de salir de prisión. ¿Quién en su sano juicio se tatuaría la cara?

Al menos había tenido la decencia de ponerse un traje, pero no llevaba corbata.

—Apartate de mi camino —espeté, ignorándolo.

—¿Y si no quiero?

—No estoy de humor para perder mi tiempo con gente como *tú*.

—Tú nunca estás de humor.

—No cuando se trata de ti. —Fui a responder cuando sentí algo en mi mano derecha y me di cuenta de que sostenía mi muñeca—. Suéltame.

Scott bajó la mirada hasta el punto que conectaba mi muñeca y su mano, como si él tampoco se hubiera dado cuenta hasta ese momento. Pero después apretó la mandíbula y me miró con dureza.

—¿Y si tampoco quiero hacerlo? —Di otro tirón, tratando que me soltara—. Es broma, no tengo ningún interés en tocarte —dijo antes de que pudiera contestarle, soltándome como si mi agarre quemara.

No sé si fue la rabia con la que lo dijo, o tal vez esa manera de apartarse de mí como si le asqueara, pero algo en ello hizo que un picazón se instalara en mi pecho. Tal vez por eso contesté:

—Más le gustaría a una escoria como tú poder estar conmigo. Ni en tus mejores sueños podrías pasar ni unos minutos con una mujer como yo.

—¿Eso es lo qué crees, Glenda? —Scott avanzó un paso hacia mí, tan cerca que pude sentir su aliento a cerveza sobre mi rostro. ¿En serio estaban sirviendo cerveza en una boda?—. Por supuesto que lo crees. Los que son como tú os creéis que todos estamos muriéndonos por estar con vosotros, por incluso compartir el mismo aire. Pero te voy a decir algo: no es así. Daría todo lo que tengo por ni siquiera volver a toparme con los que son como tú. Porque me llamas escoria a mí, pero la verdadera escoria sois vosotros. —Antes de poder parpadear, Scott se había separado de mí y dado la vuelta, alejándose.

—Imbécil —mascullé.

No me permití detenerme ni un solo segundo más. Seguí caminando hacia Alessandro, tratando de olvidarme de la existencia de Scott, aunque en lo único que podía pensar era que él recordaba mi nombre. Esta boda debía estar afectando mi cerebro.

Alessandro esbozó una sonrisa cuando me vio. Los dientes blancos perfectamente alineados, contrastando con su bronceado.

—Hola, guapo —lo saludé.

Él le hizo un gesto a su hermano para que se alejara y avanzó un paso hacia mí para posar su mano en la parte baja de mi espalda

y darme dos besos.

—Glenda —su mirada descendió por mi cuerpo, recorriendo mi vestido de *charmeuse* color lavanda, que se ceñía a mis curvas con una caída perfecta—. Estás… guau. Espectacular.

—Lo sé. —Esbocé una gran sonrisa mientras parpadeaba exageradamente—. Tú también estás muy guapo.

——Gracias, *amore mio* —dijo con suavidad con un marcado acento italiano. Pese a haber nacido en Chicago como yo, Alessandro había cursado todos sus estudios en Milán—. ¿Estás bien? —preguntó, su sonrisa decayendo un poco—. Te he visto hace unos minutos con…

—¿Scott? —terminé por él al darme cuenta de a quién se refería —. No, él es insignificante. —Hice un gesto con mi mano a la vez que chasqueaba la lengua.

El rostro de Alessandro se ensombreció.

—¿Os conocéis? —inquirió con cautela.

—Afortunadamente, no.

Aquella respuesta no pareció convencerlo.

—Pero sabes su nombre y estabais muy cerca.

—Se ha chocado conmigo y es un imbécil. Tan solo eso. —Suspiré y negué con la cabeza, no queriendo seguir hablando de Scott. Bastante tenía con haber tenido que acudir a esa boda—. No te he visto en la ceremonia —dije, cambiando de tema.

Nunca solía tardar tanto tiempo en acercarme a hablar con Alessandro, pese a que en muchas ocasiones tendía a hacerme de rogar.

—¿No? —La sonrisa permanente de Alessandro cayó ligeramente y me miró cómo si estuviera intentando evaluarme, aunque no entendí el porqué—. Pues he estado ahí.

—Supongo que tú también estás obligado a asistir a esta parodia. —Alessandro fue a responderme, pero hablé antes de que pudiera hacerlo, dispuesta a no seguir envenenándome y centrarme en lo que verdaderamente me interesaba—. ¿Tú a mí sí me has visto?

—Yo siempre te veo, *bellisima*.

Alessandro me guiñó un ojo y yo solté una pequeña carcajada perfectamente calculada.

Alessando Vespucci, al igual que yo, pertenecía a una familia de la mafia italiana de Chicago. Era el mayor de dos hermanos, quien dentro de unos años, sería el futuro heredero de su familia. Guapo, carismático y con poder. Lo que lo convertía en el candidato perfecto para ser mi marido.

Sabía que nuestros padres habían estado hablando para que nos comprometiéramos. Pero mi padre falleció antes de que pudiesen llegar a un acuerdo. Por eso me sorprendía que aún Alessandro no me lo hubiera pedido. Pero sabía que no tardaría en hacerlo

Porque él era un príncipe que buscaba a una princesa. Una que le convirtiese en rey. Y yo quería casarme con un rey.

—¿No bebes nada? —me preguntó Alessandro, mirando mis manos vacías.

—Para bebida mala, paso. No tengo sed.

—¿Ni siquiera por mí? —Alessandro le hizo un gesto a una camarera que pasaba con una bandeja de copas y cogió dos.

—Solo por ti —contesté, sosteniendo sin ganas la copa. A veces, coquetear era demasiado cansado—. Pero solo si brindamos.

—¿Por qué quieres brindar?

—Mmm... no sé... —Hice una pausa calculada mientras mordía mi labio inferior, fingiendo estar pensativa—. ¿Qué tal por nosotros?

Alessandro sonrió.

—Por supuesto, *amore mio*.

Alcé mi copa y él la suya, pero justo antes de que chocaran, una voz nos interrumpió.

—¡Hola! —Mi amiga Lora se acercó a nosotros. No la había visto hasta ese momento, algo que en otra ocasión me habría extrañado y hasta la habría buscado. Pero esa boda estaba sacándome de quicio.

Esbocé una sonrisa, un poco irritada por la interrupción. ¿Por qué nos molestaba? Lora generalmente solía ser la más respetuosa de todas. Ella nunca me interrumpía cuando estaba con Alessandro.

—¿Por qué brindáis? —preguntó, colocándose al lado de Alessandro. Me fijé en el semirecogido que había escogido, que

dejaba algunos mechones pelirrojos sueltos alrededor de su rostro. Sin embargo, el vestido rosa palo que llevaba era, sin duda, muy poco favorecedor—. ¿No me digas que te me has adelantado y le estabas contando a Glenda la buena noticia? —le preguntó a Alessandro pasando una mano por sus caderas.

—¿Noticia? —repetí, confundida—. ¿Qué noticia?

Mi mirada descendió hasta la mano de Lora. Sus uñas, brillantes y del mismo color que su vestido, contrastaban con la tela azul del traje de Alessandro. ¿Desde cuándo tenían tanta confianza? Lora y Alessandro no eran precísamente cercanos; las únicas palabras que habían compartido era cuando Lora me hacía la cobertura. ¿Y por qué tenía la sensación que, con ese gesto, Lora estaba marcando territorio?

Lora esbozó una gran sonrisa y acercó aún más a Alessandro.

—¡Alessandro y yo vamos a casarnos! —gritó con tanto entusiasmo que no habría persona en la faz de la tierra que no la hubiera escuchado—. ¡Estamos prometidos!

¿Cómo que estaban prometidos? Pero si Alessandro iba a pedírmelo a mí. Él iba a ser mi futuro marido, no el de Lora.

Eso debía de tratarse de una broma. Lora me estaba tomando el pelo y se había compinchado con Alessandro. Miré a Alessandro esperando que él me confirmara que todo era una broma, pero no se estaba riendo.

—Nos casamos —confirmó con una sonrisa tensa.

—Aunque todavía hace falta hacerlo oficial. Me falta el anillo. —Lora estiró hacia mí su mano vacía, alzando el dedo donde debería ir su anillo de compromiso—. ¡Me caso, tía! ¿No es genial?

Alcé mi copa y prácticamente me la bebí de un trago. Después puse la sonrisa más falsa de toda mi vida.

—Simplemente genial.

Si creía que el día no podía empeorar, definitivamente me equivocaba. Porque lo que no sabía en ese entonces era que lo peor estaba por llegar.

CAPÍTULO 2

Scott

Los ricos creen que el mundo les pertenece. Se sienten invencibles, impunes, intocables. Piensan que todo fue hecho para ellos y, de alguna manera, así funciona. El dinero abre puertas que para el resto permanecen cerradas, puertas que ni el esfuerzo más duro ni la mayor determinación pueden forzar.

Pero el dinero también los vuelve perezosos, convencidos de que con solo levantar una mano obtendrán todo lo que desean. Hasta que alguien se planta frente a ellos y les demuestra que su poder no es absoluto. Hasta que alguien decide que ya no va a agachar la cabeza.

Yo me prometí hace años que sería ese alguien, que nunca más volvería a inclinarme ante ellos.

Sin embargo, ahí estaba: en esa maldita fiesta, rodeado de putos ricos, de la gente que más detestaba. Pero no era una fiesta cualquiera; era la boda de Damiano. Y él quería que yo estuviese allí. Le debía todo lo que tenía, era como un hermano para mí, y daría mi vida por él. Pero eso no quería decir que estuviese de acuerdo con todas las decisiones que tomaba. Y nunca comprendería por qué cojones había invitado a los Mancini a su boda. Ni tampoco por qué se habían salido de rositas después de todo lo que habían hecho, de lo que le habían hecho a Paola.

Esa familia jodía todo lo que tocaba. Y, aun así, seguían liderando, siendo una de las familias más poderosas de la mafia de Chicago.

«Porque los poderosos siempre se salían con la suya».

No. Me negaba a que eso pasase.

—¿Es que no vas a quitar esa cara de culo? —me preguntó Damiano, acercándose a mi lado.

—Lo haré si me dejas matar ahora mismo a esta panda de hijos de puta.

—Estás desarmado —señaló Damiano.

Nos habían quitado las armas en la entrada. La mafia y sus códigos de mierda. Como si esa panda de italianos tuviese honor.

—No necesito armas para estrangularlos con mis propias manos —repliqué, con los labios tan apretados que mis palabras salieron estranguladas.

Mi mirada se fijó en Mauro Mancini. Sostenía una copa de lo que seguramente sería un champagne valorado en cientos de dólares, mientras asentía a algo que le estaba diciendo otro de los invitados. Lo odiaba con toda mi puta alma. Si pudiera empezar con mi escabechina, sin duda alguna comenzaría por él.

Mauro era el cabecilla, el que movía todos los putos hilos. Con su traje de tres piezas hecho a medida y ese aire de sofisticación calculada, fingía decencia, pero no tenía ninguna. Porque si la hubiera tenido, Paola estaría viva.

Damiano arqueó una ceja en mi dirección, pero antes de que pudiese responderme, Mauro comenzó a caminar hacia nosotros.

—Parece tu sombra, lleva toda la boda pegado a ti —dije lo suficientemente alto para que Mauro me escuchase, pero a este mis palabras no parecieron importarle lo más mínimo. Aunque, ¿por qué lo harían? Nada de lo que dijese alguien como yo merecía su atención. Porque para Mauro la gente como yo eramos basura. La clase de mierda que uno pisa sin querer y ni se molesta en limpiar.

Y también lo era Damiano. Pero, al parecer, este parecía haberlo olvidado.

—Damiano, ¿podemos hablar un momento? —Mauro señaló con la cabeza al hombre con el que había estado hablando, quien se había quedado a unos pasos de nosotros. Me sonaba vagamente, pese a no estar seguro de quién era. Pero por la forma en la que se movía y el traje caro que llevaba, era evidente que era un pez gordo. Aunque me importaba una puta mierda.

—¿Tiene que ser ahora? —Damiano chasqueó la lengua, claramente irritado—. El baile está a punto de comenzar y Audrey quiere que seamos los primeros en salir a la pista. —Entornó los

ojos, como si aquello le pareciera ridículo, e hizo un gesto con la mano—. Una tradición que ella quiere mantener.

Si no estuviera tan cabreado, me habría descojonado al ver a Damiano preocupado por un baile nupcial

Mauro asintió, como si lo comprendiera. Como si de verdad le importara algo más que no fuera su culo de oro enfundado en un traje de miles de dólares.

—Serán solo unos minutos. El senador Wilson tiene una propuesta que quiere hacerte.

Damiano miró al hombre que seguía en el mismo lugar que antes, pero que alzó su copa hacia él. Después, entrecerró los ojos y apretó la mandíbula de esa manera que hacía cuando estaba a punto de hacer algo que no le apetecía una puta mierda, y espetó:

—Está bien.

Mauro movió levemente la barbilla para después clavar sus ojos en mí. No pronunció ni una sola palabra, pero entendí perfectamente el mensaje: sobraba. Como si yo quisiera seguir compartiendo espacio con ese gilipollas. Ya era un milagro que no lo hubiera matado aún.

—No tengo ningún interés en unirme a vosotros —escupí con rabia—. Los negocios que se realizan en las bodas no son los míos. Prefiero mancharme las manos, no soy un puto cobarde.

Como lo era él.

La expresión de Mauro permaneció imperturbable.

—Las bodas pueden ser más peligrosas de lo que crees, Scott.

¿Qué cojones?

—¿Me estás amenazando? —Di un paso hacia él.

Pero no pude dar un segundo, porque Damiano colocó una mano en mi hombro, deteniéndome.

—Scott, ¿por qué no buscas a Audrey y le dices que el baile tendrá que retrasarse unos minutos? —Aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una orden.

Damiano no quería que me enfrentase a su medio hermano mayor. Al parecer, ahora éramos aliados. Después de todo lo que habíamos descubierto, después de todo lo que habían hecho. A

Damiano parecía importarle una puta mierda, porque seguía queriendo hacer negocios con ellos.

Y yo no lo entendía. No comprendía cómo podía bajarse los pantalones.

Porque cada vez que veía a Mauro no podía evitar recordar a Paola sonriendo y pensar que ahora mismo podría estar disfrutando de su vida. Aunque no fuera conmigo. Pero estaría viva, joder.

—Scott. —El agarre de Damiano se intensificó hasta llegar a ser doloroso, pero yo no sentía nada.

Mi mirada no se apartó de Mauro ni durante un solo instante.

Tal vez debería mandar todo a la mierda y matarlo en ese mismo instante. ¿Qué importaba si Damiano terminaba con mi vida después? Merecería la pena. Estaba a punto de hacerlo cuando una voz nos interrumpió.

—Mauro. —Alessandro Vespucci se acercaba a nosotros, con una joven pelirroja colgando de su brazo.

Desgraciadamente, conocía a ese imbécil. Había coincidido con él en algún que otro negocio al que me había visto obligado a acudir. Los Vespucci eran una de las familias de la mafia italiana de Chicago. No les iba mal, pero no eran tan poderosos como los Mancini. Algo que Mauro hizo muy evidente por la forma en la que ni siquiera se dignó a mirarlo.

—Ahora no puedo, Alessandro. Estoy ocupado.

Alessandro asintió. Incluso parecía aliviado, pero, por la forma en la que la pelirroja clavó sus sandalias de tacón en el suelo, negándose a moverse, parecía no estar dispuesta a darse por vencida.

—Solo queremos saber si podemos hacer oficial nuestro compromiso delante de todos.

Antes de que Mauro pudiera responder, Damiano la miró fijamente.

—Es mi boda. El protagonismo es de mi mujer, Audrey. Si queréis celebrar vuestro compromiso, organizad vuestra propia fiesta.

La joven tragó saliva y lanzó una mirada de reojo a su prometido, esperando que la defendiera. Pero no lo hizo. Al

contrario, se giró, obligándola a seguir su movimiento.

Pobre ilusa. Por fortuna, había coincidido muy poco con Vespucci, pero lo suficiente para darme cuenta de que no tenía dos huevos bien puestos. Era un cobarde.

—No tengas en cuenta a Lora —le dijo Mauro a Damiano a la vez que le hacía un gesto para que lo siguiese—. Es la hija de uno de mis capitanes. Está demasiado emocionada con su compromiso y se olvida de los modales.

Damiano le respondió, pero yo no lo escuché porque se alejaron de mí, uniéndose al senador. Los tres se marcharon y vi cómo salían del salón del hotel donde estaba celebrándose la fiesta, probablemente en busca de un despacho donde hablar lejos de oídos curiosos.

—Veo que no es un día feliz para todos. —Me giré cuando sentí una mano con una manicura perfectamente hecha sobre mi hombro.

Audrey se encontraba a mi lado. Llevaba el cabello rubio recogido y su velo caía con suavidad sobre sus hombros. Sus ojos azules me observaban con cuidado, como si yo fuera una bomba a punto de explotar.

—Damiano se ha ido con Mauro —espeté, ignorando sus palabras anteriores—. Me ha dicho que te diga que tendrás que esperar para el baile.

Audrey frunció el ceño y resopló, cruzando sus manos sobre el pecho mientras negaba con la cabeza.

—Llevamos varias semanas preparando el baile. No pienso dejar que los músicos empiecen a tocar hasta que él regrese.

—No creo que a los invitados les importe.

Joder, estaba seguro de que Audrey no conocía ni a la mitad de las personas que habían acudido a su boda.

—Por supuesto que no. —Esbozó una sonrisa irónica a la vez que dejaba caer de nuevo sus brazos—. Están demasiado ocupados criticándose unos a otros. Por detrás, claro.

Ella no parecía incómoda; más bien, todo lo contrario. Como si estuviera acostumbrada a ello. Y es que a veces me olvidaba de que Audrey era una niña pija neoyorquina.

Pero no era como ellos.

—Deberíais terminar esta pantomima cuanto antes y volver a casa con vuestro hijo.

Paolo, el hijo de Damiano y de Audrey, tenía poco más de tres meses. Si alguien me hubiera dicho hacía un año que mi mejor amigo sería padre, me habría reído en su cara. Pero lo cierto era que Damiano era un buen padre. Y tampoco dudaba por un instante de que sería un buen marido.

—Paolo y Siena están bien cuidados en casa —respondió Audrey, nombrando a la hermana de Damiano.

Por supuesto que la hermana pequeña de Damiano tampoco había acudido a la boda. No podía hacerlo con los Mancini allí.

—Esta pantomima está durando demasiado.

Audrey arrugó el ceño.

—No es una pantomima, es mi boda —se quejó, visiblemente molesta.

Me encogí de hombros. Porque para mí, en esos momentos, era lo mismo.

Audrey suspiró y volvió a colocar la mano sobre mi hombro.

—Deberías estar disfrutándola.

—¿En serio? ¿Crees que voy a disfrutarla con ellos? —Solté una risa áspera, carente de humor, que brotó de mi garganta. Porque no podía creer que Audrey, de todos, pudiera decirme eso—. Disfrutaría más en el infierno.

—Todo ha terminado, Scott —susurró, bajando la voz como si temiera que pudieran escucharnos.

—No, Audrey. Está lejos de terminar.

—No puedes seguir viviendo en el rencor. A Paola le gustaría que fueses feliz.

—¿Ahora hablas por ella? —Audrey fue a responder, pero no se lo consentí—. Eres la mujer de mi mejor amigo y te respeto por ello. Pero no voy a permitirte que me digas cómo debo vivir mi vida.

—No me atrevería. Solo que…

—Entonces no lo hagas —la interrumpí, porque no me interesaba lo que tuviera que decir—. Tal vez tú hayas decidido olvidarte de Paola, pero yo no lo he hecho.

Los ojos de Audrey brillaron. Su mano derecha fue hasta un punto intermedio entre su cuello y su pecho, y yo supe, sin mirar, lo que su palma estaba sosteniendo: el colgante de arcoiris que llevaba incluso el día de su boda y que había pertenecido a Paola.

—No me he olvidado de ella. Era y siempre será mi mejor amiga, Scott.

—Has decidido olvidarte de ella y elegirte a ti. ¿Por qué, si no, accederías a que Damiano invite a sus hermanos a tu boda? —Audrey retrocedió un paso y se llevó la mano con la que sostenía el colgante al corazón, como si le hubiera clavado un cuchillo en el pecho. Y lejos de detenerme, retorcí ese cuchillo un poco más—. Eres una puta egoísta, Audrey. Así que guárdate las lecciones de moral para quien le importen.

Los ojos de Audrey se humedecieron. Iba a hacerla llorar el día de su boda. Y lo cierto era que me importaba una auténtica mierda. Porque, joder, se lo merecía.

—Scott, estás siendo un imbécil. —Sorprendentemente, estas palabras no vinieron de Audrey, sino de Tracy. Al parecer, se había acercado a nosotros mientras discutíamos.

Tracy trabajaba en el *pub* de Damiano del que yo era encargado —entre otras funciones— desde hacía años. Audrey había invitado a la boda a varias de las camareras.

En cuanto fijé mi mirada en ella, se encogió. Tracy debía apreciar a Audrey para enfrentarse a mí. Nunca jamás me había llevado la contraria y, mucho menos, se había atrevido a insultarme. Ella sabía muy bien que no debía meterse conmigo. No era un buen tipo.

Porque si lo fuera, me hubiera disculpado con Audrey. Hubiera sentido algo parecido a la compasión cuando las lágrimas empezaron a derramarse por su rostro. Sin embargo, no sentí nada. Ni furia, ni satisfacción. Tan solo un vacío que no era capaz de cubrir.

Tracy fue a consolar a Audrey y yo me marché. No soportaba estar ni un instante más allí. Sin rumbo fijo, crucé las puertas dobles acristaladas que descubrí que daban al jardín del hotel en el que se celebraba la boda.

Sentí cómo el aire fresco inundaba mis pulmones. El alivio fue instantáneo pero demasiado fugaz; se evaporó cuando alguien impactó contra mi pecho. Antes de que pudiera pensar, dejándome guiar por mi instinto, mi mano derecha encontró la parte baja de su espalda, sujetándola con firmeza e impidiendo que se cayera al suelo.

Sí, ella.

Porque tal vez fue ese aroma a caramelo, manzana y sándalo, tan dulce como intoxicante, que la reconocí sin tan siquiera tener que mirarla.

—¿Otra vez tú? —espeté de mal humor.

Lo último que necesitaba ese día era volver a encontrarme con ella.

Glenda Mancini me miró con esos ojos verdes, y por primera vez percibí un atisbo de confusión en ellos. Pero duró apenas un parpadeo, porque fue sustituido rápidamente por una determinación pétrea.

—Hoy tengo el día torpe. —Ella no estaba intentando apartarse, tampoco me estaba insultando, sino que me sonreía. Era una sonrisa falsa, podía ver que no le llegaba a los ojos; pero, aun así, no pude evitar pensar que, pese a que no fuera verdadera, estaba guapa cuando sonreía—. Estoy segura de que podrás perdonarme.

—¿Qué coño te pasa, Glenda? ¿Me estás vacilando?

Glenda se rio. Un sonido estridente y desagradable; una risa demasiado alegre para ser auténtica.

Y, aun así, no la solté. Porque podía seguir sintiendo su piel caliente debajo de su vestido color lavanda y su aroma envolviéndome. Como tampoco me aparté cuando estiró su mano derecha y sus dedos recorrieron los botones de mi camisa negra.

—¿No puede una mujer simplemente disculparse ante un hombre atractivo?

Los dedos de Glenda se colaron entre la tela de mi camisa y acariciaron mi piel con patrones superficiales y casi distraídos, pero yo no me creí ni durante un instante que cada uno de sus movimientos no fuera calculado.

—¿Tú me consideras atractivo a mí? —pregunté, sin poder ocultar la sorpresa.

Glenda inclinó ligeramente la cabeza, acercando su boca a la mía. Lo suficiente para que notara su respiración cálida sobre mis mejillas; lo suficiente como para que, cuando se pasó la lengua por el labio inferior con descarada coquetería, no pudiera evitar cómo se sentiría besarlos.

Ella esbozó una sonrisa de satisfacción, porque sabía exactamente el efecto que estaba teniendo en mí. Porque la belleza era un arma que las mujeres como Glenda Mancini sabían cómo utilizar a su favor. Eso no me sorprendía; lo que sí lo hacía era darme cuenta de que, por primera vez, estaba funcionando conmigo.

¿Qué me pasaba? Glenda no me atraía. Odiaba a esa mujer por todo lo que representaba; no solo era una *snob*, sino que pertenecía al bando enemigo.

Entonces, ¿por qué coño no paraba esa puta locura?

—Claro que lo hago, cariño.

—No me llames cariño —ladré, apartando su mano de mi pecho. Pero antes de que cayera en el aire, atrapé su muñeca alrededor de mis dedos y la empujé hacia la pared, acorralándola con mi cuerpo.

Aquel movimiento sorprendió a Glenda. Pude ver esa expresión perdida en su rostro; la primera emoción real que obtenía de ella. Pero entonces, miró hacia un punto a nuestra izquierda. Aunque tan solo movió ligeramente los ojos, algo que seguramente para cualquiera pasaría desapercibido, yo me di cuenta.

Mis ojos siguieron su movimiento: una ventana iluminada que daba a uno de los pasillos del hotel. Y en ella se encontraba Alessandro Vespucci, observándonos con una expresión furiosa en su rostro.

¿Por qué a Alessandro le importaba lo que Glenda hiciese si se iba a casar con otra chica?

—¿Qué tiene de malo, cariño? —me preguntó Glenda, atrapando mi barbilla con la mano que yo no sujetaba y girándola hasta que mis ojos volvieron a encontrarse con los suyos.

—Es genérico, poco personal. —Solté su muñeca—. Demasiado poco real.

Las esquinas de los ojos de Glenda se arrugaron levemente, pero ella mantuvo su sonrisa.

—Entonces te llamaré solo Scott.

—Antes no daba la sensación de que te pareciera atractivo. —Ni siquiera sabía por qué dije eso; ni que me importara.

Glenda rodeó mi cuello con sus manos.

—Eres un hombre adulto. Estoy segura de que no te crees todo lo que las mujeres te dicen.

—No suelo creerme nada, sobre todo cuando proviene de mujeres como tú.

El desprecio de mis palabras la molestó; pude verlo en la forma en la que su nariz se arrugó y sus dientes chirriaron levemente. Glenda no era tan buena fingiendo como creía.

Sin embargo, no contraatacó.

—¿Nada de nada? —preguntó, con su tono de voz tan dulce e intoxicante como su aroma.

—No.

Glenda inclinó ligeramente la cabeza y su boca se acercó peligrosamente a la mía.

—¿Seguro?

Mi mirada descendió hasta sus labios.

—Sí —respondí, pese a que ni siquiera sabía de qué estábamos hablando. Había perdido por completo el hilo de la conversación.

Porque, en esos momentos, solo podía pensar en a qué sabrían sus labios. ¿Serían igual de dulces y adictivos que su perfume?

Sabía que acercarme a Glenda era el peor error que podía cometer. Pero, a la mierda, iba a besarla. Porque yo nunca había hecho lo correcto.

Y justo cuando mis labios estaban a punto de acariciar los suyos, sentí cómo sus manos empujaban con fuerza mi pecho hacia atrás. Me pilló tan desprevenido que retrocedí un par de pasos.

—Ni por un instante pienses que me interesas lo más mínimo. —Glenda pasó por mi lado con la barbilla alzada y esa mirada altiva que tanto utilizaba cuando estaba a su alrededor—. Eres escoria —

dijo a la vez que se giraba y se marchaba para entrar de nuevo al salón.

¿Qué cojones acababa de pasar?

No fue hasta que miré de nuevo hacia mi izquierda y vi que el pasillo en el que antes se encontraba Alessandro estaba completamente vacío, que mi polla dejó de tomar el control y me di cuenta de lo que había sucedido.

Glenda me había utilizado para darle celos a ese imbécil de Alessandro Vespucci. Puede que él estuviera comprometido con otra, pero era evidente que ella tenía un interés por él. Y por la cara de cabreo de él, lo había conseguido.

Esa jodida niñata había jugado conmigo y yo se lo había permitido.

Pero lo que Glenda desconocía era que acababa de cometer el peor de los errores. Me había ofrecido el arma más poderosa para destruir a su familia:

A sí misma.

CAPÍTULO 3

Glenda

Mauro se encontraba en casa. Lo sabía porque podía ver su coche aparcado desde la ventana de mi habitación, la misma habitación que me había pertenecido durante mis veintitrés años de edad.

Las paredes, que en el pasado estuvieron pintadas de un rosa brillante, hacía años que habían sido reemplazadas por un gris sobrio. Lo mismo había ocurrido con los pósteres de Disney y de cantantes famosos: desaparecieron con el tiempo. En su lugar, ahora colgaban lienzos abstractos que yo misma había adquirido en distintas subastas.

Las estanterías hacía años que ya no estaban repletas de muñecas, aunque mi hermano Gastone insistía en que no había mucha diferencia con lo que ahora las adornaba. Lo que permanecía intacto era el vestidor: seguía rebosante de vestidos, zapatos y prendas de marca. Mi gusto por la ropa cara no había cambiado con los años. Lo mismo que mis amistades: las había mantenido a lo largo del tiempo.

Como Lora. Ella había sido mi primera amiga de verdad, mi mejor amiga, mi confidente. Y ella me había traicionado, aunque ni siquiera podía enfadarme con ella, ya que sabía que no había tenido otra opción.

Me aparté de la ventana, decidida a enfrentar al verdadero culpable. Como mujer de la mafia, me habían educado para no quejarme, para soportar en silencio las decisiones que otros tomaban por mí. Sin embargo, nunca había sido alguien que se conformara fácilmente. Con el tiempo había logrado encontrar un punto medio: uno en el que no defraudara a mi familia y, al mismo tiempo, pudiera seguir siendo leal a mí misma.

Pero lo cierto era que, en ese momento, estaba demasiado enfadada como para importarme lo más mínimo las normas de la mafia.

Salí de la habitación y cerré la puerta tras de mí, negándome a detenerme frente a la que se encontraba justo enfrente: la habitación de Gastone, mi hermano pequeño, cuya puerta estaba cerrada, aunque sabía que no había nadie dentro.

La casa se sentía aún más vacía sin él.

Pero no me detuve en ello, porque no tenía tiempo para pensamientos.

Subí las escaleras que conducían a la planta superior y me paré frente a la única habitación que había allí. No toqué la puerta, porque sabía que Mauro estaba dentro. Cuando estaba en casa, generalmente se encontraba allí, aunque rara vez permanecía mucho tiempo. Sus negocios lo tenían demasiado ocupado, y las mujeres con las que se relacionaba ocupaban el resto de su tiempo.

Nunca traía mujeres a casa, pero no le hacía falta, ya que él tenía un apartamento en el centro de Chicago, al igual que varios prostíbulos que pertenecían a mi familia. Porque se rumoreaba que mi hermano solo practicaba sexo de pago.

A Mauro, al igual que a mi padre cuando estaba vivo, les gustaba respetar la casa familiar, como si eso cambiase algo de la clase de personas que eran.

Entré en el despacho, el mismo que había pertenecido a nuestro padre.

Era una estancia amplia, con paredes revestidas de madera oscura y cuadros de gran valor que decoraban cada rincón. Dos sofás de cuero se encontraban a ambos lados de la habitación, impecables y relucientes. Frente a ellos, un imponente escritorio de caoba dominaba la estancia. A un lado del escritorio, discreto pero elegante, había un minibar de madera a juego.

Había esperado que Mauro transformara por completo el despacho, pero lo había dejado igual que cuando le pertenecía a nuestro padre, salvo por un pequeño detalle: un detalle que delataba su egocentrismo y su necesidad de marcar territorio.

Mauro se encontraba detrás del escritorio. Tenía el móvil pegado a la oreja, pero no le había escuchado pronunciar ni una sola palabra. Pude ver en su mirada que no le había gustado que lo interrumpiese, pero me importaba una auténtica mierda.

Me detuve frente a su mesa sin molestarme en sentarme en una de las dos sillas de cuero negro. No iba a quedarme mucho tiempo.

—¿Cuándo pensabas contarme que Alessandro va a casarse con Lora?

No era gilipollas y sabía que mi hermano estaba detrás de aquello. Ninguna decisión que afectase a nuestra familia se tomaba sin su aprobación. Él era el don.

—Si no te importa, estoy ocupado. —Mauro me dirigió esa mirada de aburrimiento tan habitual en él y me hizo un gesto con la mano—. Luego lo hablamos.

Ambos sabíamos que ese «luego» nunca llegaría.

—Alessandro iba a ser mi prometido. Él y yo íbamos a casarnos.

—Estoy al teléfono, Glenda. No tengo tiempo para esto.

Eso era todo lo que yo significaba para él que no quería dedicarme ni dos minutos. Pero ni siquiera me molestaron sus palabras; estaba demasiado acostumbrada a su desprecio.

—Termina de hablar por teléfono —exigí sin moverme un solo paso—. No tengo prisa.

No iba a irme de allí, y él me conocía lo suficiente como para saber que no lo haría.

Mauro me miró fijamente durante unos segundos. Sus ojos verdes, herencia que compartíamos de nuestra madre, no transmitían emoción alguna, y nunca sabía lo que pasaba por su cabeza. Lanzó un resoplido y colgó la llamada sin tan siquiera despedirse.

—Alessandro va a casarse con Lora —anunció con determinación—. Es lo mejor para nuestra familia.

—No es lo que papá decidió. Él quería comprometerme con Alessandro —dije—. Mauro conocía esa información tan bien como yo.

—Pero papá, esta muerto. Ahora el don soy yo.

Mauro apenas se movió, solo un leve giro de cabeza.

Detrás de él, colgada en la pared, había una enorme fotografía de sí mismo, ocupando gran parte del espacio. Era lo único que había cambiado del despacho de mi padre.

Había quitado la foto de mi padre y puesto la suya propia.

—No te preocupes, te encontraré otro compromiso —dijo con frialdad.

—No estoy preocupada, Mauro. Lo que quiero es casarme con Alessandro.

—Tú no tomas esas decisiones, Glenda; las tomo yo. Y ya la he tomado.

—No me lo has consultado.

—Porque no tengo ninguna razón para hacerlo —respondió a la vez que volvía a coger su teléfono.

—Claro que la tenías —repliqué, cerrando mis manos en puños —. Llevo tiempo esperando ese compromiso. Todos a nuestro alrededor lo daban por hecho. —Incluso el mismo Alessandro. Puede que no hubiéramos tenido una conversación directamente sobre ello, pero era evidente por su constante coqueteo—. Me has avergonzado con tu decisión —dije, pero Mauro había dejado de prestarme atención. Su mirada estaba fija en su teléfono mientras tecleaba algo en él—. Será más beneficioso para la familia que se case conmigo que con la hija de un capitán —insistí.

Me hizo un gesto con la mano, dando por terminada la conversación. Él ni siquiera tenía la decencia de mirarme a los ojos, como si yo solo fuera un insecto molesto del que quería deshacerse. Aunque, probablemente, era así. Yo solo era una molestia para él. Le importaba una puta mierda. Él era el don; no debía ninguna explicación a nadie, ni siquiera a su propia familia.

Así de desechables éramos.

—¡¿De la misma manera que fue beneficioso echar a Gastone de su propia ciudad?! —exploté, dándole un manotazo a su móvil—. Porque joder, iba a mirarme a la cara. Me lo debía —. ¡¿Desterrarlo como a un perro?!

Mauro ni siquiera se movió. Su mirada siguió el recorrido del teléfono, que ahora descansaba sobre la moqueta azul de puntos

blancos. Una pena que no se lo hubiera roto.

—Gastone tiene que pagar por lo que ha hecho. Ha sido una suerte que no lo haya matado.

Me reí. La risa hueca y vacía resonó en el despacho.

—¡¿Ahora te pones de parte de esa escoria de Damiano?! ¡¿En serio?! ¡¿Él te importa más que tu familia de sangre?!

—Damiano también lleva nuestra sangre.

—Solo la parte podrida —dije sin poder contenerme ni querer hacerlo—. Gastone es tu verdadero hermano, tu hermano pequeño. Tu deber es protegerlo, no castigarlo de una manera tan cruel.

—Gastone es un niño mimado, uno que necesita aprender una lección. Y parece que tú vas por el mismo camino. Tal vez el problema es que he sido demasiado blando con vosotros —respondió sin inmutarse.

Eso era justo lo que me faltaba por escuchar. Mauro, que nunca se había molestado en conocernos a Gastone y a mí, que siempre se había mantenido alejado de nosotros, se mostraba de esa forma tan condescendiente.

—¿Sabes? Pensaba que serías diferente. Pero eres igual que papá.

Mauro se levantó de la silla, aunque no dio un paso. Pude ver cómo su expresión, normalmente sobria, empezaba a resquebrajarse. Alzó la mano derecha, y por un segundo creí reconocer un gesto demasiado familiar.

—¿Vas a pegarme? ¿Vas a hacerlo como lo hacía él? ¡Vamos, hazlo! —lo desafié—. Demuéstrame que tienes el poder. Que eres tan miserable que necesitas golpear a una mujer para sentirte poderoso.

Algo oscuro cruzó su rostro: esa sombra que llevaban dentro todos los hombres de la mafia. Él terminó de levantar la mano, pero solo para señalar hacia la puerta que había sido su intención desde el principio.

—Vete.

No levantó la voz. A diferencia de mi padre, Mauro siempre se contenía, era como si nada pudiese alterarlo, pero tenía la sensación de que lo había conseguido un poco.

Mauro seguía de pie, con los ojos fijos en mí. Su mano continuaba señalando la puerta en una orden clara. Y aunque una gran parte de mí quería quedarse allí, hasta convencerlo de que rompiese el compromiso de Alessandro con Lora, me giré y me marché.

Hice caso a mi hermano, porque podía rebelarme todo lo que quisiese, pero al final del día, él era el don y mi deber era obedecerle.

CAPÍTULO 4

Glenda

Mi madre siempre decía que todo el mundo es adicto a algo.

No siempre tiene que ser adicciones al alcohol o a las drogas. Muchas personas dependen del café; otras, de la adrenalina que les provocan los deportes de riesgo. Y luego estaba mi madre, adicta al amor insano que le tenía a mi padre: un amor que solo le trajo sufrimiento, un amor que, al final, terminó consumiéndola.

Yo nunca sería como ella. No permitiría que el amor entrara en mi vida; no le concedería ese poder. Esa era una adicción que jamás tendría. En cambio, sí era adicta al dulce. Siempre recurría a él cuando me sentía baja de ánimo, algo que, en los últimos días, parecía casi innato en mí.

Y había un lugar que se había convertido en mi refugio en esas ocasiones: el Perky Beans. Allí preparaban las mejores galletas que había probado en toda mi vida, incluso mejores que las que yo misma horneaba.

Era una cafetería pequeña. Escondida en un callejón al que jamás habría entrado de no ser por la pinta de las galletas que vi desde el escaparate, porque yo sabía reconocer un buen dulce con solo mirarlo.

También se había convertido en mi escondite, ese rincón donde nadie me encontraría jamás, donde nunca pensarían en buscarme. No le había hablado a nadie de ese lugar; ni siquiera Gastone sabía de su existencia.

Porque, a veces, necesitaba un sitio en el que estar tranquila, donde nadie me conociese.

—¿Lo de siempre, Jess? —me preguntó Vivienne, la dueña de la cafetería, en cuanto me acerqué a la barra.

Nunca le había dicho mi verdadero nombre. Mentir con mi identidad era un juego que comenzó en mi adolescencia, cuando mis amigas y yo salíamos de fiesta y nos presentábamos con nombres inventados cada vez que conocíamos a chicos fuera de nuestro círculo, algo que tan solo sucedía en muy contadas ocasiones.

Hacía mucho tiempo que no recurría a ese hábito. Pero cuando, un año atrás, Vivienne me preguntó mi nombre, no fue Glenda el que se deslizó por mis labios, sino Jess, la identidad falsa que me había inventado una noche de borrachera. Absurdo, sí, pero Jess era una mujer libre: alguien que no había nacido en una familia de la mafia, que tenía unos padres y hermanos que la querían, y que no cargaba con el peso del apellido Mancini.

Porque, a pesar de que me gustaba ser Glenda Mancini; me gustaba mi vida, el lujo y los beneficios que nuestro apellido nos ofrecía, había instantes, pequeños momentos, en los que necesitaba ser Jess.

—Sí, pero en vez de dos galletas que sean cuatro —respondí con una sonrisa—. Y dos de ellas rellenas de chocolate. Aunque hoy van a tener que ser para llevar, tengo un poco de prisa.

Vivienne meneó la cabeza de un lado a otro y se llevó las manos a las caderas con una expresión de disgusto.

—Los jóvenes de hoy en día siempre andáis con prisas —dijo—. Un día serás una anciana como yo, a la que no le queda mucho de vida, y te darás cuenta de que has perdido tu vida corriendo de un lado para otro.

—Aún te queda mucha vida, abuela.

Marcus, el nieto de Vivienne, salió de la cocina y se acercó a la barra. Llevaba un delantal puesto —aunque yo sabía muy bien que él no cocinaba—. No había heredado el don de su abuela. Aun así, en los últimos meses había estado ayudándola con la cafetería.

—Menos de la que me gustaría —se quejó con un suspiro exageradamente prolongado, porque Vivienne, además de ser una excelente repostera, también era una dramática—. Si fuese joven como vosotros, me tomaría la vida con más calma y viajaría más.

—Puedes viajar. Yo me encargo de la cafetería.

Vivienne entornó los ojos.

—Perdería a todos mis clientes.

Marcus, acostumbrado a las exageraciones de su abuela, me miró con una sonrisa. Tenía una sonrisa bonita, suave, genuina.

—Tú seguirías viniendo, ¿verdad, Jess?

—Lo dudo. No me gustan las galletas quemadas.

Marcus dio un paso hacia atrás y se llevó una mano al corazón.

—Oye, que soy más que capaz de hornear las galletas. Solo tengo que seguir la receta, pero mi abuela no quiere dármela.

—Es un secreto que ha pasado de madres a hijas a lo largo de los años en nuestra familia.

—Pero solo tienes un hijo y un nieto, abuela. Esa tradición va a tener que romperse.

—Se la daré a la mujer con la que te cases —Vivienne ladeó la cabeza para mirarme, alzando sus cejas blanquecinas en una insinuación muy mal disimulada—. Voy a buscar la remesa de galletas que acaban de salir del horno —dijo—. Para mi clienta favorita, las mejores. —Me dio una sonrisa tierna y se dio la vuelta para dirigirse hacia la cocina.

Durante el año que llevaba acudiendo a su cafetería, Vivienne había intentado emparejarme tantas veces con su nieto que ya sus insinuaciones ni siquiera me sorprendían. Aunque, ciertamente, debía reconocer que casarse por una receta antigua como la suya era algo que, para una amante del dulce como yo, era una propuesta difícil de rechazar.

Ni que tuviera la potestad para elegir con quién quería casarme. «Puede que Glenda Mancini no, pero Jess sí la tiene».

Y, por ridículo que resultara, aquel pensamiento me llenó de un alivio inesperado que se extendió por todo mi cuerpo.

—Tal vez deberíamos darle el gusto. —Marcus apoyó las manos sobre la barra y se inclinó ligeramente hacia delante con una sonrisa seductora.

Marcus debía tener mi edad. Alto y de complexión atlética, siempre llevaba su cabello castaño recogido en una coleta. Tenía los ojos marrones, facciones suaves y una sonrisa cálida siempre dibujada en su rostro. Era un chico mono, aunque yo jamás me fijaría en él.

No era, desde luego, mi tipo: yo prefería los hombres sofisticados, que llevaban su cabello perfectamente peinado y que iban vestidos con trajes de tres piezas. Y corbata. Eso era imprescindible. Sobre todo, si iban a una boda. Aunque, pensándolo bien, a Scott tampoco le quedaba tan mal. Podía hasta permitírselo.

Scott. ¿Qué tenía que ver él? ¿Y por qué siquiera estaba pensando en él? Él no me importaba nada.

—La verdad es que ahora mismo te diría que no es tan mala idea —dije, tratando de alejar aquellos pensamientos absurdos de mi mente.

Marcus entrecerró los ojos.

—¿Dónde ha quedado el antes muerta que casarme contigo?

—No hay galletas como esas. Me atrevería a decir que, en todo el país, o incluso en todo el planeta. Y hay un ingrediente que nunca logro descifrar —dije, porque lo cierto era que había intentado recrear esas galletas sin éxito—. ¿Pero qué ganas tú?

Marcus me guiñó un ojo.

—Casarme con una chica preciosa.

—Que te atraería más si tuviese polla.

Marcus abrió los ojos de par en par, sorprendido. Luego echó un rápido vistazo a nuestro alrededor, comprobando que nadie más había escuchado mis palabras. Aunque, en realidad, de las cuatro mesas redondas de la pequeña cafetería, solo una estaba ocupada por una pareja de ancianos que discutían entre ellos y no nos prestaban la mínima atención.

—¿Cómo sabes…?

—Soy muy observadora. Además, aunque siempre me llenas de halagos, nunca me miras como si me desearas de verdad. Y sé cómo me mira un hombre que desea mi cuerpo.

Marcus ladeó la cabeza.

—No dudo de que lo haces —suspiró, relajándose—. Pero nunca es tarde para cambiar de acera —bromeó, guiñándome de nuevo el ojo.

—¿Por qué lo ocultas? —le pregunté con curiosidad.

Mi mundo estaba lleno de mentiras, de engaños, de zancadillas traperas. En mi mundo, los homosexuales se escondían, ya que no

solo no eran aceptados, sino que podía ser su condena de muerte. Pero Marcus no pertenecía a la mafia.

—No lo oculto. Solo que mi abuela siempre insiste en que me case con una buena mujer, y supongo que no he encontrado la manera de decírselo. Además, no es como si mi padre se lo hubiese tomado demasiado bien. Está enfadado conmigo, como si mi condición sexual fuese un capricho. Por lo menos, mi madre lo acepta.

Lo miré unos instantes. Siempre había pensado que los que no pertenecían a la mafia tenían una vida más sencilla, menos repleta de normas restrictivas que, si no tenías cuidado, podían ahogarte. Pero tal vez estaba equivocada.

—Tu abuela te apoyará. —Estiré mi mano para posarla sobre la de Marcus—. Es una buena mujer.

Me gustaba Vivienne. Ella era diferente a las mujeres que yo conocía.

Como si nos hubiera escuchado, Vivienne salió de la cocina antes de que Marcus pudiese responderme y yo aparté mi mano de la de él. Me envolvió las galletas mientras Marcus me preparaba un café con leche de soja para llevar.

Después de despedirme de ellos, salí de la cafetería y tomé el camino de vuelta a mi empresa de catering, un local en una antigua nave industrial rehabilitada del West Loop, a pocas calles de la cafetería. Allí se habían instalado muchos negocios creativos que no podían permitirse los alquileres del centro, y yo había acabado entre ellos casi por obligación.

No era el lugar donde me hubiese gustado tener mi empresa en un primer momento, pero aun así estaba muy orgullosa de lo que había conseguido. Había ido haciendo pequeñas reformas con el dinero que había ido ahorrando a lo largo de los años, y gracias a los contactos que poseía, había logrado convertirlo en un negocio próspero. Aunque aún me quedaba mucho trabajo por delante.

Estaba frente a mi oficina. Había dejado el café y la bolsa de galletas en el marco de la persiana, y estaba intentando levantar la persiana metálica que siempre se atascaba cuando sonó mi móvil.

Genial. Justo lo que necesitaba.

Iba a ignorarlo, pero ¿y si era algo importante? ¿Y si era Gastone, que necesitaba algo?

Sin dudarlo, rebusqué en mi bolso hasta que encontré mi teléfono. Lancé un resoplido cuando vi el nombre que se reflejaba en la pantalla.

Era Lora.

Esa perra. ¿Cómo tenía la cara de llamarme después de más de una semana sin saber nada de ella?

Había echado toda la culpa a Mauro, hasta que me había descubierto que andaba paseándose por todo Chicago con Alessandro, sin ni siquiera molestarse en darme una explicación ni en disculparse por no haberme avisado en cuanto se había enterado.

—¿Sí? —respondí al primer tono, fingiendo que no sabía quién era. Dejé el móvil sobre el borde del marco de la persiana y lo puse en altavoz. Así podía seguir forcejeando con el metal atascado.

—¡Glen! —saludó Lora con esa efusividad repugnante tan típica de ella, como si no hubiera traicionado mi confianza, como si no fuese a casarse con el hombre que iba a ser mi prometido—. ¡Esta noche se sale! ¡Hay que celebrar!

Estuve a punto de mandarla directamente a la mierda. Pero la última palabra me frenó.

—¿Celebrar? —repetí.

¿Celebrar qué? ¿Que era una falsa? ¿Su capacidad sobrehumana para ser una amiga de mierda?

—¡Mi compromiso, tía! —gritó, y pude imaginarla rodando los ojos como si fuese la protagonista de su propia *sitcom*—. ¡Que me caso!

Maldita perra. Qué ovarios tenía. Gigantes.

Pero algo detrás de mí captó mi atención. Una sombra, un movimiento, una presencia. Giré ligeramente la cabeza hacia el callejón, pero no vi a nadie.

—¿Glen? ¿Vienes, verdad?

La voz de Lora me devolvió de golpe a la realidad. Esa vocecita con pucheros incluidos, labios cubiertos de *gloss* rosa y pena fingida. Y, por pura inercia, por puro orgullo, por no darle la satisfacción, respondí:

—Por supuesto.

Me salió automático. Porque era lo que debía decir, porque jamás iba a permitir que pensara que me afectaba. Porque, joder, para ovarios, los míos.

—Entonces nos vemos a las siete —dijo ella—. En el Monarch.

No me sorprendió su elección.

—Allí estaré.

—Voy a llevar un vestido de pedrería largo y verde, de Óscar de la Renta, que me he comprado para la ocasión —me dijo, como quien deja caer un aviso disfrazado de comentario casual.

Lora me estaba advirtiendo que no podía ir más guapa que ella. Ella sería la protagonista de esa noche. Me dieron ganas de robarle la pistola a mi hermano y pegarle un tiro en cuanto la viese. Así tendría el protagonismo que tanto quería.

—Te tengo que dejar, Lora —me despedí, ya que necesitaba terminar con esa conversación cuanto antes.

—¡Besitos, Glenda! —dijo, haciendo un «muaac» exagerado antes de colgar.

A la vez, logré encajar la llave en la cerradura tras levantar la persiana lo suficiente para colarme dentro. Recogí mis cosas y empujé la puerta con el hombro.

Debía estar paranoica, porque mientras cerraba por dentro, volvió esa sensación. Esa presión en la nuca. Como si alguien estuviera justo detrás de mí, respirándome en el cuello. Me giré hacia el callejón.

Nada. Vacío y oscuridad.

Y aun así, la sensación no desapareció. Ni siquiera horas después.

CAPÍTULO 5

Scott

—La pelea de esta noche nos ha dejado muy buenas ganancias en las apuestas —le dije a Damiano al entrar en su despacho en el pub.

Damiano levantó la cabeza del portátil justo cuando cerré la puerta detrás de mí.

—Es bueno ver que Jasper está haciendo su trabajo —comentó, mencionando a uno de nuestros hombres encargados de las apuestas.

—No ha sido solo gracias a él.

Damiano esbozó una sonrisa torcida.

—¿Desde cuándo buscas reconocimiento por un trabajo bien hecho?

—Desde que dejas que Mauro Mancini nos dé órdenes.

—Aquí el único que da órdenes soy yo, Scott. Yo mando en la organización.

—Y aun así, dejaste que ese cabronazo de Gastone se saliese con la suya. —No era la primera vez que se lo reprochaba, y tampoco sería la última.

Por la manera en la que Damiano se pasó una mano por la cara, él también lo sabía.

—Mauro se ha encargado de él.

—¿Encargado? —Una risa áspera, carente de humor, brotó de mi garganta—. Lo ha enviado de vacaciones con sus familiares a Italia para protegerlo. ¡Unas putas vacaciones pagadas después de lo que hizo! ¡Y tú estás permitiendo que se rían en nuestra cara!

—Te puedo asegurar que no está siendo una estancia paradisíaca para Gastone. La guerra entre familias está empeorando; seguramente, ya se haya meado en sus pantalones más de cinco veces en lo que lleva de semana.

—¡Me importa una mierda! —exploté—. Ese hijo de puta se merece estar bajo tierra. Es el único destino que debería tener después de matar a Paola.

Damiano me observó en silencio durante un instante. Podía ver la cautela en sus ojos oscuros, y sabía muy bien que lo que me iba a decir a continuación iba a hacer que me cabreara aún más.

—Gastone no mató a Paola, Scott. —Claro y directo, sin medias tintas, porque así era Damiano. Era un rasgo de él que me gustaba, pero en ese momento lo odié con todas mis fuerzas—. El culpable de su muerte ya está bajo tierra.

—¡Si Gastone no hubiera querido destruirte, Paola estaría viva! —grité con una furia ciega recorriendo mi cuerpo. Porque, joder, no podía entender por qué Damiano no podía verlo. Si Scott no hubiese contratado a un policía corrupto para que destruyese a Damiano, este no hubiese chantajeado a Paola y esta sugería viva.

—Odio a ese inútil de Gastone igual que tú, Scott, pero él ni siquiera conocía a Paola.

—¡Sigue siendo culpable, joder! —Pateé una de las sillas que se encontraban frente al escritorio de Damiano, que cayó con un golpe sordo al suelo.

Damiano ni siquiera se movió.

—Eres mi mejor amigo, Scott. Eres más que eso; eres mi hermano, para mí eres como de mi sangre. Te he confiado mi vida en cientos de ocasiones y seguiré haciéndolo. Pero también eres mi segundo y debes obedecer mis órdenes, estés de acuerdo o no.

Cerré mis manos con tanta fuerza que sentí cómo mis nudillos se pusieron blancos.

—Y esa es la única razón por la que no he cogido un vuelo a Italia y lo he matado.

Era leal a Damiano. Y seguía siéndolo, a pesar de todo.

—A mí también me gustaría verlo muerto. Pero estoy haciendo lo correcto para que nuestra organización prevalezca. Va mucho más allá de nosotros; ya lo sabes.

Había estado con Damiano desde el principio. Lo había acompañado en cada paso en el que había creado su imperio. Lo habíamos hecho juntos. Sabía que tenía a muchos hombres

trabajando para él. Hombres que ponían en riesgo su vida y la de sus familiares por nuestra organización.

Pero aquello no tenía nada que ver con la organización; se trataba de justicia.

—Después de semanas evitándome, he conseguido hablar con Martínez —me anunció Damiano, cambiando de tema.

Emiliano Martínez era un importante narco mexicano. Habíamos conseguido cerrar un trato que nos beneficiaba a las dos partes. Hasta que los Romano lo jodieron todo.

—¿Y?

—Después de sacar a sus hombres de la cárcel, está dispuesto a negociar de nuevo. —Los hombres de Emiliano habían sido detenidos en una redada, por lo que estábamos bastantes seguros de que había sido un chivatazo de los Romano a la policía para hacernos parecer culpables—. Pero ha perdido mucho dinero. Los Romano se han ofrecido a pagar una parte; nos toca pagar otra.

—¡¿Vamos a pagar dinero por algo que fue una trampa de los Romano?!

—No podemos probarlo. —Damiano entrecerró los ojos y apretó la mandíbula—. Ellos tenían tanto que perder como nosotros. No tiene sentido que boicotearan esa entrega de droga.

—Querían cargarnos el muerto y hacer ver que somos unos traidores. Así nos sacan del terreno de juego.

—Algo no cuadra, Scott. —Damiano alzó una mano y apoyó los dedos en su mentón—. La policía apareció en el puerto, donde más familias de la mafia reciben entregas. Es un movimiento muy torpe por su parte. Arriesgaban demasiado por nada. No fue difícil demostrar que no fue cosa nuestra.

—¡¿Ahora también te fías de los Romano?! —Aquello era acojonante—. ¿Todo porque Cosimo os ayudó? —Cosimo había evitado que Audrey y él cayeran en una de las trampas de Gastone —. ¿Cómo sabes que no estaba compinchado con él? —presioné—. Hasta hacía nada no podías estar en el mismo espacio que Cosimo sin querer reventarle la cara, Damiano.

Él se frotó los ojos con cansancio.

—Le debo una a Cosimo por salvar a Audrey. Y yo siempre pago mis deudas. Por eso le daré un voto de confianza.

—No me jodas, eso es…

Damiano levantó su mano, interrumpiéndome.

—Pero tú no les debes nada. Vigila a los Romano, descubre si nos la están jugando y qué esconden. Porque estoy bastante seguro de que esconden algo.

Solté una carcajada.

—Estaba empezando a pensar que el matrimonio y la paternidad te habían debilitado.

—Me han hecho más fuerte. —Damiano arqueó una ceja, y sabía perfectamente que, si aquella insinuación se la hubiera hecho otra persona que no fuera yo, ya le habría propinado un puñetazo—. Deberías probarlo.

¿Casarme, tener hijos? Eso era algo en lo que nunca había pensado. Ni siquiera cuando comencé una relación con Paola. Estaba destinado a ser un lobo solitario.

—Lo de tener una familia no está hecho para mí.

—Yo tampoco lo creía. —Damiano se encogió de hombros. Se mantuvo en silencio unos instantes y, después, hizo un movimiento con su barbilla a la vez que su expresión se endurecía—. Céntrate en los Romano y olvídate de Gastone y Mauro.

—No puedo olvidar lo que hizo Gastone. —Apreté mis dientes con fuerza—. Nunca podré. —¿Cómo iba a olvidar algo así?—. Ni tampoco que Mauro se lo permitiese.

Porque para mí Mauro Mancini también era el culpable de la muerte de Paola. Él había provocado a su hermano; lo había hecho por sus propios motivos egoístas. Y le había importado una auténtica mierda a quién pudiese destrozar en el camino.

Y después, lo protegía. Porque Damiano podía decir lo que quisiese, pero Mauro había alejado a Gastone para protegerlo de nosotros.

—No lo olvides, pero no te acerques a ellos —me advirtió Damiano con un gruñido—. No es una sugerencia, es una orden.

Mi móvil vibró en el bolsillo de mis vaqueros rotos, distrayéndome por un instante. Lo cogí para leer rápidamente el

mensaje que acababa de recibir. Después, bloqueé la pantalla.

—Como ordenes. —El sarcasmo se deslizó por mi lengua cuando pronuncié la última palabra. Damiano resopló, pero no me respondió—. Ahora, si no me necesitas, tengo asuntos que atender.

Damiano hizo una mueca.

—Lárgate de una puta vez, Scott.

Y eso fue lo que hice.

Había prometido cumplir las órdenes de Damiano. Y me mantendría alejado de Gastone y de Mauro.

Pero, por suerte para mi, él en ningún momento nombró a Glenda.

Contemplar Chicago desde las alturas es un privilegio que no todo el mundo tiene. Me encontraba en la azotea de un edificio abandonado en The Loop. No era un rascacielos de esos infinitos, pero desde allí se podía ver cómo la ciudad se desplegaba a mis pies: las luces de los coches dibujaban ríos amarillos y rojos por las avenidas; los letreros de neón parpadeaban en restaurantes y bares; y las fachadas de los edificios brillaban bajo la luz de la luna, mezclándose con el reflejo de los rascacielos cercanos.

Durante gran parte de mi vida, había odiado Chicago. Sus rascacielos me parecían fríos y amenazantes, las luces interminables me agobiaban y el viento cortante me recordaba que nunca había pertenecido a ese lugar. Tal vez solo era cuestión de perspectiva.

Ahora, desde las alturas, la ciudad adquiría otra dimensión. Los edificios dejaban de ser muros de cemento y vidrio para convertirse en piezas de un rompecabezas luminoso, las calles brillaban con un ritmo propio, y hasta el aire frío parecía tener su encanto. Por primera vez, podía admirarla. No como la ciudad que me había hecho sentir pequeño y atrapado, sino como un organismo vivo, enorme, imperfecto y fascinante.

Le di una larga inhalación a mi cigarrillo.

—Ahí tienes todo lo que me has pedido. Datos, aficiones...

Sostuve mi cigarrillo entre mis dientes mientras apretaba el sobre que Russell me había entregado. Llevaba un sombrero y una cazadora oscura; probablemente la misma ropa con la que ejercía su trabajo, la que le ayudaba a pasar desapercibido.

Metí una mano en el sobre, sintiendo el crujido del papel áspero, y extraje una fotografía. Mi pulgar se detuvo justo encima de su rostro antes de que pudiera verlo por completo.

Era *ella*. Glenda Mancini.

Llevaba el cabello recogido con una precisión que no dejaba un solo mechón libre, un moño impecable, tal y como ella iba siempre. Incluso para ir a «trabajar». Porque sí, Glenda tenía su propio negocio de catering. A veces se me olvidaba —y estaba seguro de que a ella también—. Porque era evidente que tan solo era un capricho de niña pija que había pagado con el dinero de su familia. Seguro que se limitaba a dar órdenes mientras los pobres trabajadores que tenía a su cargo hacían el trabajo duro y aguantaban sus malas maneras.

No la soportaba y, aun así, no podía dejar de mirar su fotografía.

—Es de esta tarde —dijo Russell, llamando mi atención.

—Si lo único que has descubierto es que Glenda acude al lugar donde tiene su negocio, no estás haciendo un buen trabajo.

Russell me dio una mirada tensa.

—He hecho mucho más que eso, pero no estoy seguro de querer seguir con esto.

No necesité que Russell pronunciase el nombre de Damiano para darme cuenta de por dónde iban los tiros.

—Damiano no te va a dar problemas —le aseguré.

—¿Crees que se tomará bien que investigue a su hermanastra a sus espaldas? Si se entera, me matará.

—No lo hará —le prometí—. Si lo hace, asumiré la culpa.

Russell era un detective privado. Me debía un viejo favor y me lo había cobrado. No quería que Damiano se enterase de esto, porque sabía que no lo aprobaría.

—Como si a Damiano le bastara con eso —resopló—. Me cortará los huevos y me obligará a comérmelos.

Era probable. Damiano había usado los servicios de Russell en más de una ocasión; no vería bien que investigase a sus espaldas aun pidiéndoselo yo.

—No lo hará —insistí, dándole una última calada al cigarrillo antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con la zapatilla.

Russell suspiró.

—Scott, sea lo que sea que estás tramando, no es buena idea.

—Es la mejor idea que he tenido en mi puta vida. Y no intentes hacerme cambiar de opinión, porque no lo lograrás. —Hice una pausa y lo miré fijamente—. Haces bien en temerle a Damiano, pero yo no soy menos peligroso que él.

—Lo sé —murmuró—, pero no quiero elegir bando entre vosotros.

—Damiano y yo estamos en el mismo bando en todo lo que importa —repliqué—. Jamás lo traicionaría, si es lo que estás insinuando —añadí, con una frialdad que hizo temblar el aire.

—No insinúo tal cosa —respondió rápido, y más le valía, porque no iba a permitir lo contrario—. Solo digo que esto no es algo que él aprobaría.

—No, no lo aprueba. Pero esto no tiene nada que ver con él.

—Es un Mancini.

—No es como ellos. —Puede que estuviera decepcionado con Damiano, pero él no se parecía en nada a sus hermanastros. Incluso me sorprendía que compartieran la misma sangre—. De todas maneras, puedes estar tranquilo, no voy a matar a nadie. Solo voy a darles una lección que necesitan y Glenda será mi peón. Voy a destruirla, y a ellos con ella.

Iba a enseñarle a Glenda que incluso alguien como ella podía enamorarse de una escoria como yo. Iba a abrirle la puerta a un mundo que no conocía, a uno en el que jamás habría imaginado poner un pie. Y cuando la tuviera exactamente donde yo quería, la expondría ante todos: sus amigos, su familia, su círculo perfecto.

La humillaría y la haría avergonzarse hasta tal punto que la mancha salpicaría a Mauro. Destrozaría la reputación de su apellido; que era lo único que a él le importaba.

—Tú mismo. —Russell alzó las manos en rendición—. Solo intenta no arrastrarme contigo.

—Si caigo, caeré solo.

Pude ver que Russell no creía en esa afirmación, pero no replicó.

—Mañana estará en Monarch a las siete. Al parecer, es un *pub* de moda en la ciudad. —Ni siquiera me sonaba—. Le he escuchado hablarlo con una amiga.

Pues parecía que ya tenía plan para mañana.

—Suerte, Scott. —Russell dio un paso hacia mí y alzó la mano para darme una palmada en el hombro, pero vi cómo en el último momento cambiaba de opinión y la bajaba—. La vas a necesitar —añadió a la vez que se daba la vuelta.

—Te llamaré si necesito algo más. —Russell comenzó a caminar hacia la puerta—. ¿Ah, y Russell? —Él se detuvo—. Espero que guardes la discreción que te he pedido. No olvides que sé dónde encontrarte.

A pesar de que no se dio la vuelta para mirarme, pude ver el leve temblor de sus hombros. Russell era un tío valiente, pero yo no era de los que amenazaban en vano y él lo sabía.

—No diré ni una palabra, Scott.

Russell atravesó la azotea y desapareció por la puerta con rapidez, como si hubiera estado deseando irse desde el instante en que puso un pie en ella.

Mis ojos regresaron hasta la fotografía que seguía sosteniendo entre mis dedos. Glenda miraba hacia el frente con esa expresión altiva que siempre llevaba dibujada en su rostro, completamente ajena a lo que se le venía encima.

Porque iba a destruir a su familia. Y ella sería la llave que les abriría la puerta al infierno en el que se merecían estar.

CAPÍTULO 6

Glenda

Monarch era el *pub* de moda en la ciudad.

Un local exclusivo situado en las dos últimas plantas de un rascacielos, en pleno corazón de una de las zonas más selectas de Chicago. Sus enormes cristaleras, de piso a techo, regalaban una vista panorámica que convertía la ciudad en un espectáculo propio.

No cualquiera podía acceder a él. Y, como todo lo exclusivo que de pronto se vuelve tendencia, se había convertido en nuestro lugar preferido. Al menos, hasta que dejara de estar de moda, claro.

—¿Os podéis creer que me voy a casar? —Era la décima vez que Lora repetía esa frase en la hora que llevábamos en el *pub*.

Y, por décima vez, Ada y Mirella se miraron entre ellas antes de responder al unísono:

—¡Sí, tía!

Los aplausos que siguieron quedaron, por suerte, ahogados por la música estridente del local.

—¿No es genial? —insistió Lora.

—Lo es —respondió Ada—. ¿A que sí, Glenda?

Mirella le dio un codazo disimulado a Ada —que yo vi perfectamente— mientras se mordía el labio inferior tratando de ocultar una risa nerviosa. Lora me miró con una fingida sonrisa inocente, esperando mi aprobación.

—Sí —murmuré, porque era lo único que podía decir, lo que se esperaba que dijera.

—No sabes la envidia que me das, Lora. —Ada exhaló un suspiro exageradamente largo.

Lora sonrió con satisfacción.

—Todas os casaréis pronto también.

—Pero no con un hombre tan poderoso y guapo como Alessandro —apostilló Mirella.

—Qué puedo decir. —Lora se abanicó a sí misma a la vez que pestañeaba—. Es mi sueño hecho realidad.

¿Su sueño?

Me tuve que contener para no darle un tortazo en la cara y romperle la nariz operada.

—¿Vais a vivir en su apartamento de soltero? —inquirió Ada mientras jugaba con la pajita de su cóctel.

—No, tía —respondió Lora—. Me ha dicho que vamos a ir juntos a mirar mansiones. Una con piscina y un jardín enorme para que nuestros futuros hijos puedan jugar. —Lora me miró directamente—. ¿Sabes si hay alguna en venta en la urbanización privada donde vive tu hermano? —preguntó con toda la naturalidad del mundo.

¿Cómo? ¿De verdad me estaba preguntando eso?

Había llegado a mi límite.

—Necesito otra copa —dije levantándome. Cuando las tres miraron mi cóctel intacto, añadí—: Está aguado.

Y, sin esperar sus respuestas, me levanté del sofá redondo donde estábamos sentadas y caminé hacia la barra.

¿Qué esperaban que dijera? Todo aquello eran provocaciones disfrazadas de inocencia, puñaladas suaves. Todas sabían que quien debía casarse con Alessandro era yo, no Lora. Pero fingían demencia. Fingían que Alessandro siempre había sido el destino de Lora, como si todo hubiese sido perfectamente natural. Y yo, supuestamente, debía hacer lo mismo: sonreír, asentir, celebrar.

Pero no podía. No cuando, por primera vez, ese teatro, esa falsedad, me asfixiaba más que de costumbre.

Me detuve frente a la barra. Había varias personas a mi alrededor. Y, por primera vez, no llamé la atención del camarero para que me atendiera primero. Porque, por primera vez, no me importaba esperar. Es más, no me importaba lo más mínimo pasarme allí toda la noche.

¿Por qué no me despedía de ellas y me iba a casa? Porque no quería que se diesen cuenta de que me afectaba lo más mínimo el compromiso de Lora y Alessandro. Porque era Glenda Mancini y tenía que estar por encima de los sentimientos mundanos. Pero, en momentos como ese, mi apellido pesaba demasiado.

—Vaya, esto sí que es nuevo: la princesita esperando su turno como el resto de los mortales —La voz masculina, grave y profunda, me obligó a girar ligeramente la cabeza hacia la derecha. A mi lado estaba Scott, mirándome con esa expresión entre divertida y provocadora que tanto le gustaba usar.

Justo lo que me faltaba para rematar la noche.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Pero, antes de que pudiera responder, añadí—: ¿Me estás siguiendo?

—¿Seguirte? ¿En serio? —Una carcajada baja y ronca vibró en su pecho. Nunca antes había oído a Scott reír, y el sonido me tomó por sorpresa. Era cálido, inesperado y, para mi desgracia, ligeramente seductor. Genial, justo lo que necesitaba: empezar a encontrar sexy a Scott. ¿Qué demonios me pasaba? —Ni en tus sueños más ardientes, princesita.

—No te preocupes. No eres material para aparecer en mis sueños, y mucho menos, en los ardientes —dije, dibujando una sonrisa fría.

—Engáñate a ti misma si eso te hace más feliz.

Dios, qué hombre más insoportable.

—No estoy de humor para tus gilipolleces.

—Tú nunca estás de humor. El ceño fruncido es parte de tu cara.

—Lárgate, Scott. Ve a molestar a otra.

—Desgraciadamente para el resto, es a ti a quien me apetece molestar.

Puse los ojos en blanco.

—Dirás afortunadamente.

Scott se encogió de hombros con indiferencia y apoyó las manos en la barra con una tranquilidad casi insolente. La camiseta negra de manga corta se ceñía lo justo a sus brazos, marcando la curva firme de sus bíceps y la tensión natural de sus antebrazos, como si ni siquiera intentara presumir y aun así lo hiciera. El algodón estirado sobre su pecho dejaba entrever el músculo trabajado bajo la tela, y cada pequeño movimiento hacía que la camiseta se amoldara a él como una segunda piel.

Podía ver que tenía un cuerpo trabajado, pero no el tipo de musculatura pulida y perfecta trabajada en el gimnasio como la que acostumbraban a tener los hombres que había conocido. Sino el tipo de musculatura que se consigue peleando; más cruda, más varonil.

El cuello de la camiseta dejaba entrever un rastro de tinta que se perdía hacia su pecho, y no pude evitar querer ver más.

Mis ojos se encontraron con la sonrisa arrogante de Scott. Como si se hubiera dado cuenta de mis pensamientos y como si se regodeara de ellos. Pero, en vez de terminar mi escrutinio, mi mirada aterrizó en sus deportivas negras.

¿En serio llevaba deportivas?

—¿Cómo te han dejado entrar? —Aquel era un *pub* muy exclusivo, con un acceso muy minucioso—. Hay código de vestimenta. —Señalé sus deportivas.

Scott volvió a encogerse de hombros.

—Tengo mis contactos.

Desgraciadamente, no me sorprendía. Damiano y su escoria cada vez estaban accediendo a más lugares en los que no deberían tener cabida. Y todo porque llevaba el apellido de nuestro padre; un apellido que no debería llevar.

Pero claro, Mauro se lo permitía.

Después de haber vivido exactamente lo mismo que yo, después de ver el sufrimiento que ese bastardo había provocado en nuestra familia. En nuestra madre.

Aun así, a Mauro le daba igual. Porque solo se preocupaba por sí mismo. Últimamente, me preguntaba si nuestro hermano era un aliado en la familia o un enemigo.

—Este no es un sitio para alguien como tú.

—Lo sé. —Scott sonrió, tomándose mis palabras como un cumplido, como si fuera algo positivo, como si no quisiera ser uno más de los nuestros. Todos querían serlo—. ¿Qué quieres? —me preguntó, alzando la mano para llamar al camarero.

—No quiero que me invites.

Scott arqueó una ceja.

—No te iba a invitar. Tu hermano puede pagarte tus caprichos.

Ganaba mi propio dinero. Aunque todo lo que ganaba lo invertía en mi negocio. Sin embargo, no fue eso lo que le dije.

—Es el dinero de la familia. —Porque me pertenecía a mí de la misma manera que lo hacía a Mauro—. Familia a la que el escoria de tu cabecilla no pertenece.

Él no era un Mancini.

Damiano era la peor desgracia que nos había pasado.

—No se parece en nada a vosotros, eso desde luego.

—Y aun así, usa nuestro apellido. Sin él seguiría en la alcantarilla en la que vivía, en vez de en una bonita casa, y pavoneándose por Chicago como si le perteneciese.

—Todo lo que Damiano y yo tenemos, nos lo hemos ganado —me respondió Scott con orgullo—. Tú no puedes decir lo mismo. —Pude percibir el mismo desprecio que yo sentía por él reflejado en sus palabras. No era idiota, sabía que Scott me detestaba tanto como yo a él. Entonces, ¿por qué perdía el tiempo hablando conmigo?—. ¿Qué has hecho tú para ganarte algo de lo que tienes?

—No tengo que darte ninguna explicación, Scott.

—No hace falta. Yo respondo por ti, princesita —dijo con soberbia—. No has hecho nada. Solo gastar el dinero de tu familia en caprichos.

Eso era algo que todo el mundo suponía sobre mí. Nunca me había molestado, porque ese era el papel que debía interpretar. No era algo malo, sino lo que debía hacer. Porque en la mafia, las mujeres solo servíamos para gastar el dinero que nuestros maridos y familia ganaban. Pero escucharlo de la boca de Scott hizo que una ira líquida se propagara por mis venas.

—Vete a la mierda.

Scott esbozó una sonrisa, como si esa fuera precisamente la reacción que buscaba de mí.

—Para ser una princesita, eras una mal hablada.

—Y tú, para ser un…

No pude terminar la frase porque el camarero que estaba detrás de la barra, frente a mí, me interrumpió.

—¿Qué queréis?

—Que llames al de seguridad para echar a este imbécil —dije.

El camarero abrió los ojos como platos.

—¿Le está molestando, señorita? —preguntó, pero cuando giró la cabeza para mirar a Scott, vi cómo tragaba saliva.

—La señorita —pronunció aquella palabra con un retintín que me hizo rodar los ojos— está bromeando. Y tú te vas a limitar a preparar la bebida que te ordene —espetó Scott con voz fría.

El camarero asintió, pasándose una mano por la cara con nerviosismo.

Suspiré; era un cobarde. Siempre me habían resultado patéticos los cobardes.

—Un Manhattan —le pedí antes de que se mease encima.

—Una cerveza para mí.

El camarero asintió y comenzó a preparar las bebidas con manos temblorosas.

Ni siquiera miré a Scott. Busqué en mi cartera y dejé un billete sobre la barra.

—¿Por qué no me sorprende que te pidas un cóctel de esos pijos?

Cogí la bebida cuando el camarero me la preparó.

—Olvídate de mí, Scott.

Me di la vuelta, alejándome de él. Escuché su carcajada por encima de la música.

Esa maldita risa.

CAPÍTULO 7

Glenda

Estaba mentalmente agotada.

Después de unas cuantas copas, a pesar de que yo no había bebido de ninguna de ellas, habíamos ido a la pista a bailar.

El *pub* estaba lleno, pero nunca había demasiada gente como para que se llenara por completo, por lo que podíamos movernos con tranquilidad. Pero yo necesitaba un respiro, por eso me dirigí al baño.

No había vuelto a ver a Scott. Ni siquiera sabía por qué lo había buscado con la mirada en unas cuantas ocasiones durante la noche. ¿Qué me importaba si estaba o no?

Apoyé mis manos sobre el mármol y me eché un poco de agua fresca.

—Necesito retocarme mi pintalabios. —Lora entro detrás de mi y dejó su bolso de brillantes para sostener su *gloss* exageradamente rosa.

Con ese vestido verde con pedrería, que parecía una bola de discoteca, lo que menos necesitaba era más brillo.

Me había seguido al baño, ya que yo ni siquiera me había molestado en avisar que iba. Era bastante normal en nosotras ir juntas al aseo, pero ya no había nada de normal en nuestra relación y ella lo sabía.

No la miré. Tampoco le respondí. No valía la pena. Y, en ese momento, ni siquiera estaba segura de que nuestra amistad lo mereciera.

Si es que ella me había considerado su amiga en algún momento.

—¿Estás bien? Te noto rara, Glen.

Giré mi cabeza hacia ella. Lora tenía su mirada fija en el espejo mientras pasaba el *gloss* por sus labios. A pesar de su supuesta

preocupación ni siquiera se molestaba en mirarme.

—¿Estás de broma, verdad?

¿Cómo podía tener el morro de preguntarme eso?

—Yo nunca bromeo, Glen. Ya lo sabes.

—Te vas a casar con Alessandro.

Lora cerró el *gloss* con un suave *clic* y lo guardó de nuevo en su bolso.

—¿Y?

—¿Cómo que *y*? —espeté—. Se suponía que yo iba a casarme con él.

—Tú lo has dicho, Glen. Se suponía. —Lora rodó los ojos, comprobó su reflejo una última vez en el espejo y se giró para mirarme—. Pero las cosas han cambiado. Alessandro le ha pedido mi mano a mi padre. Él me ha elegido a mí. —Se señaló a sí misma—. No siempre puedes ganar, Glen.

¿Pero que narices estaba diciendo?

—Alessandro no ha elegido nada, Lora, y lo sabes. Ha sido decisión de mi hermano Mauro.

Ella se encogió de hombros.

—Puedes contarlo como quieras.

—Lo cuento cómo es —repliqué—. Te juro que no te reconozco, Lora. Jamás pensé que actuarias así.

—¿Qué querías que hiciera? Alessandro es un partidazo: el futuro don de su familia, rico, guapo y un completo muñeco. Tú en mi lugar habrías hecho lo mismo.

—No, Lora. —Negué con la cabeza—. Puedo entender que no tengas opción. Incluso que te alegres y no pelees contra ello. Pero lo que jamás entenderé es que no hablases conmigo en cuanto lo supiste. Que actúes como si no fuera nada, como si te diesen igual mis sentimientos.

—No estas enamorada de él, Glen. Tu hermano te conseguirá un compromiso ventajoso.

—No me refería a ese tipo de sentimientos, Lora. No me avisaste, haciéndome quedar como una idiota en la boda de Damiano. Pensaba que éramos amigas.

Conocía a Lora prácticamente desde que tenía uso de razón. Su padre había sido cercano al mío, y como teníamos la misma edad, nos convertimos en inseparables desde niñas. Estudiamos en el mismo colegio y acudíamos a las mismas fiestas.

De todo nuestro grupo, ella siempre había sido la más afín a mí. Era la primera a la que acudía cuando quería contar algo; la primera a la que había llamado cuando me enteré de que mi padre pensaba comprometerme con Alessandro. Y también la primera que me apoyó, incluso que me instó a crear un plan para conquistar a Alessandro, cuando mi padre falleció y el compromiso no llegó a formalizarse.

—Las mejores amigas, Glen. Y lo seguimos siendo. Eso nunca cambiara. —Lora tuvo los santos ovarios de parecer indignada de que pudiera dudar de nuestra relación—. Quiero que seas la dama de honor de mi boda y serás la primera en saber cuándo me quede embarazada. Si mi madre lo permite, quiero que seas la madrina de mi primer hijo. —Hizo una pausa mientras yo la miraba con incredulidad—. Eso sí, no te acerques mucho a mi futuro marido.

¿Estaba de coña, no?

No, desgraciadamente, hablaba en serio.

—¡Vete a la mierda, Lora! —exploté, incorporándome y dirigiéndome hacia la puerta. Agarré el pomo y tiré de él—. ¡Vete a la puta mierda!

—Pero no te enfades, tía. —A pesar de que no podía verla, estaba convencida de que Lora estaba haciendo un puchero en esos instantes—. ¡Vamos, ven aquí!

Cerré la puerta de un portazo y me dirigí hacia el ascensor que se encontraba fuera del *pub*.

Necesitaba salir de allí. Por mí, todas mis amigas podían irse a la mierda.

Afortunadamente, el ascensor estaba vacío y no me encontré con nadie. Salí al exterior del edificio, sintiendo la brisa fresca sobre mi piel. A comienzos de mayo, la temperatura comenzaba a ser más cálida, pero las noches seguían siendo frescas.

Saqué el móvil de mi bolso para llamar a un taxi.

—¿Problemas en el paraíso?

Entrecerré los ojos.

Él no. Otra vez, no.

—Lárgate, Scott.

Pero por supuesto que Scott no se fue. Nunca hacía caso.

—Parece que has tenido una noche dura.

Aparté la mirada del teléfono para clavársela a él.

—¿Acaso te importa?

—Podría ser. Cosas más imposibles han pasado. —Un atisbo de sonrisa se curvó en los labios de Scott—. ¿Quieres que te lleve?

¿Llevarme? ¿Estaba loco o qué demonios le pasaba?

—¿Qué pasa? ¿El aire de Chicago os está sentando mal a todos? —bufé—. No necesito que me lleves. —Me adelanté antes de que pudiera abrir la boca otra vez.

Mi teléfono comenzó a vibrar en mi mano. Era Ada.

Sin pensarlo, la colgué.

Pero cuando me giré para mirar el interior del edificio, pude verlas saliendo del ascensor. Habían salido a buscarme, y lo que menos me apetecía era que me abordaran. Aunque no iba con ellas, estaba convencida de que Lora les había ido con el cuento. A pesar de la distancia y de la oscuridad exterior, la iluminación del vestíbulo las dejaba perfectamente visibles. Sus rostros lo decían todo: ni una sombra de preocupación. Lo único que querían era un cotilleo más que añadir a sus aburridas vidas.

Y yo ya no podía seguir con esa farsa. No podía soportarlo ni un minuto más.

Por suerte para mí, la iluminación exterior era tenue, así que probablemente aún no me habían visto. Tenía que moverme rápido.

—Vamos —le dije a Scott, comenzando a andar.

Alcancé a ver el destello de sorpresa en los ojos azules de Scott. A pesar de que no comprendió mi cambio de opinión, no hizo preguntas. Él echó a caminar a mi lado, deteniéndose unos pocos pasos después, frente a una moto negra, aparcada en diagonal junto a la acera. Antes de que rebuscara en su bolsillo trasero para sacar una llave y encajar la cerradura en el baúl, supe que esa moto era suya. Nunca antes le había visto en moto, pero encajaba demasiado bien con él.

Sacó dos cascos del baúl: los dos negros mates. Con un movimiento hábil, se colocó el suyo, y después, me tendió el otro.

—Una moto. ¿En serio? —A pesar de mis palabras y de mi ceño fruncido, sostuve el casco entre mis manos.

Scott se subió en la moto. Me miró con esa maldita seguridad que odiaba en él, como si supiera que iba a subirme con él.

—¿Qué pasa, tienes miedo, *princesita*?

Era una provocación.

Una en la que no pude evitar cuando mi móvil vibró de nuevo. Esta vez, era Mirella. Me guardé el teléfono en el bolso.

Debía estar perdiendo la cabeza, o tal vez era la desesperación, porque me puse el casco.

—No soy ninguna *princesita,* así que deja de llamarme así —espeté mientras me subía en la moto.

Agradecí haber elegido el mono blanco en lugar de un vestido. Era la primera vez que montaba en moto, pero lejos de sentir ningún temor, me sentí segura

Me agarré a Scott, rodeándole la cintura con los brazos, sin titubear. Si él esperaba que dudara o que me comportara como una niña asustada, se equivocaba. Me incliné hacia adelante, pegando mi pecho a su espalda, firme, segura, como si llevara toda la vida montando en moto.

Scott arrancó la moto con un tirón y la vibración subió por mis piernas hasta instalarse en mi pecho. El aire frío de Chicago me golpeó de lleno, despejándome la mente. Me olvidé de Lora, de Alessandro, de mi hermano, de todo. Las luces de la ciudad se convirtieron en líneas doradas que cruzaban a toda velocidad a ambos lados.

Se sintió liberador.

No sabía si era porque iba en moto o porque era Scott quién la conducía, pero, en esos instantes, no quería pensar.

Un semáforo parpadeó a punto de ponerse en rojo y Scott comenzó a aminorar.

—No pares —le pedí, apretando los brazos alrededor de su cintura.

Él soltó una risa baja, apenas un murmullo ahogado por el casco.

—Si me lo pides así —murmuró, y volvió a acelerar justo antes de que el rojo terminara de encenderse.

El rugido del motor volvió a adueñarse de todo, llevándose con él cualquier pensamiento que no fuera la velocidad, el viento y el calor de su cuerpo contra el mío. Nunca había sido una fanática de la velocidad ni de la adrenalina, pero aquella noche, aquella huida improvisada —cuando yo nunca huía— me supo a libertad. Y me gustó. Más de lo que admitiría en voz alta.

—Aparca ahí —le indiqué cuando nos estábamos acercando a mi casa.

Se lo pedí justo al doblar una esquina, a una calle de distancia de donde empezaba la urbanización privada donde vivía. No había manera que los guardias de seguridad de la urbanización nos dejasen pasar sin avisar a Mauro, y si eso sucedía, los hombres de mi hermano que vigilaban la mansión, se lo dirían.

Y aunque una parte de mí disfrutaba imaginando a Scott metido en problemas por mi culpa, la otra no tenía la más mínima intención de darle explicaciones a Mauro.

—¿Has disfrutado del viaje en moto? —preguntó Scott en cuanto aparcó y se quitó el casco, aunque no se bajó de la moto.

—Podría haber sido peor —respondí bajando de la moto. Me quité el casco y lo dejé encima del asiento—. Así que te gustan las motos, ¿eh?

—De normal uso más el coche, pero es más fácil de aparcar.

—¿Sabes que la discoteca tiene *parking* privado, verdad?

—Paso de pagarlo.

Entorné los ojos.

—Esto del macarra y la moto es muy cliché.

Scott se rio.

—Los clichés funcionan.

Fruncí el ceño.

—No para mí. No me gustan los macarras.

—Ni a mí las niñas pijas.

—Bien, entonces tenemos algo en común.

—¿Y que sería eso?

—A ninguno de los dos le gusta el otro.

Scott dejó el casco encajado en el manillar y se bajó de la moto con calma. Aquello debería haber sido mi señal para marcharme, pero no lo hice.

Apagó las luces de la moto, por lo que lo único que nos iluminaba era la luz tenue de una farola. Se encontraba a unos pocos pasos de mí, y no pude evitar fijarme en el tatuaje que cruzaba desde su pómulo derecho hasta la sien. Era una de las primeras cosas que llamaba la atención de él; siempre me había parecido una falta de gusto tatuarse la cara. Pero ahora que podía verlo de cerca, me di cuenta de que eran letras, aunque no podía leerlas con claridad.

¿Y si me acercaba unos pasos más?

—Creo que te gusto más de lo que reconoces. —La voz de Scott me devolvió a la realidad.

Solté una carcajada breve, seca.

—No seas ridículo.

—¿Ridículo? —Alzó una ceja rubia, claramente entretenido—. A mí no me ha sonado a un no.

—Pues debería. Es un no clarísimo. Y esta conversación empieza a parecer una pelea de patio de colegio. No pienso seguirla.

—Y aun así, sigues aquí plantada —replicó, con esa media sonrisa que parecía hecha para fastidiarme—. Como si estuvieras esperando algo.

Él tenía razón, no me había movido. Pero no estaba esperando nada; no de él. Simplemente, no quería regresar a casa.

—No me has dicho que hacías en el *pub*. No creo que sea un lugar que frecuentes.

Scott se apoyó en la moto.

—Desde luego que no lo es.

—¿Y entonces qué hacías allí?

—Por lo visto, demostrarte que te gusta viajar en moto cuando soy yo quien conduce.

El muy gilipollas se estaba haciendo el interesante conmigo.

—Puede que me gusten las motos —reconocí, pese a que la realidad era que no lo hacía. O eso creía hasta esa noche—. Tú no tienes nada que ver.

Scott se irguió y avanzó un par de pasos hacia mí, lo justo para colarse en mi espacio pero sin llegar a tocarme. No sabía qué pretendía, pero no retrocedí.

—Claro.. Por eso te has agarrado a mí como si la vida se te fuera en ello.

—Intentaba no caerme, eres un conductor pésimo —repliqué, aunque mi voz ya no sonaba tan segura como pretendía—. Has pillado todo los baches.

—Va a ser eso. —Sonrió, como si no se creyera ni una palabra —. Eres peor mentirosa de lo que crees, princesita.

—Confía en mí, soy muy buena mentirosa.

—No lo creo.

—La última vez, conseguí engañarte —le recordé—. Creíste que me sentía atraída hacia ti.

Nuestro encuentro en la boda de Damiano debería haber quedado enterrado en mi memoria; de hecho, no había pensado en ello hasta ese momento. No me esperaba el compromiso entre Lora y Alessandro y había tratado de darle celos con el primero que pasaba.

Y ese había sido Scott.

Claramente, había estado desesperada. Y, desde luego que, no había pensado con claridad.

—Es que no me engañaste —lo dijo con esa seguridad que tanto detestaba de él. Lo dijo como si de verdad estuviese convencido de ello.

Joder, e igual tenía un poco de razón. Pero no pensaba reconocérselo.

—No me siento atraída hacia ti, Scott.

Él dio un par de pasos más hacia mí hasta que podía inspirar su aroma a loción de afeitar y un leve olor a cigarrillos.

—Te pongo cachonda, Glenda. Admítelo.

Su mirada descendió hasta mis labios, pero él no hizo ningún movimiento. Me estaba provocando, estaba jugando conmigo, y yo

le estaba dejando hacerlo.

Porque una parte de mí quería jugar también.

—No, no lo haces. —Mi lengua recorrió con lentitud mi labio superior. Sus ojos siguieron mi movimiento, y pude ver cómo el hielo que siempre permanecía en ellos se derretía un poco. Estaba ligando con Scott, y esta vez, lo estaba haciendo de verdad. No estaba fingiendo—. Pero soy más que capaz de hacerte creer que es así.

Y entonces, antes de pensarlo demasiado, antes de recordarme todo lo que no debía hacer, me incline hacía él. Solo un segundo, apenas un impulso. Mis labios se unieron a los suyos en un beso que pretendía ser una demostración de que yo tenía el control. Una demostración breve, pero una vez probé sus labios, no fui capaz de parar.

Scott no dudó. Sus dedos atraparon mi cintura con seguridad y me empujaron contra él, reclamando mi boca como si le perteneciese. El beso se volvió profundo, intenso, devastador. Sentí el calor de su cuerpo, la fuerza de su agarre, el sabor a peligro y a algo que llevaba toda la noche intentando ignorar.

La atracción sexual que sentía hacia él.

No me gustaban los hombres como él. No me gustaban los maleducados, los que no sabían comportarse, y que no eran capaces de ponerse una corbata ni para una boda.

Y, sin embargo, tenía que reconocerlo: nunca nadie me había besado así. Nunca con esa intensidad, con esa mezcla de delicadeza y fuerza que me hacían perderme en él. Cada movimiento, cada roce de sus labios, me atrapaba más. Cuanto más me entregaba a ese beso, más imposible parecía querer alejarme.

Mi cuerpo reaccionaba sin control, consciente de que, por primera vez, no quería ser yo la que tomaba el mando. Quería dejarme llevar, no pensar en las consecuencias. No pensar en el futuro; no pensar en nada.

—Tienes razón —murmuró Scott cuando se apartó de mí—. No eres una princesita, eres una conejita.

¿Qué?

Iba a preguntárselo cuando escuché un ruido detrás de mí. Eso me hizo regresar de nuevo a la realidad. ¿Qué estaba haciendo?

Ese era Scott, el segundo de Damiano. Alguien podría habernos visto.

Me separé de su agarre y, sin despedirme, me giré. Tenía que alejarme de él, volver a casa y olvidar esa noche.

—Tienes razón, eres una mentirosa cojonuda. Me he creído que me deseas —dijo a mi espalda.

Sin mirarlo ni detenerme, le enseñé el dedo medio. Scott soltó una carcajada baja, divertida, mientras me veía alejarme. El sonido de su risa quedó flotando detrás de mí, y aunque intenté ignorarlo, un escalofrío recorrió mi espalda.

Estaba bastante segura de que por mucho que lo evitase, volvería a encontrarme con él.

CAPÍTULO 8

Glenda

Todos necesitamos una vía de escape, algo que nos mantenga cuerdos, sobre todo cuando naces en una familia como la mía, y, en mi caso, esa salida siempre ha sido cocinar.

Heredé de mi madre mi pasión por la gastronomía. Fue ella quien me enseñó a distinguir los matices de cada sabor, a reconocer el punto exacto de la sal, el equilibrio sutil entre lo dulce y lo ácido, y cómo un simple aroma podía transformar por completo un plato. Con ella aprendí que la cocina no era solo técnica, sino intuición, memoria y un poco de alma.

Los únicos momentos en los que la veía feliz —en los que sus ojos brillaban con genuina felicidad— eran cuando se perdía entre aromas y recetas. No tenía por qué cocinar, ya que teníamos cocineros que podían hacerlo por nosotras, pero a ella le gustaba preparar sus propios platos. La cocina era su refugio dentro del infierno que fue la casa.

Tal vez esos únicos recuerdos felices fueron los que me llevaron a que, cuando ella falleció y terminé la secundaria, me inscribiera en el programa de Artes Culinarias. Tiempo después, decidí comenzar mi empresa de catering.

Mi padre se rio de mí. Por supuesto que él lo haría. Y, en principio, se negó en rotundo; aseguró que no permitiría que su hija le avergonzara. Pero, unos días después, cambió de opinión. Me lo permitió, siempre y cuando no le salpicara nada de lo que él llamó «mis tonterías». Y, sobre todo, que estas no rebajaran mi valor, ya que, al fin y al cabo, para él tan solo era una mujer: un ser inferior, un objeto que solo valía para utilizar en un intercambio beneficioso.

De la misma manera que lo había sido mi madre. Gracias a ese matrimonio, mi padre consiguió consolidar su puesto como Don de

los Mancini. No lo habría logrado sin ello, ni tampoco sin el apoyo de mi madre, algo que él nunca supo valorar.

Aun así, me iba muy bien. De hecho, todo lo contrario a lo que ellos esperaban.

Empecé desde cero y, a pesar de llevar apenas dos años con la empresa, cada vez tenía más clientes. Mi catering era exclusivo, de calidad, el idóneo para eventos como el de aquel día.

Charlotte, la esposa del senador de Chicago y antigua amiga de la familia, organizaba una exposición privada en su galería de arte. Había logrado que un reconocido artista japonés del momento presentara allí sus obras y decidió contar conmigo para el evento. Era la quinta vez que lo hacía; y aunque sabía que la primera había sido solo por la amistad que la unía a mi familia, también tenía claro que ahora era porque realmente apreciaba la calidad de mi servicio.

A diferencia de mis camareros, que vestían un uniforme impecable en blanco y negro, yo llevaba un conjunto en tono marfil: una americana entallada y una falda a juego que caía justo por debajo de la rodilla. Elegante, sobrio y lo bastante refinado para confundirme entre los invitados. Llevaba el cabello recogido en un moño pulido, lo que dejaba a la vista el pinganillo oculto tras mi oreja; un detalle casi imperceptible para cualquiera, pero suficiente para recordar que, mientras ellos disfrutaban de la velada, yo estaba allí para asegurarme de que todo marchara como debía.

—Daros más vida con el *champagne* —ordené mientras los camareros recorrían la galería con las bandejas—. Veo a los invitados buscándolo con la mirada. No dejéis que nadie se quede sin una copa.

Recorría la galería con paso seguro, observando cómo los camareros equilibraban las bandejas mientras se deslizaban entre los invitados, ajustando detalles al vuelo. Cada gesto mío era una indicación silenciosa para ellos: levantar ligeramente la bandeja, sonreír, acercarse un poco más a aquel grupo que parecía buscar otra copa.

—La mesa auxiliar junto a la escultura principal tiene platos vacíos. Limpiarla y reponed los canapés —indiqué por el pinganillo, con voz tranquila pero firme.

—Jefa —dijo Cameron, uno de los camareros, acercándose a mí.

Cómo me gustaba aquella palabra: «jefa».

—¿Todo bien?

Cameron era el primer camarero que había trabajado para mí. Era joven, aunque acababa de cumplir treinta y dos años. Y, a pesar de que mantenía otros empleos, seguíamos trabajando juntos.

—¿Servimos ahora las tartaletas de *foie gras* con compota de higo y caviar?

—Sí.

—Vamos, date prisa, Noah.

Cameron miró a un chico joven que acababa de cumplir dieciocho años. Era su primer día trabajando para mí y, además, era su sobrino. Él mismo me había pasado su currículum. Sabía que la hermana de Cameron y su marido estaban pasando una mala época; Noah necesitaba el trabajo para pagar sus estudios y ayudar en casa con sus dos hermanos menores. Por eso lo acepté, aunque no tuviera experiencia. Y porque confiaba plenamente en Cameron.

Iba a dirigirme a la sala de apoyo, un espacio pequeño que la galería nos había cedido para organizar el servicio. Allí se encontraban las mesas auxiliares, las neveras portátiles, las bandejas, los utensilios y todo lo necesario para el catering. No era una cocina real, pero era suficiente para coordinar al equipo y mantener el control del evento. Sin embargo, antes de poder dar un solo paso, fui interceptada.

—¡Glen! —Ada me agarró de la muñeca—. ¿Qué haces aquí?

No había esperado encontrármela allí. Llevaba el cabello castaño peinado en ondas suaves que le rozaban los hombros, y un vestido burdeos que le caía hasta los tobillos, del mismo tono que sus labios.

—Estoy trabajando. Llevo el catering de la fiesta —le respondí con una mueca tensa, liberándome de su agarre—. ¿Y tú?

Ada abrió mucho los ojos y alzó la mano mientras curvaba sus labios, como si no pudiera creer mi pregunta.

—No podía perderme la exposición de Yuto. Desde hace años, soy una gran fan de todas sus obras.

Era mentira.

A Ada no le gustaba el arte. De hecho, estaba bastante convencida de que creía que Monet era una marca de maquillaje. Y solo había una razón para su mentira: que me la encontré girando levemente hacia mi derecha.

—Él es Benoît. —Ada señaló al chico que se encontraba a su lado—. Nos conocimos ayer en un evento benéfico de recaudación de fondos para una fundación médica. Vive en París, pero se va a quedar aquí una temporada. Y resulta que es un aficionado al arte como yo.

—Es un placer conocerte. —Benoît esbozó una sonrisa. No parecía en absoluto molesto porque Ada no hubiera dicho bien el nombre del artista, que se llamaba Hiroto, ni porque ella fuera aficionada a sus obras desde hacía solo un año, siendo un artista emergente.

Quizá él ni siquiera lo sabía. O simplemente, no le importaba. Lo más probable, sin embargo, era que no le interesara el arte en absoluto y estuviera fingiendo para ligar con Ada, tal y como ella hacía con él. Era irónico cómo ambos jugaban el mismo juego sin darse cuenta, cómo se engañaban mutuamente.

—¿No es monísimo? —me preguntó Ada, dándome un codazo cuando Benoît se alejó de nosotras para poder seguir viendo la exposición—. Creo que me he enamorado, Glen.

Algo que a Ada le ocurría cinco veces por semana. Aunque, al igual que yo, se casaría con quien su padre eligiese para ella, y ella lo sabía y lo aceptaba. Pero le gustaba hacer esa pantomima tantas veces como podía.

—Es mono —respondí.

Y predecible, y soso. Y aburrido.

No como Scott.

Negué con la cabeza, como si de esa manera pudiera sacarlo de mi mente. Habían pasado dos semanas desde aquella noche en la que nos habíamos besado. Por suerte, no lo había vuelto a ver. Había intentado borrar lo que pasó de mi memoria. Lo de Lora me había afectado más de la cuenta y, sinceramente, debí de perder la cabeza, porque no encontraba otra explicación para la estupidez que cometí.

Pero mentiría si dijera que hubo un solo día en el que no pensara en ese beso.

¿Qué narices me pasaba?

—Hace un montoooon que no te vemos.

Quince días exactamente. Desde la noche del *pub* había ignorado sus llamadas, limitándome a responder con monosílabos a sus mensajes. Tampoco era como si alguna de ellas se hubiera molestado en acercarse a mi casa. Ni siquiera a escribirme por privado. Todos los mensajes que habían enviado habían sido por el grupo que teníamos las cuatro juntas.

—He estado ocupada —respondí sin molestarme en buscar una excusa, porque no me apetecía hacerlo y porque a Ada ni siquiera le importaba.

—Glen —Ada no me creyó—, Lora está súper preocupada por ti. —Tuve que hacer un esfuerzo enorme para no entornar los ojos. Bueno, qué narices, los entorné—. Todas lo estamos. ¿No seguirás molesta con ella, no?

No estaba molesta. Estaba furiosa y dolida. Pero no se lo dije. Porque lo único que Ada buscaba era cotilleos, y no se los pensaba dar.

—No quiero hablar de eso, Ada.

—O tal vez hay otra razón. —Ada puso una sonrisilla—. Alguien que te mantiene ocupada.

Arrugué el ceño.

—¿De qué hablas?

—Te vimos, Glen. Me decepciona que no me lo hayas contado. Yo siempre te cuento todos mis ligues.

—No sé de qué estás hablando. No hay nadie, Ada.

—Te vimos saliendo en moto la noche de la celebración del compromiso de Lora —Mierda. ¿Me habían visto con Scott?—. Llevabas el casco puesto, pero parecías muy sexy. —Mordió su labio inferior, intrigada—. ¿Quién es él?

Solté el aire que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. Si ellas lo hubieran visto con claridad, lo habrían reconocido y yo estaría en problemas. Porque guardar un secreto no era lo suyo.

Pero no lo habían hecho. Estaba segura, porque si no, Ada no me miraría con ese interés; me hubiera abordado hacía dos semanas.

—Un conocido que me llevó a casa —me limité a decir, tratando de mantenerme tranquila. Si Ada me veía nerviosa, tan solo conseguiría aumentar su curiosidad—. Eso es todo, Ada.

—Tiene que ser más que eso para que tú montases en moto —insistió—. Ni siquiera era una de esas motos —hizo una pausa como si intentara recordar la marca, pero se rindió—, de las caras, ya sabes. Estoy segura de que el asiento no calentaba.

No, no lo hacía, pero, aun así, no era frío exactamente lo que sentí. Pero no iba a decírselo a ella.

Ni siquiera me había fijado mucho en la moto. Aunque lo cierto era que Scott, siendo el segundo de Damiano, podía permitirse algo mejor. No solo con la moto, sino también en la ropa, pero no parecía que eso le importase. Él no usaba el dinero para ser alguien que no era.

—¿Y de verdad te importa, Ada? —espeté, cansada de ella y de sus insinuaciones.

—Claro que me importa, Glen. —Me miró con una fingida expresión apenada—. Somos amigas.

—¿Lo somos? —cuestioné, entrecerrando los ojos—. Sabías que Alessandro iba a casarse con Lora y ni siquiera me avisaste.

Ada se rascó la nariz, incómoda.

—Yo quería hacerlo, pero Mirella creyó que sería mejor que Lora te lo contara.

Puse los ojos en blanco. Por supuesto, ella nunca asumiría su culpa. Prefería vender a su amiga, aunque sabía que Mirella haría exactamente lo mismo. Éramos muy parecidas en muchas cosas, pero en eso éramos completamente diferentes. Yo asumía mis equivocaciones. No era una cobarde.

—Da igual —resoplé con cansancio e hice un gesto con la mano —. Estoy trabajando; no tengo tiempo para esto.

Ada suspiró, aliviada.

—Tienes razón, es mejor que lo olvidemos. —Yo no había dicho eso, pero no merecía la pena corregirla—. Para qué quieres a

Alessandro teniendo al motorista sexy.

—No lo has visto, no sabes cómo es.

—No le vi la cara, pero sí vi que estaba cuadrado y era alto. Iba vestido como un chico malo. El tipo de hombre con el que ninguna de nosotras se casará, pero con el que podrás vivir una aventura alucinante.

—Los hombres con los que nos casaremos no son buenos hombres, Ada.

—Pero aparentan serlo.

No, no lo hacían. Pero Ada solo se quedaba en la superficie. Su padre y su hermano también eran hombres de mi hermano, hombres de la mafia. Sin embargo, ella prefería no pensar de dónde venía el dinero que gastaba tan alegremente. Prefería vivir en su mundo de fantasía.

En eso también éramos diferentes: yo era plenamente consciente del mundo en el que había nacido. Y no tenía ningún problema con ello. No aspiraba a casarme con un buen hombre; no quería a un buen hombre. Porque entendía que mi apellido venía con muchos beneficios, pero con más obligaciones aún. Casarme con alguien que beneficiara a mi familia era una de ellas.

Y eso era lo único que yo buscaba.

—Como te he dicho, tengo que seguir trabajando.

—Cuéntame algo sobre el motorista.

—No hay nada que contar. Me dejó en casa y se fue. Fin de la historia —dije. Ada no me creyó ni por un instante, y abrió la boca para hablar, pero fui más rápida que ella—. Deberías vigilar a tu acompañante —añadi, haciendo un gesto con la barbilla hacia el parisino, que conversaba animadamente con una joven atractiva delante de uno de los cuadros al que no estaban prestando ninguna atención.

Ada siguió mi mirada y su ceño se frunció.

—¿Es la hija del senador? —me preguntó y asentí. Había hablado muy pocas veces con ella, pero la conocía perfectamente—. Se cree que por ser hija de quien es puede quitarme a mi chico. —Ada arrugó los labios, molesta—. Pues no puede. —Se alejó de mí sin despedirse.

Nunca me había alegrado tanto de que alguien se marchara. No quería seguir aguantando su interrogatorio. Aunque conocía a Ada, ella y Mirella eran como un perro con un hueso; no lo dejarían pasar. Pero yo no iba a volver a acercarme a Scott, y ellas nunca descubrirían el beso que habíamos compartido. Acabarían aburriéndose al ver que no había ningún chisme interesante.

Aunque había una parte de mí, pequeña pero ruidosa, que me gritaba que tal vez me estaba equivocando. Que quizá Ada tenía razón y que eso era lo que necesitaba: una aventura con un hombre que nunca se casaría conmigo.

Suspiré mientras negaba con la cabeza. No, Scott no podía entrar en mi vida; ni siquiera como una simple aventura.

Un chillido me devolvió a la realidad.

Centré mi atención en la invitada que estaba gritando a mi camarero, Noah. A paso ligero me dirigí hacia allí con la intención de solucionarlo, pero antes de llegar noté una mirada quemando mi espalda. Sin siquiera poder evitarlo, como si fuera lo que debiera hacer, ladeé la cabeza en esa dirección.

Y cuando mis ojos se encontraron con ese par de ojos de acero, lo comprendí.

Scott se encontraba al otro lado de la estancia, a apenas unos pasos de mí.

¿Qué hacía él allí? Aunque aquella pregunta se desvaneció de mi mente, careció de sentido, cuando vi cómo me miraba, como si aquel beso que habíamos compartido no hubiera sido suficiente, como si le hubiera dejado con ganas de mucho más.

CAPÍTULO 9

Scott

A veces, hasta los tipos como yo teníamos suerte.

Aquella noche debería haber estado en el *pub*, encargándome de los negocios, y no en una galería de arte rodeado de pijos. Pero Darius Wilson, el senador de Chicago, uno de los potenciales socios de Damiano que le había presentado Mauro, me había invitado a una exposición que celebraba en la galería de arte de su mujer y quería que asistiese para hablar de negocios.

Porque los que fingían ser decentes preferían reuniones improvisadas en sitios sofisticados como ese. Aunque, al final, era todo igual.

Pero Paolo, el hijo de Damiano, estaba con fiebre alta que no remitía con medicación, y él y su mujer le habían llevado a urgencias. Aunque no era grave, Damiano se había negado a separarse de su pequeño, así que me había pedido a mí que le cubriese.

Si le había sorprendido que no me negara, no lo manifestó. Estaba demasiado preocupado por su hijo para hacerlo. Y yo, pese a que no me alegraba de que el pequeño estuviese enfermo, estaba agradecido por ese golpe de suerte.

Llevaba las últimas dos semanas buscando la manera de acercarme de nuevo a Glenda, pero ella no había vuelto a salir con sus amigas y, según las informaciones de Russell, que continuaba siguiendo por orden mía todos sus pasos, solo iba del trabajo a casa.

Casualmente, la empresa de catering de Glenda era la que servía en ese evento, en el que hubiese sido imposible colarme sin levantar sospechas. Pero tenía la excusa perfecta. Desgraciadamente, había pasado la última hora en una de las salas privadas, aguantando al senador. Él no estaba muy contento porque

me hubiese presentado yo en vez de Damiano, pero aun así me puso al tanto de todos los negocios que creía que él y nosotros podíamos hacer juntos.

Personalmente, le hubiese mandado a tomar por culo. Jamás haría negocios con hombres como él. Pero Damiano estaba interesado en, por lo menos, escucharlo.

Cuando por fin fuimos a la sala donde se estaba celebrando el evento, busqué a Glenda con la mirada, pero antes de encontrarla, la mujer del senador se acercó a nosotros.

—Te he estado buscando, cariño —le dijo a su marido—. Todos se preguntaban dónde estabas.

Ella le dio un beso en la mejilla a Wilson. Después, sus ojos se fijaron en mí.

—Este es Scott —nos presentó el senador—, el socio de Damiano, el hermano de Mauro Mancini. Estábamos atendiendo unos negocios.

Su mirada descendió por mi cuerpo, observando mi ropa, que estaba muy lejos de la etiqueta obligatoria que, seguramente, aquel evento tendría. Pero si le pareció mal, no dijo nada. Tan solo esbozó una sonrisa suave.

—Yo soy Charlotte, Scott —se presentó—. Es un placer para mí tenerte aquí.

Era mentira; una flagrante mentira.

Mi presencia no era agradable para nadie. Estaba bastante seguro de que Charlotte era consciente de los negocios turbios de su marido. Pero prefería ignorarlo mientras hacía uso del dinero y del poder que estas relaciones le proporcionaban. Porque solamente necesitaba pasar un segundo con Charlotte para darme cuenta de que ella era igual de ambiciosa que su marido.

—También he invitado a Mauro, pero desgraciadamente tenía otro compromiso —comentó cuando se dio cuenta de que no tenía intención de decir nada más—. Estaba muy apenado de no poder acudir.

—Apenadísimo.

La sonrisa de Charlotte no vaciló ni un instante ante mi sarcasmo. Supe que se había dado cuenta, era demasiado

inteligente como para no hacerlo, pero decidió ignorarlo.

—Por suerte para nosotros, su hermana Glenda sí ha aceptado encargarse del catering. Los invitados están encantados. ¿Has probado los canapés?

Prefería una hamburguesa o una pizza antes de esa comida pija. Pero, mientras hablaba con el senador, había probado varios de los canapés que se servían esa noche y tenía que reconocer que la conejita sabía lo que se hacía.

—Están exquisitos, amor. —Darius rodeó la cintura de su mujer con su brazo y le dio un beso en el pelo.

Charlotte dijo algo más, pero yo no la escuché, porque mis ojos encontraron a quien llevaban buscando toda la noche.

Iba vestida de blanco. Un color que había notado que utilizaba con frecuencia y que, aunque Glenda no representaba nada de lo que simbolizaba, seguía siendo su color. Llevaba un conjunto de americana y falda tubo que le llegaba hasta los tobillos. Recatado y elegante, pero la tela delineaba cada curva de su cuerpo como si hubiera sido diseñada para ella. Me fijé en su cabello rubio, recogido en un moño estirado, impecable, sin un solo mechón fuera de lugar.

Demasiado perfecta. Demasiado controlada. Demasiado fría.

Pero Glenda no era nada de eso. Tan solo había necesitado acercarme un poco para darme cuenta de que era un puto desastre. Glenda era puro fuego, no hielo. Tuve el impulso de ir hasta donde estaba, agarrarla por la cintura y empujarla contra la pared, haciendo que esos cuadros ridículos que se exponían como obras de arte que no eran cayeran al suelo. De ver cómo ese moño perfecto se deshacía entre mis dedos, de hacerle saltar los botones de esa americana. De arruinarla.

Porque, joder, tan solo necesitaba un minuto para hacerle perder el control. Y tuve la sensación de que justamente eso era lo que ella necesitaba.

Mi atención se centró en su rostro. Parecía molesta con algo que su amiga le estaba diciendo. Ni siquiera estaba tratando de disimularlo; maldita sea, ella era más transparente de lo que creía. Y eso me gustaba, porque la hacía real. La conversación no duró

demasiado, porque la amiga se alejó de ella y Glenda inspiró con profundidad, aliviada.

Pero entonces sus ojos verdes se movieron alrededor de la sala hasta encontrarse con los míos. De alguna manera, sentí que, inconscientemente, me había buscado. Como si hubiera podido sentir mi presencia.

Pude ver la sorpresa, el desconcierto en su expresión. Pero el contacto se rompió demasiado pronto, porque el grito de una de las invitadas hizo que Glenda desviara su atención de mí.

Una mujer que rondaría los cincuenta, enfundada en un vestido rojo, estaba gritándole a uno de los camareros.

—¡Eres un inútil! —volvió a gritar la mujer, aún más fuerte, logrando que todos le prestásemos atención.

El chaval, que con suerte tenía dieciocho años, agachó la cabeza. El pobre no sabía dónde meterse.

—Lo... lo siento.

Pero, por experiencia, sabía que ninguna disculpa sería suficiente. Mostrarse débil, indefenso, ante personas como esa mujer, que se creían que por tener dinero podían tratar al resto como si fueran sus esclavos, siempre era peor.

Cerré mis manos en puños, sintiendo la ira recorrer mi cuerpo y la necesidad de intervenir. Sin embargo, por mucho que me jodiera, no lo hice. No podía llamar la atención. No cuando quería pasar lo más desapercibido posible.

—¿Qué sucede? —preguntó Glenda, que se había acercado hasta donde la mujer y el camarero se encontraban. Parecía tranquila, pero tenía la barbilla ligeramente alzada. Se mostraba segura, sin titubear.

La mujer pareció reconocerla, porque exhaló un suspiro de alivio al verla.

—Es este inútil de camarero que has contratado. Le he preguntado todos los ingredientes y no me ha dicho que el canapé contenía higo. ¡Me podría haber muerto por una alergia!

—No... no me he acordado —balbuceó el camarero. El chaval ni siquiera era capaz de pronunciar una palabra sin temblar—. Lo siento mucho.

Glenda no miró a su camarero. Sus ojos estaban fijos en la mujer.

—¿Eres alérgica?

—No, no lo soy. ¡Pero podría haberlo sido!

Glenda arrugó la nariz.

—Él ya te ha pedido disculpas.

—¡Se me podría haber hinchado la cara! ¡Podría haber muerto!

—Lisbeth, tu cara hinchada está relacionada con un mal uso del bótox. No tiene nada que ver con mi empleado ni con nuestro servicio.

A Lisbeth casi le da un soponcio al escuchar aquellas palabras, que provocaron una oleada de risas entre los invitados. Porque precisamente lo que Glenda buscaba era ridiculizarla, de la misma manera que ella estaba haciendo con su camarero.

Antes de que Lisbeth pudiese responder, Charlotte, la mujer del senador, se alejó de nosotros para intervenir.

—Lisbeth —posó una mano sobre su hombro—, ¿por qué no te tomas otro champagne? Tengo ganas de enseñarte un cuadro que te va a encantar.

Charlotte estaba intentando disipar el ambiente antes de que comenzase una discusión. Aunque pude ver cómo claramente Lisbeth no estaba contenta, desvió su mirada vidriosa de Glenda para asentir. Ambas se alejaron juntas y los invitados volvieron a sus conversaciones.

Glenda le dijo unas palabras al camarero y este esbozó una sonrisa. No eran palabras de reproche, sino de consuelo. Había defendido a uno de sus empleados. Algo que jamás pensé que haría. Estaba seguro de que, en todo caso, se uniría a la absurda queja de la mujer y despediría al pobre chaval.

Joder, esa mujer lograba sorprenderme. Había más capas en ella de lo que parecía a simple vista. Aunque me negué a que me engañase. Era una Mancini hasta la médula, una niña pija acostumbrada a conseguir lo que quería sin esforzarse.

Y yo iba a enseñarle una lección que no olvidaría, a ella y a su hermano.

Glenda no miró hacia mí. Cruzó la sala y, por un momento, pensé que se marcharía. Le di vueltas a la cabeza buscando la forma de acercarme a ella sin llamar la atención, pero entonces su mirada rozó la mía durante un instante, apenas perceptible. Al mismo tiempo, elevó ligeramente el mentón en un gesto silencioso.

Una invitación.

Ella quería que la siguiera. Quería que la atrapara.

Porque a Glenda Mancini le gustaba jugar.

Y yo era muy bueno en ello.

CAPÍTULO 10

Glenda

No sé qué tenía Scott, pero conseguía anular cada parte sensata que quedaba en mi cerebro. Con él, dejaba de pensar; olvidaba quién era él y quién era yo. Scott apagaba mi mente y encendía mi cuerpo. Y no podía negar que me gustaba. Más de lo que debería.

Atravesé la galería sin mirar a nadie, esquivando conversaciones y copas de vino, hasta adentrarme en uno de los pasillos que llevaban a los baños más alejados de la sala principal de la exposición.

Entré y me quité el pinganillo, lo apagué y lo guardé dentro del bolso, que dejé sobre la encimera. Apoyé una mano en el lavabo. Mis ojos estaban fijos en el mármol blanco, pero aun así, escuché perfectamente el leve chirrido de la puerta al abrirse.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, como si no fuera yo quien lo había invitado a seguirme con aquella mirada apenas disimulada.

La puerta se cerró detrás de él con un *clic* suave.

—Negocios con el senador. Damiano no ha podido venir, así que he tenido que hacerlo yo.

No me sorprendió. No era tan estúpida como para no darme cuenta de que habría otra razón de que Scott estuviera allí. El senador era un antiguo amigo de la familia; de hecho, su mujer, Charlotte, había sido amiga de mamá. ¿Qué hacían ahora del lado de Damiano?

No debería extrañarme. Porque todos eran iguales; unos auténticos traidores. Cerré mis manos en puños.

No me giré, pero levanté la vista hacia el espejo.

Por primera vez en mi vida, no fue mi reflejo lo que capturó mi atención, sino el hombre detrás de mí, observándome a través del cristal con una sonrisa de suficiencia.

—No tiene ningún derecho a estar aquí. No se merece estar aquí —escupí, mientras sentía cómo mi cuerpo temblaba de rabia.

Damiano no era un Mancini. No se merecía el honor de llevar nuestro apellido.

Scott agarró mi muñeca e hizo que me girara. Sostuvo mi barbilla con sus dedos.

—¿Por qué?

—Porque es escoria.

Scott me sostuvo la mirada con una intensidad que me atravesó. Sentí cómo le bastó un segundo para ver más allá del desprecio, de mi aversión profunda hacia Damiano; que pudo leer dentro de mí.

Tal vez por esa razón, tuve la necesidad de añadir:

—Los dos lo sois.

Scott esbozó una sonrisa.

—Te repites mucho, conejita. Y aun así, sé que no me odias tanto como quieres hacerme creer.

Me removí y él soltó mi barbilla, pero siguió sujetándome la muñeca.

—Suéltame, Scott —ordené, intentando apartar la mano que aún me sostenía la barbilla—. No tienes derecho a tocarme.

Su pulgar rozó mi mejilla. Un toque leve, casi un susurro de contacto, pero lo sentí como un latigazo que recorrió mi cuerpo con intensidad.

—Sí lo tengo, conejita. Tú me has dado el permiso.

—Yo no te he dado nada.

Scott inclinó la cabeza, acercándose lo suficiente como para que su aliento rozara mi cuello. No llegó a tocarme, pero su proximidad era un arma en sí misma.

—Me lo has dado —repitió—. Con esa mirada en la galería, con la forma en la que te has ido, con cada paso que has dado esperando que te siguiera.

—No, no lo he hecho —mentí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta, arrogante, peligrosa.

—Claro que sí. Si realmente no quisieras que estuviera aquí, ya me habrías echado.

—Eso es justo lo que estoy intentando. —Pegué un tirón, y esta vez sí logré soltarme de su agarre, aunque no me moví.

—No eres de las que intentan las cosas tímidamente, Glenda. Si mi presencia te incomodase, estarías pateándome los huevos mientras gritas para alertar a toda la maldita galería.

Sí, eso sonaba a algo que haría. Pero, por supuesto, no iba a reconocérselo.

—No estoy en este evento como invitada, sino como empleada. Y tengo que regresar.

Fui a dar un paso para irme, pero Scott se me adelantó. Se movió rápido, acortó la distancia en un instante y me dejó atrapada entre su cuerpo y la encimera del baño, invadiendo cada centímetro de mi espacio personal.

—Yo también estoy aquí por trabajo, pero eso no quiere decir que no podamos divertirnos un poco.

—Contigo no voy a divertirme.

Scott esbozó una sonrisa; esa maldita sonrisa confiada, como si estuviera completamente seguro de que mi afirmación era errónea.

—Confía en mí, conejita. —Se inclinó hacia mí, apoyando sus manos sobre el mármol, una a cada lado de mis caderas. Su boca se acercó a mi oreja, y su voz vibró contra mi piel—. Soy capaz de hacerte desear lo que ni siquiera sabías que querías.

—Sé lo que quiero. Y no quiero nada de ti —dije, tratando de que mis palabras tuvieran la misma seguridad que él emanaba, pero no lo conseguí.

Antes de que pudiera reaccionar, Scott se inclinó de repente y, con un movimiento rápido y sorprendente, me levantó sobre la encimera. Mi falda se deslizó ligeramente al subir, dejando mi piel expuesta al frío del mármol bajo mis muslos.

Había estado con otros hombres, pero ninguno había sido tan arrollador, tan seguro de sí mismo. Scott era de esos hombres que, cuando querían algo, no preguntaban: lo tomaban. Y yo era lo que él quería en ese momento. Lo veía en sus ojos; podía leer su deseo

crudo por mí, y no había duda ni titubeo en la forma en que me miraba.

—Ya veremos —prometió, sujetándome por las rodillas y acercándome aún más al borde, como si necesitara tenerme exactamente donde quería.

El movimiento me dejó peligrosamente expuesta, la falda levantada más de lo que debería, mi respiración descontrolada. Sentí su mano deslizarse por mi muslo, decidida, recorriéndolo con una deliberación que me hizo aferrarme con fuerza al borde del mármol. No me aparté, no dije nada. No pude. Ni siquiera cuando tiró del elástico de mis bragas y las bajó por mis muslos.

Se las llevó a la nariz. La virgen, cómo algo tan soez podía resultarme tan sexy.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —murmuró, su tono cargado de una satisfacción que no supe interpretar del todo.

—¿Qué? —pregunté, sin estar segura de por qué lo hacía, como si mi propia voz se adelantara a mi voluntad.

Scott sonrió de lado, con esa arrogancia que le quedaba demasiado bien.

—Para ser una mujer que presume de ser muy dura… resulta que hueles increíblemente dulce.

Rodé los ojos, obligándome a no reaccionar al escalofrío que me recorrió la espalda.

—Y tú, para ser escoria, estás resultando ser demasiado ñoño.

—Cuando dices escoria de esa manera, hasta me resulta sexy.

—¿Con asco, te refieres?

Soltó una carcajada que vibró en todo mi cuerpo. Esa maldita risa.

—¿Nunca te han dicho que tienes una lengua demasiado afilada?

—¿Y a ti nunca te han dicho que hablas tanto que bajas la libido a cualquier mujer? —contrataqué, a la vez que intentaba incorporarme.

Scott colocó las manos en mis muslos, impidiéndomelo.

—No. Pero de lo que sí me han acusado es de dar más placer a una mujer de lo que puede soportar.

—Vaya, qué discurso —dije, poniendo los ojos en blanco—. ¿También traes moraleja al final, como una fábula barata? Porque todo eso suena más a cuento chino que a algo real.

Scott frunció el ceño. No parecía furioso, pero sí sentí que, por primera vez, estaba empezando a llegar a él. Su expresión se suavizó y un destello de algo que no supe reconocer se encendió en sus ojos.

Por alguna razón, tuve la sensación de que acababa de cometer un gran error.

—Entonces tendré que demostrártelo, conejita.

Aquel era el momento en el que debía detener toda aquella locura, empujarlo y marcharme del baño para regresar a continuar con mi trabajo. Porque yo siempre tendía a hacer lo correcto; era lo que me habían enseñado. Jamás pondría en peligro la reputación de mi familia con algo tan estúpido como encerrarme en el baño de una galería llena de gente con el segundo de Damiano. Sin embargo, no me fui. Elevé las manos, que se aferraron al mármol, muy cerca de las de él, y levanté la barbilla en un gesto de desafío.

Scott respondió con una sonrisa lenta, apenas curvada en sus labios. Después, sin apartar los ojos de los míos, se inclinó y bajó. Primero un paso, luego otro. Hasta que, en un movimiento tan seguro como descarado, se puso de rodillas frente a mí.

—Si vas a pedirme que me case contigo, que sepas que antes me casaría con un mendigo.

Separó los muslos de mis piernas y se puso entre ellos, a la vez que tiraba de mis piernas para acercar mi sexo a su boca.

—Tranquila, conejita —murmuró, rozándome sin tocar—. No voy a pedirte matrimonio —
su sonrisa se volvió aún más arrogante—, pero sí voy a sacarte un «sí quiero» y no necesito un altar para ello.

Antes de que pudiese contestar, su lengua rozó mis pliegues, encendiendo una llama en mi vientre. Era un contacto suave, pero perfectamente controlado; el roce húmedo de su boca contra mi piel más sensible me brindaba un pequeño anticipo de lo que estaba por venir.

Scott sintió la reacción de mi cuerpo y una sonrisa lenta, casi depredadora, se curvó en sus labios antes de que se hundiera contra mi muslo. Su lengua trazó un camino lento y profundo, explorando. Se detuvo solo al encontrar mi clítoris, el cual mordió levemente con sus dientes, ejerciendo el dolor exacto para encender el placer. La mezcla de su lengua caliente y la punzada de dolor controlado hizo que mi cuerpo se tensara y se arqueara a la vez.

Un grito ahogado se quebró en mi garganta. No fue un grito de rechazo, sino de bienvenida. Mis manos, temblorosas y traicioneras, se colocaron al instante detrás de su cabeza, agarrando su cabello con ferocidad, exigiéndole más.

Scott había cruzado una línea, y yo no solo lo había permitido, sino que lo había premiado, porque acababa de descubrir que un poco de dolor en el sexo me encendía. Pero él parecía tenerlo claro, porque retiró su boca solo para sujetar mi cadera derecha con una fuerza de hierro, inmovilizándome contra el mármol frío.

La encimera de mármol bajo mis muslos se sentía helada, un contraste punzante con el incendio que Scott había desatado en mi interior.

—Eres aún más peligrosa de lo que pensaba. Sin lugar a dudas, eres una conejita.

Scott no esperaba una respuesta. Ni siquiera me dio tiempo a reaccionar, antes de que volviera a inclinarse hacia mí. Esta vez no fue una mordida ni una caricia, sino un ataque.

Su lengua y sus labios trabajaron en mí sin piedad, elevando la presión sin darme tregua. Mi respiración se convirtió en un jadeo rápido e inútil, y mi espalda se arqueó sobre el frío mármol.

En cuestión de segundos, la primera ola de temblores me recorrió. Mis uñas se hundieron en la nuca de Scott, un agarre desesperado para mantener mi mente anclada. Estaba a punto de gritar. Scott lo sintió, y se retiró con un chasquido húmedo.

El repentino vacío me hizo gemir de frustración. Abrí los ojos, con el aliento colgando, y lo encontré sonriéndome con esa arrogancia triunfal que tanto odiaba.

—¿Quieres que te deje correrte? —me preguntó.

—Eres un imbécil —espeté.

Scott se inclinó despacio, acortando la poca distancia que había entre su boca y mi muslo, pero sin llegar a tocarme.

—Dame un «sí quiero» y te llevo a la gloria.

Él estaba jugando conmigo.

—Vete a la mierda.

Pero aquel insulto no afectó a Scott. Sus ojos brillaron con una luz maliciosa; era su momento favorito del juego.

—Eres muy mal hablada, voy a tener que castigarte.

Scott no esperó. Su boca se acercó de nuevo a mi núcleo, pero esta vez no lo hizo con lentitud. Fue una ofensiva directa, precisa y con una intensidad que me enloqueció. Me mordió justo en el punto álgido con una presión que superaba la anterior; una punzada más fuerte que él sabía que podía soportar sin que el placer se rompiera.

Era como si Scott entendiera mi cuerpo mejor de lo que yo lo hacía. Él manejaba mis límites y mi deseo, y en ese instante no me importó.

El castigo fue instantáneamente recompensado. Scott continuó la ofensiva, y el placer se volvió un dolor agudo y necesario. Yo estaba tan cerca del abismo que la realidad se desdibujaba. Mi cuerpo se convulsionó. Era el momento. La inminencia del orgasmo me arrancó una serie de jadeos desesperados.

Justo cuando el temblor final amenazaba con consumirme, Scott hizo lo que mejor hacía: se detuvo. El repentino vacío me dejó al borde de la desesperación física. Me quedé colgando, flotando en un limbo insoportable, gimiendo por la liberación.

Scott levantó la cabeza y me miró a los ojos. Su respiración era pesada, pero sus ojos transmitían una calma absoluta.

—Me lo vas a decir, conejita —ordenó; su voz sonaba como la seda más dura—. Lo vas a decir, o te juro que voy a mantenerte jodida en este puto borde hasta que te vuelvas loca.

No dudé ni un instante de que cumpliría su promesa. Pero, como para asegurarse, uno de sus dedos jugó con mi clítoris. Estaba tan sensible por el asalto que el toque fue una agonía insoportable. Sentí que la electricidad que me recorría iba a quemarme viva.

—Dilo ahora —apremió, y apretó el punto exacto con la yema de su dedo.

La electricidad en mi cuerpo se desbocó. Había logrado quebrar toda mi resistencia, reemplazándola por una necesidad imperiosa. La agonía de la espera era peor que la humillación. Y él lo sabía; podía ver el triunfo en su rostro, pero ya no me importaba.

—¡Sí quiero! —grité, ahogándome en las palabras.

—Buena chica —dijo, a la vez que acercaba su boca de nuevo a mi núcleo.

Ya no hubo juegos ni demoras; solo una intensidad desmedida. Scott lamió mi clítoris con una succión profunda y voraz, sin pausa, sin piedad, como si estuviera reclamando la propiedad de mi propio cuerpo. El ardor se convirtió en un fuego abrasador que se extendió desde mi centro hasta mis extremidades.

Mis manos soltaron su cabello. Mi cabeza se echó hacia atrás, golpeando suavemente el azulejo, mientras un gemido largo y rasgado se escapaba de mi pecho. No pude evitarlo. El orgasmo me golpeó con la fuerza de una ola, convulsionándome sobre la encimera fría. El mundo se partió en blanco. El temblor duró mucho; mucho más de lo que jamás había durado.

Fue el éxtasis más brutal que jamás había sentido, infinitamente superior a cualquiera que pudiera haberme provocado yo misma.

Lentamente, la luz volvió a mi visión. El temblor se extinguió, acabando con los resquicios de placer. Me obligué a respirar de forma profunda y acompasada, luchando por recuperar el control.

Cuando logré volver a la realidad, él estaba frente a mí.

Scott se había levantado por completo. Estaba erguido y tranquilo, con las manos perfectamente cruzadas sobre el abdomen. Sus ojos profundos me observaban, disfrutando de su victoria.

Deslicé mis piernas fuera de la encimera de mármol y me puse de pie sobre el suelo del baño. Me incliné, agarré mis bragas de seda que yacían hechas una bola y, con un movimiento rápido y que pretendía ser digno, me las coloqué bajo la falda. Tiré del fino tejido para que cubriera mis muslos.

—Es tu turno para ponerte de rodillas —dijo, llevando las manos hacia su cinturón.

Debía estar de broma.

—Eso no va a pasar. —Me giré para abrir el grifo y mojar mis manos. El agua fría en mi piel era un ancla que me devolvía la cabeza al sitio.

Había dejado que Scott me diera placer en el baño de una galería de arte donde no solo se estaba celebrando una fiesta, sino que yo me encargaba del catering.

A pesar de que el baño en el que nos encontrábamos estaba alejado de la sala en la que se celebraba la fiesta, cualquiera podía haber entrado y habernos pillado. Eso hubiese terminado con mi reputación. Una reputación que me había labrado con mucho esfuerzo.

¿Cómo había sido tan temeraria?

—No vayas de digna, Glenda —dijo Scott, su voz baja y cruel—. Te has rendido ante mí.

Me giré para enfrentarlo. Me agaché para recuperar mi bolso, que se había caído al suelo cerca de sus pies. Recogí el objeto con la rapidez y la indiferencia de quien no tiene tiempo que perder.

—O quizá he logrado que me des aquello que quería. —Esbocé una sonrisa glacial—. Gracias por tus servicios, Scott.

Él no se lo esperaba. Su sonrisa se congeló, y la frustración ardiente que vi en sus ojos fue mi premio inmediato. Era la prueba de que podía ganarle en el juego mental, incluso después de haber perdido el físico.

Porque él y yo estábamos inmersos en un juego. Uno muy peligroso, uno al que tenía que ponerle fin por mi propio bien.

—Eres escoria, Scott —siseé, clavándole la mirada como si fuese menos que una cucaracha—. Tal vez te crees algo porque te codeas con personas con poder, pero no lo eres. Solo eres un instrumento para nuestro beneficio.

Sus ojos viajaron lentamente sobre la curva de mi cadera y la humedad que aún sentía bajo la falda.

—Así sois los ricos —dijo, a pesar de que yo sabía que como segundo de Damiano él ganaba mucho dinero, pero insistía en hacer la diferencia—. Os creéis superiores por tener más dinero que el resto, pero no lo sois. —Se acercó, acortando el espacio hasta que su aliento me rozó la oreja—. No te confundas. La única verdad es

que hace cinco minutos tú estabas abierta de piernas, suplicando a esta escoria que te diese lo que ni tu puta dignidad te permite nombrar.

Una oleada de furia danzó por mis venas y ardió en mi estómago. Aunque la peor parte fue la cruda impotencia que se hundió en mi piel, porque cada una de las palabras que Scott acababa de pronunciar era cierta.

Sin embargo, me negaba a reconocerlo. Me negaba a darle ese poder, porque sabía que lo utilizaría en mi contra. Di un paso hacia adelante y puse mis manos en los hombros de Scott, empujándolo con tanta fuerza que se apartó, dejándome paso.

—La única verdad, Scott —espeté, dando un paso hacia la puerta—, es que no vales ni la décima parte del esfuerzo que me ha costado lavarme las manos después de que hayas acabado. —No esperé su respuesta, sino que salí y cerré la puerta de un portazo.

CAPÍTULO 11

Glenda

Nunca me había gustado el negro. No solo era un color que no me favorecía, sino que parecía absorber toda la luz a mi alrededor, reflejando la oscuridad que me rodeaba. Un luto constante que todavía llevaba en mi corazón, un luto que pertenecía a mi madre.

Una madre a la que necesitaba con una intensidad que el tiempo no lograba mitigar. Por eso prefería los colores más claros; especialmente el blanco, que para mí era un símbolo de la vida que me esforzaba por construir. Una vida donde mi servicio de catering era el único reino que me importaba.

Tan solo utilizaba ropa negra cuando tenía que acudir a funerales. Como ese día.

El cementerio estaba a rebosar de miembros de nuestra familia y aliados. La última vez que acudí a un funeral fue hacía casi dos años: el funeral de nuestro padre. Y aquel fue uno de los días más felices de mi vida.

De alguna manera, ese día encontré la paz que había perdido desde el fallecimiento de nuestra madre —la paz que nunca había tenido—. Aunque la muerte de mi padre no había sido tan dolorosa como la que merecía; un ataque al corazón era un final demasiado dulce, demasiado rápido, para lo que ese ser miserable debía tener.

Esperaba que se estuviera pudriendo en el infierno. Que ni un solo día de la eternidad que le quedaba por delante dejase de sufrir. Y, aunque esa era una esperanza a la que me aferraba todos los días, la realidad tangible era que sus restos descansaban en el mausoleo familiar.

Pero ese día no estábamos dentro del mausoleo, sino justo fuera. La tradición permitía a los capitanes más cercanos al don ser enterrados en lápidas individuales cerca del monumento familiar. Y

justo allí, a pocos metros del odiado recuerdo de mi padre, estábamos despidiendo a Benito Coppola.

Pese a que Benito había sido uno de sus capitanes más importantes, mi padre y él nunca habían tenido una buena relación. Se odiaban a muerte desde que ambos eran unos críos, con una rivalidad que solo el poder podía acallar. Pero mi padre se lo tuvo que comer con patatas porque mi abuelo y el padre de Benito estaban muy unidos, y para cuando mi abuelo falleció, Benito ya se había ganado la lealtad de sus propios hombres. Era, le pese a quien le pese, el mejor capitán que habíamos tenido.

Ese odio fue algo que mi padre se llevó a la tumba: el no haber podido quitárselo de en medio. Y ahora, Benito descansaba a unos escasos metros de él. Qué ironía tan deliciosa.

—Te llevo a casa —me dijo Mauro cuando el funeral terminó—. Uno de mis hombres se encargará de tu coche.

Me giré para mirarlo.

—Tengo que pasar por mi empresa.

Que mi hermano se ofreciese a llevarme a casa era extraño; aunque aún más lo era que él mismo volviese a casa.

—Puedes ir más tarde, eres la jefa.

—Y tú eres el jefe de la familia y siempre estás trabajando —contraataqué, frunciendo los labios en una sonrisa sin mostrar los dientes—. Así que nadie mejor que tú lo entenderá. —Sin esperar una respuesta, me alejé de él.

Pude notar su mirada en mi espalda. Estaba acostumbrado a que le llevase la contraria; a lo que no estaba acostumbrado era a que lo hiciese en público. Ya que en público era mi don, no mi hermano, pero ese día me dio igual. Por una vez, las normas y las apariencias no me detuvieron.

Antes de que pudiera controlarlo, la imagen de Scott se coló en mi cabeza, como si él fuera el culpable de aquel cambio de actitud.

No. Scott solo era culpable de una cosa: de haberme dado el mejor orgasmo de mi vida.

Y aun así, hasta me costaba admitir eso.

—Glenda —Alessandro me detuvo, sacándome de mis pensamientos—, ¿qué tal estás?

Llevaba un traje negro de tres piezas con la corbata a juego. El cabello rubio peinado hacia atrás, y lucía tan impecable como siempre. Cada vez que veía a Alessandro pensaba en lo bien que se veía y en lo guapo que era. Pero ese día no me causó el mismo impacto de siempre. Lo veía excesivamente perfecto, tanto que parecía irreal, como un muñeco. Algo que antes me había parecido atractivo, ahora lo veía extraño, hasta un poco inquietante.

—¿Glenda? —Alessandro me llamó de nuevo, devolviéndome a la realidad. Sus ojos azules se fruncían con preocupación.

¿Cuál era la pregunta que me había hecho? Ah, sí: qué tal estaba.

—Bien.

Benito y yo no estábamos unidos ni mucho menos. Me caía bien, porque bueno, cualquier persona que fastidiara a mi padre se ganaba mi aprobación, pero nuestros encuentros habían sido muy superficiales.

—¿Seguro? —insistió.

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

Alessandro no me respondió de inmediato. Se tomó unos pocos segundos, como si estuviera buscando las palabras exactas antes de hablar.

—Bueno... Las cosas han estado un poco raras últimamente. —Alessandro se ajustó la corbata, una excusa para ganar tiempo mientras medía mi reacción—. Y me han dicho que has estado comportándote de manera extraña; un poco más nerviosa. Haciendo cosas poco propias de ti.

Arrugué el ceño.

—¿Qué?

—No te tenía por una persona a la que le gustaran las motos.

No me lo podía creer. La bicha de Lora.

Ladeé la cabeza para mirarla. Se encontraba a unos cuantos pasos de nosotros, junto con su padre y otros miembros de la familia. Asentía con la cabeza, pero sabía que nos miraba de reojo. No nos perdía la atención.

Porque había sentido la necesidad de irle con el cuento y, de esa manera, marcar territorio. Aquello era absurdo.

—Está todo bien, Alessandro. —Esbocé una sonrisa y estiré mi mano para sostener su muñeca. Mis ojos se desviaron hacia Lora durante un breve instante y después me centré en él. Al juego que jugaba ella, sabíamos jugar todos—. Enhorabuena por tu compromiso. —Solté la mano como si quemara.

—Glenda, estoy preocupado por ti.

Lo miré a los ojos. No vi preocupación en ellos, pero sí una emoción contenida que luchaba por salir. Por supuesto que no estaba preocupado. Para Alessandro, Lora era apenas un premio de consolación. Yo era el premio gordo, la verdadera alianza. Era la hermana del don, y emparentarse con la familia de Mauro a través de mí era mucho más jugoso que hacerlo con la hija de un capitán que ni siquiera era de los más importantes.

Pero él se había conformado; no había luchado contra lo que Mauro y su padre le habían impuesto. En ese momento, cualquier pizca de atracción que había sentido hacia él desapareció. Seguía queriendo casarme con él por lo que representaba para mi futuro, pero Alessandro había perdido todo valor para mí como hombre.

«Eso es porque prefieres a los hombres que visten con vaqueros rotos y tatuajes en el rostro», me gritó una voz en mi interior.

Moví la cabeza con brusquedad para sacar ese pensamiento intrusivo de mi mente.

—Es por tu prometida por quien tienes que preocuparte, no por mí —le dije, mi tono volviéndose más duro—. Yo no soy nada tuyo.

Él me miró con una sorpresa genuina. Abrió la boca para responder, pero no se lo permití.

—Si me disculpas... —corté, haciendo un gesto de despedida con la mano.

Me alejé de él con paso seguro, sin darle la oportunidad de réplica. Me dirigí hacia mi coche, que estaba aparcado en una de las zonas reservadas, bajo la sombra de los cipreses, cerca de la entrada principal del cementerio.

Me senté en el asiento del piloto, pero no llegué a encender el motor. Una extraña inercia me mantenía anclada allí. Había algo que me lo impedía, una tensión sorda que no supe identificar hasta que

lo entendí: había algo que debía hacer, algo que hacía meses que no hacía.

Salí del coche, cerrando la puerta con un suave clic. La mayor parte de los presentes en el funeral se habían marchado o se encontraban hablando entre ellos, alejados de la tumba de Benito. Pero cuando pasé por allí de nuevo, vi que Michele Coppola seguía de pie, inmóvil, observando la tumba donde ahora yacía su padre.

Su figura era una mancha solitaria contra el mármol gris. Probablemente se había quedado solo adrede. Necesitaría unos minutos para despedirse a solas. Esperé a que terminase y, cuando se movió para marcharse, me acerqué a él.

Michele era el hijo único de Benito. Tenía dos años menos que yo y nos conocíamos de toda la vida, aunque tan solo habíamos hablado en contadas ocasiones. Era el mejor amigo de mi hermano Gastone. La relación entre ellos nunca contó con la aprobación de mi padre. Y precisamente por eso era la razón por la que Gastone se acercaba tanto a él.

—Mi más sentido pésame, Michele. —Aquellas palabras siempre se habían sentido vacías para mí. ¿Pero qué otra cosa le podía decir?

Michelle esbozó una sonrisa débil.

—Gracias, Glenda. Está siendo un día horrible... —Se pasó una mano por su cabello castaño—. No se suponía que fuese tan rápido, ¿sabes?

Benito acababa de cumplir cincuenta años. Hacía menos de un mes le descubrieron un cáncer; al principio, las predicciones eran buenas, pero todo se torció y, de un día para otro, falleció. Demasiado rápido.

Y solo tenía un hijo, Michele. Que tenía tenía veintiún años.

—La vida es muy injusta.

Michele lucía completamente hundido. Él que siempre tenía un aspecto impecable. Pero ese día, parecía la sombra de sí mismo.

—Debo estar horrible, ¿no? Ni siquiera me ha dado tiempo a afeitarme hoy.

Sacó un espejo del bolsillo de su traje y pegó un grito cuando se vio. ¿De verdad estaba gritando por su aspecto? Por Dios…

—No me extraña que la gente me mirase con esa cara de pena.

—Creo que eso ha sido porque se ha muerto tu padre, no por tu aspecto —le corregí, con el sarcasmo inundando mis palabras.

Él me miró.

—Puede que tengas razón, pero eso no es excusa. Ahora que voy a ser capitán, debo lucir impecable.

Madre mía...

La peor parte de todas es que no hablaba de cachondeo, que iba en serio. Y este era el mejor amigo de mi hermano pequeño. Ahora comenzaba a comprender muchas de sus actitudes.

—No creo que eso sea lo que más le preocupe a Mauro —dije, tratando de ser paciente—. Él va a entender que... —me callé cuando vi que, en vez de prestarme atención, él estaba observando a un caniche que corría mientras su dueño, un chico joven, lo perseguía.

—Pobrecito, se le ha escapado. Voy a ir a ayudarle —dijo, a pesar de que ese joven no pertenecía a nuestro círculo y dudaba que él lo conociese.

Se marchó sin decir nada más y yo me quedé mirándolo con incredulidad.

Michele no estaba preparado para lo que le esperaba. Tenía entendido que Benito era un padre excepcional, todo lo que el mío debería haber sido, pero en su esfuerzo por proteger a su hijo, lo había convertido en un completo inútil.

Y ahora, se lo iban a comer vivo.

Antes de que mi padre falleciese, solía ir a la tumba de mi madre mínimo una vez al mes. Me gustaba pasar un rato junto a ella, contarle mis problemas o simplemente todo aquello que me hubiese gustado que ella viviese conmigo. Pero desde que mi padre había muerto, había dejado de hacerlo. Porque ahora los dos estaban enterrados en el mismo mausoleo. Sus tumbas, una al lado de la otra.

Era tradición que fuese así, pero también había sido el deseo de mi madre. Y nosotros lo habíamos respetado.

Me preguntaba qué tan rota, qué tan irreparablemente consumida tiene que estar la mente de una persona para querer descansar por toda la eternidad junto a aquel que le hizo la vida una pesadilla; aquel que la drenó y la consumió hasta la muerte.

Porque mi madre amaba a mi padre. Incluso ahora, después de la muerte, estaba segura de que lo seguía haciendo.

Eran muy pocas las ocasiones en las que había llorado en mi vida. Muy pocas en las que me permitía hacerlo. Porque en mi familia, llorar era visto como una debilidad. Así lo decía mi padre; así se lo gritaba a mi madre cada vez que lloraba.

Recordaba como si fuera ayer la ocasión en que le vi golpear a Gastone por ello. Mi hermano solo tenía cinco años. Se había caído de un árbol y se había roto el brazo con un crujido seco. Mientras el dolor le arrancaba un llanto histérico, mi padre se acercó y, sin mediar palabra, le estrelló la mano abierta en la cara. No lo golpeó por la imprudencia de caer, sino por el simple y mortal delito de derramar lágrimas. Desde entonces, Gastone no volvió a llorar. Pero también empezó a guardarse los sentimientos para sí mismo, a esconderlos del mundo, incluso de mí, su hermana mayor. No llevábamos tres años, y siempre había estado muy unido a mí.

En ese momento, en el interior del frío mausoleo, una lágrima solitaria se derramó por mis mejillas mientras observaba las dos tumbas. Pero no lloraba por él; lloraba por ella. Porque mi madre era una buena persona. Mucho mejor de lo que cualquiera de nosotros seríamos.

Una mano sobre mi hombro hizo que me sobresaltara. Me di la vuelta a la vez que pegaba un brinco.

—Glenda. —Era Mauro.

Las veces que visitaba la tumba de mi madre, siempre lo hacía sola. Pero no me sorprendía del todo ver a Mauro allí. Sabía que visitaba la tumba de mi madre. Sabía que el ramo de rosas rojas, la flor favorita de mi madre, que solía encontrar sobre su tumba, era de él. Gastone nunca hablaba del tema y, mucho menos, iba al cementerio; prefería hacer como si nada hubiera pasado.

Había creído que mi hermano tenía un poco de corazón. Evidentemente, había descubierto, después de que hubiera echado a

Gastone, que no era así. Seguramente, se lo enviaría a su asistente. Ni siquiera vendría él.

Me limpié la lágrima con la mano. Mauro me miró, pero no me ofreció consuelo. ¿Por qué lo haría?

—Pensaba que te ibas a casa —le dije.

—Y yo que te marchabas a tu empresa.

—Necesitaba visitar a mamá. La echo de menos. —Las palabras brotaron de mis labios antes de ser consciente de lo que estaba diciendo. Era la primera vez que expresaba mis sentimientos tan abiertamente, que hablaba sobre mi madre sin pensar en si era correcto o no hacerlo.

Mauro se guardó las manos en los bolsillos de su gabardina negra. Me observó con su habitual expresión pétrea, que no reflejaba absolutamente nada.

—Necesito hablar contigo.

Ni un «yo también» o un «ella era la mejor». Nada. Qué ilusa era.

Por un instante, había tenido la esperanza de que ese negro corazón que tenía había latido un poco, y que estaba allí porque, al igual que yo, había sentido la necesidad de visitarla. Que, tal vez, sentía un poco de culpabilidad por la manera en la que se estaba comportando. Pero mi hermano no tenía empatía, ni compasión; ni mucho menos conocía el significado de la palabra culpa.

Por favor, si ni siquiera tenía corazón. Ese hueco en medio del pecho debía estar vacío.

Mauro únicamente estaba allí porque me había visto entrar al mausoleo. Quería algo de mí, pero yo no estaba de humor.

—Envíame un mensaje —dije con frialdad.

Fui a pasar por su lado para dirigirme a las escaleras que subían al exterior cuando él agarró mi muñeca, impidiéndomelo, aunque la soltó con rapidez.

—Glenda. —Era una advertencia, pero yo no lo escuché. Seguí caminando. Que se fuera a tomar por culo—. En unos días, voy a anunciar tu compromiso con Michele Coppola. Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que lo mejor es anunciarlo lo antes posible.

Aquellas palabras hicieron que me detuviera antes de que mi pie pisase el primer escalón. Un frío helado recorrió mi columna vertebral.

—¿Qué?

—Es el hombre que necesitas a tu lado. Tú querías un compromiso.

¿Estaba de coña, no?

—¿El hombre que necesito? —repetí, girándome para mirarlo. Una risa hueca, vacía, retumbó en las paredes del mausoleo.

—Os conocéis. Es cercano a Gastone.

—Solo tiene veintiún años.

—La edad no es un problema. Hay mujeres que se casan con hombres más jóvenes. Además, solo son dos años.

En nuestros círculos era algo más raro. Generalmente, ellos eran más mayores que nosotras. Pero no había ninguna norma para ello.

—Por el amor de Dios, es un inútil. —Alcé las manos—. Dudo que aguante vivo dos meses más. Estoy segura de que varios de tus hombres ya están buscando la manera de quitárselo de en medio y quedarse con su puesto.

Mauro me observó en silencio, pero si le sorprendió que supiera cómo funcionaban las cosas en nuestro mundo, no lo demostró. Las mujeres no nos inmiscuíamos. Y muchas no querían saber lo que sucedía; preferían vivir en la ignorancia. Yo no era una de ellas.

Quizá no participaba en los negocios, pero sabía cómo funcionaba el mundo en el que había nacido.

—No lo harán si tiene mi apoyo. Y contigo como su esposa podré apoyarlo sin que piensen que estoy teniendo un trato de favor hacia él.

Mauro, fiel a su estilo, no se molestó en decirme una mentira piadosa. Eso era lo único que me gustaba de él: que no se andaba por las ramas y no me trataba como si fuese tonta. Pero, por supuesto, no lo estaba haciendo por mí. Él quería evitar una revuelta, que sus hombres se matasen entre ellos, y qué mejor manera de hacerlo que entregándome a mí.

—No voy a casarme con él.

—No te estoy preguntando, Glenda. —Su voz era plana, sin fisuras.

Por supuesto que no lo hacía.

—Ni siquiera estoy segura de que le gusten las mujeres —lo dije más para desestabilizarlo que porque lo pensase.

Pero, a diferencia de lo que habría ocurrido con mi padre —quien habría montado en cólera ante la sugerencia de que uno de sus hombres fuera homosexual—, Mauro no mostró la más mínima emoción. Ni un parpadeo, ni un solo músculo de su rostro se movió.

—Es un hombre de honor y cumplirá con su deber, tal y como debes hacer tú.

Aquella respuesta provocó que un torrente de ira ascendiera por mi cuerpo.

—¿Le has dicho a Michele que me vas a casar con él?

—Aún no. Primero quería decírtelo a ti.

—¿Tengo que sentirme honrada?

—No, Glenda. Pero deberías recordar tu lugar.

—¿Me permites que te dé un consejo? —le pregunté, intentando inútilmente controlar el enfado.

—En realidad, no —respondió, y el aire se hizo más pesado.

Con esa respuesta, debería haberme retirado; haber dejado las cosas así. Él era el don y yo solo era una mujer en un mundo de hombres. Mi única opción era obedecer. Y, para colmo, nos encontrábamos en el lugar de descanso eterno de mi madre. Tal vez esa fue la razón por la que, esta vez, no me rendí.

—Aun así, voy a dártelo. Si no quieres quedar en ridículo delante de todos cuando me niegue a casarme con Michele, te aconsejo que no se lo cuentes a nadie y deseches esa idea. —Sin esperar una respuesta, me giré y comencé a subir las escaleras.

—Eres una Mancini, Glenda —dijo Mauro tras de mí—. Harás lo que debes hacer.

Esta vez no me detuve; salí del mausoleo y me dirigí de regreso a mi coche.

Mauro tenía razón. Era una Mancini, y ese apellido llevaba consigo poder y muchos privilegios, pero también obligaciones.

Siempre había estado orgullosa de la sangre que corría por mis venas, de la familia a la que pertenecía. Pero, por primera vez en mi vida, sentí que ese apellido empezaba a apretarme el cuello, a asfixiarme hasta hacerme dudar de si realmente valía la pena seguir sosteniendo nuestro legado.

CAPÍTULO 12

Glenda

No estaba de humor para ir a mi empresa. Mis empleados no tenían por qué pagar mi mal humor. Así que me dirigí a mi cafetería favorita. Una de las galletas de Vivienne con chips de chocolate hubiera sido el consuelo perfecto, pero estaba cerrada. Había olvidado que los jueves cerraban por descanso semanal.

Como no era de las que les gustaba dar vueltas por la ciudad sin ton ni son, y no quería ir a ningún lugar en el que encontrase a alguien que conociera, regresé a casa. Mauro no iba a estar allí. Y, aunque lo estuviera, no era como si nos fuésemos a cruzar. Incluso bajo el mismo techo, podíamos evitar al otro durante días enteros.

Lo primero que se me ocurrió fue preparar algún postre para saciar mi necesidad de azúcar, pero había varias empleadas en la cocina y necesitaba estar sola, por lo que me conformé con una barrita de chocolate que guardaba para emergencias como aquella y me fui hacia mi habitación.

Pero, cuando estaba a punto de llegar, me detuve. Porque me giré para mirar la puerta que se encontraba frente a la mía. Aquella a la que no había entrado desde hacía ocho meses. Y por primera vez desde entonces, sostuve el pomo y entré en ella.

El dormitorio de Gastone seguía intacto, tal como lo había dejado. Las paredes, pintadas de azul marino, estaban adornadas con cuadros de baloncesto. La cama, enorme, ocupaba casi toda la habitación, y unas plantas artificiales colgaban de la estantería de color blanco, porque Gastone no soportaba la tierra ni los bichos.

Ni siquiera pude despedirme de él; no tuvo una despedida digna, no tuvo el derecho de hablar con nadie. Se tuvo que marchar como un perro. Por la puerta de atrás. No se lo merecía.

Me tumbé en su cama. Aún podía inspirar su olor.

Gastone era mi hermano pequeño. Mi mayor apoyo; siempre habíamos sido mamá, él y yo. Y cuando mamá murió, nos quedamos él y yo. Mientras Mauro se fue distanciando de nosotros cada vez más, hasta convertirse en un extraño para su propia familia.

Lo echaba tanto de menos. Todo sería diferente si él pudiese estar a mi lado.

Y entonces, en un acto impulsivo, saqué mi móvil del bolso y lo llamé.

No esperaba que me cogiera. Ni siquiera sabía qué hora sería en Italia en esos momentos. De todas maneras, desde que se fue a Turín, Gastone evitaba la mayor parte de mis llamadas. Apenas hablábamos. Y estaba muy preocupada por él. Porque Gastone siempre fue evitativo, siempre se encerraba en sí mismo.

—¿Glen? —Gastone me respondió al primer tono.

—Gonny. —Ese era el apodo que utilizaba mamá para él y que detestaba. Pero a mí siempre me había parecido tierno y seguía llamándolo así en la intimidad. Por supuesto, nunca en público, porque él nunca me lo permitiría y porque para mí era algo solo nuestro.

—¿Qué pasa? —me preguntó. Su voz sonaba un poco más profunda que la última vez que habíamos hablado; seguía siendo él, pero sentí que había algo diferente—. ¿Va todo bien?

Nada iba bien.

A pesar de que no me lo contaba, sabía que Gastone estaba viviendo su propio infierno en Turín. No sabía demasiado de mi familia de allí, pero sí que estaban inmersos en una guerra con otras familias de la mafia. Mauro había enviado allí a Gastone para darle una lección. Y yo no debería preocuparle con mis problemas; era una acción muy egoísta por mi parte, pero necesitaba hablar con él. Contarle todo lo que me estaba pasando. Porque, a pesar de la distancia, Gastone seguía siendo mi confidente. El hombro en el que apoyarme.

—No sé por dónde empezar. —Mis ojos empezaron a humedecerse y una risa vacía se escapó de mis labios—. Yo... —Algo me hizo detenerme. Una voz lejana y metálica que sonaba justo detrás de él, proveniente de un altavoz distorsionado. A pesar del

eco, escuché las palabras con una claridad terrible: «última llamada para los pasajeros del vuelo 432 con destino a Turín»—. Gonny, ¿dónde estás?

Mi hermano respiró hondo, pero no pronunció ni una sola palabra.

—Gonny —demandé.

—En el aeropuerto.

—¿De dónde? —La línea se quedó en silencio. Y aquello fue suficiente para que yo tuviera la respuesta que necesitaba—. ¿Estás en el aeropuerto de Chicago? ¿Vienes a casa?

Pude escucharlo tragar saliva.

—Más bien, me voy. Tan solo he venido para darle el pésame en persona a Michele.

—No te he visto en el funeral.

—Mauro y yo hemos creído que lo mejor era que no me dejase ver en público.

Un frío helado se instaló en mi estómago al comenzar a procesar lo que estaba sucediendo.

—¡¿Y no me has avisado?! ¡¿No me has dicho que venías?!

—No quería molestarte, Glen. Iba a ser una visita muy breve...

—¡Joder, Gastone!

Desde que Gastone se fue a Turín, apenas hablábamos. Le había permitido ignorarme, le había dado su espacio aunque me doliese, porque Gastone siempre había sido así. Se escondía en sí mismo, y no había manera de entrar en él.

De la misma manera que, por darle espacio, no había indagado demasiado en el plan que tenía para destruir a Damiano. Ambos lo odiábamos, pero nunca creí que él hubiese sido capaz de llegar tan lejos. Normalmente, Gonny nunca hacía nada tan peligroso, y mucho menos aliarse con un policía. Había sido una completa estupidez por su parte; un plan estúpido y suicida.

Llevaba ocho meses sintiéndome culpable por lo que pasó. Porque si lo hubiera descubierto, si hubiera sabido lo que tramaba, jamás le hubiera permitido llegar tan lejos.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No te lo tomes como algo personal, Glen. —Gastone suspiró y, pese a que no podía verlo, sabía que estaba mordiendo su labio inferior—. Es mejor así.

Me levanté de un salto de la cama.

—¡No, no lo es!

Quería a Gastone con toda mi alma. Siempre lo había protegido y jamás hubiera esperado que me hiciese algo así.

—Glen, escúchame...

—¿Sabes que Mauro me quiere prometer con Michele?

—No me lo ha dicho. —No era ninguna sorpresa. Mauro siempre había dejado a Gastone aparte, de la misma manera que hacía papá. Porque Gastone siempre había sido un cero a la izquierda. Sin embargo, al contrario que las otras veces que mi hermano descubría alguna noticia que no se habían molestado en contarle, no pareció furioso—. Pero es una buena idea, Glen. —Mi corazón se congeló al escucharlo—. Michele va a necesitar toda la ayuda posible para afianzarse como capitán... Él...

—¡¿Y lo que yo necesito?! —lo interrumpí—. ¡¿Acaso eso le importa a alguien en esta maldita familia?!

Había aprendido a vivir con la cruda indiferencia de Mauro, pero jamás esperaba que Gastone me traicionase así.

—No es tan fácil, Glen. Ha llegado la hora de madurar y hacer lo que la familia necesita.

Solté una risa carente de humor.

—Vete a la mierda, Gastone.

—Glen...

—¿Por qué me has cogido la llamada, entonces? —pregunté, aunque no estaba segura de querer saber la respuesta.

—Te he visto en el cementerio. Estaba escondido, pero he pensando que me llamabas porque me habías visto.

—Si te hubiese visto, hubiera ido a darte un abrazo, Gonny. No hubiese pasado de largo.

—Tal vez tenías la duda. Te he cogido porque no quería que pensaras que veías fantasmas.

Algo dentro de mí se rompió.

—¿Cómo has podido verme y no saludarme?

Gastone exhaló un suspiro.

—Era mejor así.

—No, no lo era.

—Estoy entrando en el avión, Glen. Te llamo más tarde.

—No hace falta que lo hagas.

Gonny fue a decir algo más, pero corté la llamada antes de poder escucharlo. Porque no podía seguir con aquella conversación. Después de la muerte de mamá, el único que me quedaba era mi hermano. La persona más importante para mí, mi ancla. Éramos él y yo contra el mundo.

Parecía que ahora solamente quedaba yo.

Aunque, tal vez, no estaba tan sola como creía.

CAPÍTULO 13

Scott

—¿Has encontrado algo de Cosino que pueda servirnos? —preguntó Damiano, limpiando el cuchillo manchado de sangre con la camiseta negra que llevaba puesta.

El almacén olía a óxido, sudor rancio y lejía barata. Un cóctel químico diseñado para disimular —nunca para borrar— el olor metálico de la sangre. Estábamos en un almacén, en un edificio abandonado junto al puerto que nuestra organización usaba para resolver problemas que no se podían resolver con una charla amistosa.

—Por el momento, nada útil —respondí, sin apartar la mirada del hombre muerto, aún atado a la silla, con la cabeza caída hacia un lado.

Lo cierto era que apenas me había concentrado en esa tarea. Había estado demasiado ocupado siguiendo el rastro de Glenda Mancini.

Ella era mi presa. Mi conejita. Se había convertido en mi puta obsesión.

Quería destruirla, pero antes quería follarla. Si darle un orgasmo con mi boca ya había sido una jodida explosión, no podía siquiera imaginar cómo sería enterrarme dentro de ella. Reclamarla, hacerla mía.

Porque, aunque había pasado casi una semana desde que había saboreado el dulce coño de Glenda, no podía pensar en otra cosa.

—¿Y se puede saber qué cojones estás haciendo? —me preguntó.

—Este no es el único encargo que me has asignado —le contesté—. Te recuerdo que fui yo quien descubrió que este hijo de puta —dije, señalando al hombre muerto— nos estaba robando.

—Y apenas has participado en la tortura —repuso Damiano, clavando sus ojos en mí, como si buscara la grieta en mi fachada. Por supuesto que Damiano se daría cuenta de que algo me pasaba. Me conocía demasiado bien.

—Me estoy reservando para esta noche.

Damiano frunció el ceño, poco convencido de la excusa, pero aceptándola.

—No voy a estar en el *pub* —me informó—. Le he prometido a Audrey que llegaría pronto a casa.

Damiano invertía su alma en los negocios, pero ahora hacía lo imposible por estar el mayor tiempo posible con su familia. El cambio era palpable. Aun así, seguía siendo un tipo peligroso; uno con el que no se podía jugar.

Se mantenía en la primera línea de batalla, luchando para que nuestro poder en Chicago se expandiera. Pero yo sabía que, al final del día, lo que más deseaba era volver a casa con su mujer.

—No hace falta que estés. Puedo ganar la pelea y controlar que todo esté en orden.

—No quiero que Ronald siga respirando —masculló con los dientes apretados, aunque ya lo sabía.

Ronald, ese era mi contrincante de esa noche. Un asesino de ancianas que se había escapado de la cárcel. Se movía por los bajos fondos y había aceptado la pelea con la esperanza de ganar y conseguir el dinero suficiente para huir lejos. Pero eso no iba a suceder. Ronald era de esos hombres para los que la cárcel no era un castigo suficiente.

Aunque las peleas en nuestro *pub* rara vez eran a muerte, esta lo sería. Ronald no era consciente, por supuesto. Y yo sería su verdugo.

No importaba la de peleas que él hubiese ganado en la cárcel, no importaba lo bueno que fuese en el juego sucio, porque yo lo era más.

—No lo hará —le aseguré con convicción—. Y, de paso, ganaremos mucho dinero. El sótano del *pub* va a estar lleno.

Damiano asintió.

—Buena noticia. —Guardó el cuchillo en su funda. Después, se agachó, revisó por última vez el cadáver y le dio un leve empujón al hombro, como si aún esperara que el tipo diera algún signo de vida —. Y Scott… —alzó la mirada hacia mí— más te vale que esta noche estés centrado.

Alcé una ceja y esbocé un amago de sonrisa.

—¿Estás preocupado por mí?

Damiano hizo una mueca.

—Eres mi segundo. Si te matan, mi negocio se resentirá.

—No vas a morirte por decir que te preocupas por mí.

Sabía que Damiano no me lo iba a decir y yo no lo necesitaba. Porque las palabras carecían de sentido para mí; las palabras eran vacías y fáciles de pronunciar. A mí lo único que me interesaba eran los actos. Y Damiano y yo nos habíamos demostrado nuestra lealtad salvándonos la vida el uno al otro en cientos de ocasiones. Éramos más que amigos; éramos hermanos en todo menos en sangre. Y la sangre, para nosotros, nunca había significado nada.

Porque la familia no es con la que compartes sangre, es quien es leal a ti.

—Es cuestión de prioridades. —Damiano soltó una exhalación seca, casi un gruñido—. Necesito que tengas la cabeza fría. Y tú… —me escaneó con la mirada, de arriba abajo, como si intentara averiguar en qué punto exacto estaba jodido— estás raro.

—Estoy perfecto.

—Perfecto nunca has estado —Damiano chasqueó la lengua—, pero ahora estás peor que de costumbre —apreció—. ¿Sigue afectándote lo de Paola?

Paola, ella era la razón por la que buscaba venganza. Desde mi último encuentro con Glenda había evitado pensar en ella, pero la mención de Damiano me llevó de regreso a ese lugar oscuro en el que me sumergí cuando falleció.

—¿Cómo estarías tú si el culpable de la muerte de Audrey siguiese vivo y coleando? —Apenas pude controlar el temblor en mi voz fruto de la rabia que sentía.

Damiano se frotó los ojos con la mano, con cansancio, como si hubiera esperado que en esas semanas hubiera cambiado de

opinión.

—Gastone no mató a Paola ni ordenó su muerte, Scott. —Alzó la mano, impidiéndome contradecirlo—. Pero si Audrey fuese asesinada, yo aniquilaría a cualquiera que hubiera estado relacionado con su muerte, aunque fuese de refilón. —Hizo una pausa, y su mirada se clavó en la mía con una franqueza dolorosa—. Pero la verdad es esta, Scott: Paola ha sido vengada, y tú no estás dolido porque la amases; lo estás porque te culpas.

—Por supuesto que me culpo —reconocí con una amargura que me consumía por dentro—. Si la hubiera escuchado, Damiano. Si la hubiera ayudado...

No había instante en que no me arrepintiese de haber echado a Paola de mi vida sin haberla escuchado antes. Si hubiera oído sus explicaciones, si hubiera sabido cuál era la razón detrás de su traición, ella no estaría muerta.

Y me sentía jodidamente miserable por eso.

—Pero no lo hiciste, Scott. Como ella tampoco confió en ti hasta que tuvo el agua al cuello. —Damiano se acercó a mí y me dio una palmada en la espalda—. En este mundo no hay cabida para la culpabilidad, Scott. Supera esa mierda de una jodida vez y céntrate en los negocios.

La superaría cuando destruyese a los Mancini.

CAPÍTULO 14

Glenda

El *pub* de Damiano estaba establecido en uno de los barrios más míseros de Chicago. Un agujero fétido y oscuro al que yo no transitaba ni por equivocación. Mi vida se desarrollaba en los clubes del centro, en los restaurantes caros, no en esta cloaca.

Pero esa noche lo necesitaba. Necesitaba estar justo allí, en el fango. Quería olvidarme de lo miserable que era en realidad mi vida. Olvidar que era una Mancini, la jaula de cristal asfixiante que me rodeaba. Aunque la verdadera razón que me empujaba era encontrarme con Scott. Necesitaba esa salvaje libertad que él me ofrecía.

Nunca antes había estado en el *pub*, pero había escuchado incontables rumores sobre las peleas que tenían lugar en el sótano. Eran eventos clandestinos donde los hombres influyentes se congregaban para presenciar la brutalidad. Sabía que esa noche habría una pelea, una grande. Y sabía que él estaría allí, ya que era el encargado.

No era fácil entrar, necesitabas una invitación. No podía usar mi nombre ni dejarme ver, pero tenía un as bajo la manga. Sabía que Gastone se había colado en más de una ocasión; era de las pocas cosas que me había contado. Él se sentía orgulloso de ello y había alardeado para jactarse de lo fácil que le había resultado hacerlo sin que Damiano lo supiese.

Uno de los guardias de seguridad que se encontraban en el garaje —el único acceso para entrar al sótano del *pub*— le debía un gran favor a Gastone. No conocía los detalles del favor, pero podía reconocer al segurata. Por casualidades de la vida, había estado trabajando durante un tiempo como jardinero en nuestra casa.

Solo tuve que hacer una llamada y mentirle, diciéndole que Gastone me había pedido que fuese en su nombre. No hizo más

preguntas. Dudaba que llamase a mi hermano, pero si lo hacía, me daba exactamente igual. Gastone estaba en un vuelo rumbo a Italia y, para cuando descubriesen mi mentira, ya me habría marchado.

Gastone era tan cobarde que, por no enfrentarse a mi furia, no se atrevería a llamarme pidiéndome explicaciones. Quizás le iba con el cuento a Mauro para que él se encargase del tema; a estas alturas, me esperaba cualquier cosa de Gonny. Era más que evidente que ninguno de mis dos hermanos se preocupaba por mí; la única persona que verdaderamente me había querido, que verdaderamente habría dado su vida por mí, estaba muerta.

Traté de no pensar más. Porque no quería derrumbarme; no solucionaría nada.

Fui en mi propio coche. Estaba siendo descuidada, pero me daba igual. Porque, por primera vez, no me importaban las consecuencias. ¿Y qué si me descubrían? Incluso una parte de mí deseaba que Mauro se enterase. Así se daría cuenta de que no podía controlarme; que nunca había podido hacerlo.

Entré en el *pub* junto a un grupo de hombres; algunos iban solos, otros acompañados de mujeres que dudaba que fuesen sus esposas. La mayoría, bien vestidos. Evité mirarlos a la cara, porque podía estar siendo imprudente, pero no me apetecía tener que interactuar con nadie, y sabía que, desgraciadamente, tenía altas probabilidades de encontrarme con más de una cara conocida allí.

Malditos hipócritas morbosos.

Cuando entré en el sótano, supe que no se parecía en nada a ningún lugar en el que hubiera estado antes. Eso no era una sorpresa. Sin embargo, lo que sí me impactó fue que no sentí el rechazo visceral que esperaba.

Observé a las mujeres ataviadas con bañadores y bikinis de purpurina y colores llamativos, que se paseaban sin pudor ante los hombres sin acompañante. Las veía buscar una cartera abultada, sonriendo con demasiada familiaridad. Algunas se sentaban en regazos ajenos, sus risas falsas perforando el estruendo de la multitud.

Mis ojos aterrizaron en la barra llena de botellas de licor barato. Mordí mi labio inferior con fuerza cuando reconocí a la chica rubia

que se encontraba sirviendo una copa. No sabía su nombre, ni mucho menos había hablado con ella, pero la reconocí: ella también había estado en la boda de Damiano y Audrey.

Evité acercarme a la barra para que no me reconociese, aunque tampoco era como si fuese a beber nada de lo que ofrecían allí.

Mi mirada se centró inmediatamente en la jaula. Estaba vacía por ahora, pero pronto se llenaría. Instintivamente, busqué a Scott entre la multitud, pero no lo encontré. Tampoco a Damiano, aunque a él, francamente, prefería no verlo.

Me acomodé en uno de los sofás de cuero blanco, apartado de las mesas que rodeaban la jaula. Desde allí, podía observar el combate sin necesidad de estar en primera línea, lo suficientemente lejos del bullicio y de las miradas que no quería sentir encima.

Un estruendo de vítores y silbidos anunció al primer combatiente. Un hombre macizo, con tan solo unos pantalones de boxeo holgados, revelaba una musculatura brutal y tatuajes descoloridos. Exudaba la rudeza de un delincuente, la ferocidad de un asesino. Estaba segura de que sería él el vencedor, el que dominaría la noche. Su presencia era imponente, y la multitud lo ovacionaba. Si estuviese allí por la pelea, habría apostado por él sin lugar a duda.

Se deslizó con agilidad impropia para su tamaño dentro de la jaula.

Y entonces, lo vi. Scott.

No apareció con el clamor del primer luchador. Se movió desde las sombras, su figura alta y compacta emergiendo con una calma inquietante. También vestía solo pantalones de boxeo, dejando al descubierto un torso marcado por el gimnasio y la violencia, con tatuajes oscuros que serpenteaban por sus brazos y espalda. No era la ferocidad animal del otro, sino una amenaza más contenida, más depredadora.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Sin querer, me tensé. Una punzada de temor, que no deseaba sentir, me apretó el pecho. Temí por él. La idea de que ese bruto pudiera hacerle daño me revolvió las entrañas de una forma inesperada.

Y también me enfadé conmigo misma porque, ¿qué me importaba lo que le pasara a Scott? Si él quería inmolarse en una pelea de jaula, que lo hiciese.

Scott entró a la jaula con un salto ágil, con esa seguridad que lo caracterizaba. Los focos se encendieron con furia, bañando el metal y los cuerpos con una luz brutalmente blanca. El otro contrincante ya estaba allí, lanzándole una mirada cargada de odio.

El árbitro, en quien no me había fijado hasta ese momento, se colocó en medio del escenario con un micrófono en la mano. Llevaba una camiseta negra, y debía estar a principios de sus cuarenta. No era el tipo de árbitro que te encontrarías en cualquier otro combate; me pregunté si sería justo o no.

—Lo de hoy será una pelea sin reglas —anunció—. El juego sucio está permitido.

Sin presentaciones, sin ningún tipo de aviso. Aunque intuí que no hacían falta, porque lo que nos iban a ofrecer era el espectáculo que los hombres que habían acudido allí buscaban.

El rival de Scott sonrió, una mueca cruel y anticipatoria. Scott no lo imitó, pero en su rostro vi algo peor, algo que me heló la sangre. No era odio; era una indiferencia absoluta, una quietud depredadora mucho más aterradora que cualquier promesa de violencia.

Antes de ser consciente de lo que estaba haciendo, me levanté. Dejé de esconderme. Sentí la necesidad de ver la pelea de cerca. Y no fui la única; la violencia y brutalidad que se avecinaba provocó que algunos de los invitados no pudiesen permanecer sentados.

El árbitro salió de la jaula, y al cerrar la puerta tras de sí, el pestillo resonó con un sonoro y definitivo *clic*.

Sonó una campana estridente. Y entonces, el caos estalló.

La jaula se convirtió en un torbellino de puños, patadas y gruñidos. El otro luchador fue el primero en atacar. Era una bestia, su furia desatada y sin estrategia; buscaba el final rápido, descargando golpes con una fuerza que prometía romper huesos.

Scott, en cambio, era la calma en el ojo del huracán.

Yo no entendía nada sobre peleas; la lucha nunca me había interesado. Pero pude ver que Scott estaba siendo más inteligente.

Estaba esquivando los golpes, permitiendo que el otro hombre se agotara con su propia rabia. Observé cómo su cuerpo se movía con una precisión casi inhumana, manteniendo la distancia suficiente para evitar el daño, pero lo bastante cerca para tentar a su oponente.

La estrategia era lenta, pero devastadora. Cada vez que el rival fallaba un golpe, su respiración se hacía más pesada, su frustración más palpable. Scott apenas se movía; era un depredador esperando el momento exacto para morder. No había pasión en sus movimientos, solo una eficiencia aterradora. Incluso cuando algún golpe aterrizaba en su rostro o cuerpo, él ni siquiera se inmutaba. Hasta, en una de las veces, pude verlo sonreír, como si disfrutara del dolor.

La multitud gritaba, pero yo no podía apartar la mirada de Scott. En su control, en esa quietud fría que había visto antes, encontraba una belleza que no tenía nada de moral, pero sí de verdad. El caos era del otro, pero el dominio era indiscutiblemente suyo.

Y entonces, el hombre cometió el error que Scott había estado esperando. En un intento desesperado por acortar la distancia, lanzó un gancho demasiado amplio. El movimiento lo dejó abierto, expuesto.

Y Scott no dudó.

Fue un relámpago de violencia. Un codazo seco al abdomen que le robó el aliento al rival, seguido de una patada baja que lo desequilibró. El hombre se tambaleó, y Scott aprovechó ese instante para empujarlo brutalmente contra la reja y luego derribarlo.

El contrincante cayó al suelo de metal con un ruido sordo. El rugido de la multitud se elevó, frenético.

Y entonces Scott desató toda esa ira y oscuridad que había estado emergiendo dentro de él. Empezó a darle patadas y puñetazos con una violencia desalmada e innecesaria, ya que el hombre yacía inconsciente en el suelo. Pero Scott no tenía compasión; tampoco debería haberlo esperado.

En ese instante, supe que no iba a detenerse. También supe que, aunque quisiese, tampoco podía hacerlo hasta que llegase al

final. Scott estaba dejando escapar la bestia que anidaba dentro de él; el monstruo que clamaba por salir al mundo exterior.

La multitud gritaba, porque estaban teniendo el espectáculo que buscaban. Yo, en cambio, me quedé muda. Observé, sin poder moverme, sin poder apartar la mirada, cómo Scott continuaba descargando su ira sobre el hombre, hasta que su rostro se convirtió en una masa irreconocible.

Y supe, sin asomo de duda, que Scott lo había matado.

Estaba acostumbrada a la violencia. Puede que nunca hubiera presenciado una tortura, que nunca me hubiera adentrado en los negocios de la mafia tanto como lo hacían mis hermanos, pero había convivido con una oscuridad propia de nuestro mundo que era mucho peor.

Aún así, no debería poder apartar la mirada de Scott; no debería continuar observándolo con una fascinación que no tendría que sentir. Porque había algo magnético en su brutalidad, en su crudeza. Tal vez era realidad; tal vez era que, hasta en ese momento, me hacía sentir algo.

El árbitro subió al escenario y abrió la puerta para detener la pelea. El hombre estaba muerto, no tenía sentido alargarlo, pero Scott fue capaz de parar por sí mismo. Fue en ese instante cuando lo comprendí: Scott no se estaba dejando llevar por la rabia o la adrenalina del momento. Estaba completamente controlado. Había matado a ese hombre porque esa había sido su intención fría y premeditada desde el primer instante.

El árbitro entró en la jaula, levantó el brazo de Scott y lo declaró vencedor ante los gritos de euforia de la multitud. Eran hombres adinerados, hombres con poder en la sociedad que aparentaban tener vidas normales y tranquilas. Muchos de ellos, probablemente, se llenaban la boca hablando de paz y moralidad. Pero allí estaban, con las gargantas desgarradas, dejándose llevar por la violencia más cruel y primitiva.

El árbitro soltó la mano de Scott. El pecho de este subía y bajaba con el esfuerzo. Se limpió la sangre del rostro con el dorso de la mano y miró a la multitud que coreaba su nombre. Pero no se paró en ninguno de ellos, los recorrió con su mirada como si

estuviese buscando algo o a alguien, y entonces sus ojos azules se centraron en mí.

Mi corazón se desplomó en mi estómago. Me había visto.

No había sorpresa en sus ojos, no había reproche. Solo un reconocimiento gélido, como si mi presencia allí, en ese pozo de suciedad, fuera exactamente lo que esperaba. Me sentí completamente expuesta, pero no me moví.

Scott me guiñó un ojo. ¿Qué diablos?

Alcé una ceja y el muy imbécil esbozó una sonrisa lobuna.

Se deslizó fuera de la jaula sin aceptar los vítores, ignorando las felicitaciones de los pocos hombres que se atrevieron a acercarse a él, con el cuerpo aún caliente del rival en el suelo.

Lo seguí.

Fue un movimiento impulsivo, una rendición a la necesidad voraz que me había arrastrado hasta allí. Me abrí paso entre la masa eufórica, sin importarme el contacto, sin molestarme en mirar dónde pisaba.

Scott se dirigió hacia la puerta de metal por la que todos habíamos entrado. Recorrió el pasillo, pero no usó la puerta que daba al garaje. Siguió andando hasta que el pasillo se bifurcó. Giró a la derecha, desapareciendo.

Dudé un instante, pero alcancé a verlo meterse por una de las puertas y, sin pensármelo dos veces, entré tras él, cerrando la puerta detrás de mí. Una rápida ojeada me sirvió para darme cuenta de que nos encontrábamos en los vestuarios. Scott estaba de pie en el medio de la estancia, observándome.

Un pequeño reguero de sangre le goteaba desde la mejilla, y varios moratones oscuros empezaban a formarse en su pecho musculoso. Pero no mostraba el menor signo de dolor. Lo disimulaba tan bien que dudé si de verdad sentía algo. Su respiración era tranquila, casi imperceptible.

—Deberías limpiarte, se te va a infectar la herida —le aconsejé, rompiendo el silencio que se había instaurado.

Scott levantó una ceja.

—¿Mi conejita está preocupada por mí?

«Mi». Aquella palabra reverberó en mi pecho con una calidez que poco tenía que ver con el rechazo que debería sentir.

Yo no era ninguna conejita, y mucho menos, su conejita. Pero, igual que las otras veces, no lo corregí. No porque estuviera de acuerdo, sino porque había algo en la forma en que lo decía… Algo que no sonaba ofensivo, sino íntimo. Nuestro.

Como si fuese un apodo reservado solo para mí. Como si, de algún modo extraño, significara algo para él.

Y eso —esa absurda posibilidad de importarle un poco a alguien, aunque fuera a él— me hizo sentirme mejor de lo que nunca estaría dispuesta a admitir.

—En absoluto. —Crucé los brazos—. Acabo de ver lo bien que te defiendes. Has jugado con ese hombre, haciéndole creer que podía ganarte cuando nunca tuvo ninguna posibilidad.

Scott frunció las cejas, confundido, como si le hubiese sorprendido que fuese capaz de leer la pelea. Como si le sorprendiese darse cuenta de que no era una tonta.

—Eres una caja de sorpresas. —Scott avanzó un paso, acercándose a mí. Lentamente, casi como si estuviera dándome la oportunidad de marcharme—. En cuanto te he visto en el público antes de empezar la pelea, he pensado que saldrías corriendo en cuanto la cosa se pusiera fea, pero, al contrario, te has acercado para ver mejor.

—¿Sabías que estaba allí desde el principio?

—El sótano está lleno de cámaras. —Scott se encogió de hombros—. Te he reconocido desde el primer instante. —Señaló mi jersey azul marino y mis pantalones de tela color marrón. Había tratado de escoger colores poco llamativos y un *outfit* más modesto, algo que no llamase demasiado la atención. Al parecer, no había servido de nada—. No puedes esconderte de mí, conejita. Te reconocería aunque vinieses envuelta en un saco.

—Jamás me vestiría con un saco. —Arrugué la nariz con una repulsión instintiva.

—No, claro que no —susurró, acercándose un poco más. Su voz era baja, un grave que me erizó la piel—. Eres mucho más

sofisticada que todo eso. Pero, aun así, aquí estás. Con las mejillas coloradas.

Instintivamente, me llevé una mano al rostro y noté el calor.

—No es por ti —me apresuré a decir, demasiado rápido.

Él sonrió. No era una sonrisa de alegría, sino de triunfo.

—No, conejita. No es por mí. Por mí es tu coño el que está caliente, pidiendo a gritos mi atención.

—Mi coño no te necesita —respondí, y sus ojos se abrieron ligeramente, por el impacto o el asombro.

—Nunca me acostumbraré a escucharte hablar tan sucio. Pero no puedo negar que me encanta.

Dio otro paso, rompiendo del todo la distancia que nos separaba. Su aliento cálido, con el tenue olor a menta y sudor, me golpeó el rostro.

—Estás acalorada por la adrenalina, porque has disfrutado de la violencia. Me has visto matar a un hombre con mis manos desnudas y no te has inmutado.

No, no lo había hecho.

—Soy una mujer de la mafia, Scott.

—Lo eres —murmuró Scott, su voz áspera como la lija. Se inclinó, obligándome a alzar la barbilla para mantener el contacto visual—. Pero, para mi desgracia, llevo demasiado tiempo cerca de familias como la tuya. Mantienen a sus mujeres protegidas, enjauladas en el lujo, ajenas a la verdadera violencia. Su trabajo es gastar el dinero y asistir a eventos benéficos. Dudo mucho que antes de esta noche hubieras sido testigo de algo remotamente parecido a la brutalidad que acabas de presenciar. —Su boca estaba muy cerca de la mía.

—No sabes nada de mí, Scott —dije, dando un paso atrás, rompiendo el campo de fuerza que había creado su proximidad.

—¿Ah, no? ¿Acaso no eres una niña mimada a la que su padre ha mantenido protegida toda la vida?

No sé si fue la burla o la mención directa a mi padre, pero exploté.

—Sí, mi padre me mantuvo lejos de sus negocios, pero no lo hizo por protección, sino por desprecio. Para él, yo era una mujer y

no tenía ningún valor, igual que mi madre. Pero, en cambio, esa protección no existía en casa: no tenía reparos en golpearnos cuando le apetecía.

Los ojos de Scott se entrecerraron. El odio, la ira y una rabia ardiente se encendieron en su mirada, borrando toda su calma anterior.

—Si ese bastardo no estuviese ya muerto, yo mismo lo mataría —dijo, con la voz áspera y peligrosa.

—Yo misma fui capaz de protegerme. El día de mi doceavo cumpleaños se enfado conmigo por una tontería y me enfrente a él en público, estaba segura de que lo pagaría caro pero no volvió a pegarme.

—Ningún hombre debería pegar a una mujer —dijo Scott, rompiendo de nuevo la distancia que nos separaba—. Nunca desataría mi violencia con una mujer.

Estiró la mano. Fue un movimiento cauteloso, casi reverente, y me acarició la mejilla con el dorso de sus nudillos.

—Lo sé —respondí, porque no tenía ninguna duda.

—¿Qué haces aquí, Glenda? ¿A qué has venido en realidad?

Tragué saliva.

—No lo sé.

—Lo sabes. Claro que lo sabes —dijo, sin dejar de acariciar mi mejilla.

Lenta, deliberadamente, estiré mi mano y pasé el dedo índice por el reguero de sangre fresca que aún le goteaba de la mejilla.

La herida había dejado de sangrar, pero la sangre había recorrido su cuello y parte de su abdomen, formando un rastro oscuro y pegajoso. Seguí ese rastro con mi dedo, descendiendo por el músculo de su cuello hasta llegar a la clavícula, deteniéndome allí. Retiré mi dedo de su piel. Lo llevé a mis labios y probé la sangre, lentamente. Era salada, metálica, y me supo a pura adrenalina.

Ni siquiera sabía por qué había hecho algo así. Pero se sintió demasiado natural, demasiado correcto.

Scott me observaba. La intensidad de su mirada no se había apagado. Estaba clavada en mis labios, en el residuo de la sangre

que acababa de lamer. Su expresión era ilegible: mitad asombro, mitad fascinación animal.

Su mano se disparó y aprisionó mi muñeca con una firmeza dolorosa. Me atrajo con un tirón brutal, eliminando los últimos centímetros de aire que nos separaban.

Su voz era baja, un gruñido.

—¿Qué haces, Glenda? ¿Qué acabas de hacer? —Su aliento chocó contra mi oído, áspero.

Tragué saliva. Mi corazón latía tan fuerte que me dolían las costillas.

—La sangre dice mucho de la otra persona.

—¿Y qué te dice la mía? —me preguntó; su tono ahora era una mezcla de desafío y genuina curiosidad.

—Que sigues siendo la misma escoria de siempre.

Scott soltó una carcajada. Fue un sonido ruidoso, sin atisbo de dulzura, pero auténtico. Soltó mi muñeca de golpe, haciendo que el dedo ensangrentado cayera inerte. Luego, se movió con facilidad. Se dejó caer sobre uno de los bancos de madera gruesa del vestuario, rompiendo toda la proximidad que había creado.

—Deberías marcharte, Glenda.

A pesar de sus palabras, pude percibir que no era lo que quería. El deseo brillaba en sus ojos. Podía ver que estaba luchando contra ello y no entendía la razón.

—Tenías razón —dije, dando un paso decidido hacia él, acortando la distancia que acababa de crear—. Sí sé por qué estoy aquí.

—¿Y cuál es la razón? —preguntó, su voz volviendo a ser neutra.

—Tengo una deuda contigo, Scott. Y los Mancini siempre pagamos nuestras deudas.

La sorpresa borró la burla de su rostro cuando me arrodillé delante de él.

Mis manos se movieron con una precisión que no sabía que poseía. Alcanzaron la cintura de sus pantalones de boxeo, todavía manchados de sudor y sangre. Deslicé mis dedos bajo la tela gruesa, desabrochando el cordón con un tirón firme. Luego, con el mismo

movimiento lento y deliberado, deslicé el tejido hacia abajo, revelando el calzoncillo oscuro debajo.

Él me separó las manos y se quitó el pantalón y el calzoncillo para volver a sentarse en el banco.

—Impaciente, ¿eh? —dije, con una media sonrisa, mi mirada llena de burla.

Scott me devolvió la sonrisa, peligrosa y fría.

—Cuando se trata de saldar una deuda —respondió, dejando que su voz se volviera grave—, me gusta agilizar el proceso. No me gusta perder el tiempo.

Él estaba haciendo mención a los trabajos que hacía por Damiano, comparándolo con lo que iba a pasar allí. Ningún hombre en mi círculo hubiese hecho algo así. Mantenían sus negocios lejos de las mujeres, incluso en mención. Pero Scott era muy diferente.

Cualquier pensamiento murió cuando mis ojos se centraron en su miembro. Grande, tal vez demasiado, palpitando ligeramente. No era solo el tamaño; era la crudeza con la que se presentaba: ya preparada, igual de brutal y honesta que su dueño.

Posé mi mano en él. El contacto fue cálido y firme.

Comencé a acariciar su miembro en suaves movimientos, lentos al principio, disfrutando de la tensión que crecía bajo mi palma. Scott emitió un gemido bajo y profundo que no intentó disimular.

Levanté la cabeza de golpe. Me estaba mirando con una intensidad abrasadora. Sus ojos, antes fríos e ilegibles, ardían con una necesidad incontrolable. No había burla ahora, solo una absoluta entrega al placer que yo estaba a punto de darle. Era el depredador sometido. Aunque la visión era poderosa, no me dejé engañar. Sabía que yo no tenía todo el poder; él me estaba permitiendo tenerlo. Era una cuerda que Scott controlaba, pero yo iba a estirarla hasta el límite.

Me había acostado con un par de hombres, pero a ninguno de ellos le había dado una mamada. Me lo habían rogado, por supuesto, pero me había negado, porque con ellos el poder siempre había sido mío.

Con Scott era diferente. Con él, quería hacerlo, quería dejarme llevar por completo. No era solo un deseo físico; me gustaba el

control que él ejercía sobre mí, un control que yo misma estaba invitando, buscando.

Dejé la punta de lado por un momento. Mi mano, aún húmeda de su sangre y de la excitación creciente, descendió un poco más. Lo acaricié con el dedo en pequeños círculos, explorando la base con una lentitud deliberada que yo sabía que lo estaba torturando. Scott exhaló un suspiro áspero y prolongado.

—¿Piensas metértela en la boca en algún momento? —preguntó, su voz tensa y sin paciencia.

—No estoy muy segura, la verdad.

Se estiró, colocó una mano sobre mi nariz, tapándola y obligándome a abrir la boca para respirar. Al mismo tiempo, con su otra mano, metió su miembro entre mis labios. Podría haberme levantado; no me estaba sujetando el cuerpo, no estaba atada. Pude haberlo impedido con un simple empujón, pero no lo hice.

No puse resistencia, porque ese dominio abrupto era exactamente lo que había estado esperando.

Su polla llenaba mi boca. Su sabor era salado, con ese regusto metálico de la adrenalina y el sudor de la jaula. Comencé a mover la cabeza de arriba abajo, guiada por un ritmo propio. Mis manos se colocaron firmemente en sus muslos, apretándolos, buscando apoyo en la fuerza de su cuerpo.

Pero él no me dejó llevar el control.

Scott sujetó mi nuca con su mano libre, ejerciendo una presión suave pero firme. Su agarre era una orden silenciosa, invitándome a succionar con más velocidad y más hondo. Yo respondí al desafío, obedeciendo el ritmo que él marcaba, sumergida en el acto.

El ritmo se aceleró. Scott arqueó la espalda; su respiración se convirtió en un jadeo grave y entrecortado. La presión de su mano en mi nuca aumentó, empujándome con una insistencia urgente que me llevó al límite de mi garganta.

Mis ojos permanecían abiertos, fijos en su vientre tenso, en los músculos de su abdomen que se contraían bajo la piel. No era solo placer; era la liberación de toda la rabia acumulada en la jaula. Estaba tomando toda esa violencia y la estaba transmutando en algo íntimo y oscuro.

En un momento, soltó mi nuca, pero solo para aferrarse a mi cabello con ambos puños.

Su cuerpo se tensó por completo. Un último movimiento, profundo y desesperado, y Scott soltó un grito gutural que se perdió en el silencio húmedo de los vestuarios.

Scott se desplomó de nuevo en el banco, su cuerpo ahora relajado y tembloroso. Sujetó mi cara con ambas manos, respirando pesadamente.

—No tenías que…

—Si vas a decir que no tenía que tragarlo, ya lo sé.

—No, eso sí tenías que hacerlo —respondió, y yo puse los ojos en blanco—. Lo que iba a decir es que no tenías que ser tan jodidamente buena en esto. Joder, conejita, has estropeado mis otras mamadas.

No respondí al cumplido; no sabía cómo hacerlo.

Me levanté.

—He pagado mi deuda. Ya no hay nada que nos una.

Scott se puso de pie frente a mí, completamente desnudo, sin molestarse en vestirse. Su imponente presencia eclipsó la luz parpadeante. Su mano se disparó y sujetó mi muñeca, atrayéndome de nuevo hacia él.

—Mientes —murmuró contra mi boca, sin darme tiempo a reaccionar.

Su boca se unió a la mía, vorazmente. Abrí la boca, permitiéndole el acceso. El beso fue profundo y exigente. Cuando se rompió, sentí los labios hinchados y húmedos, mi cuerpo temblando por la falta de oxígeno y la electricidad.

—Dúchate conmigo, conejita —me pidió sin soltarme la muñeca.

—Tengo que irme. Ni siquiera debería haber venido.

—Si estás aquí es porque querías estar.

No me molesté en negar sus palabras, porque Scott tenía razón.

—Y ahora, quiero marcharme. Suéltame —le dije, tirando de su agarre.

Para mi sorpresa, me lo permitió. Me giré para salir de los vestuarios. Estaba abriendo la puerta cuando habló:

—Regresarás de nuevo a mí.

—No, no lo haré.

—Entonces seré yo quien vaya a por ti —dijo cuando cerré la puerta.

Y aunque podía ser una amenaza, a mí me sonó a promesa; una promesa demasiado dulce.

CAPÍTULO 15

Scott

—¡Tío Scott, me encanta! —Siena se abalanzó hacia mí para abrazarme.

Me agaché para cogerla en brazos.

Había ido a casa de Damiano y Audrey para celebrar el octavo cumpleaños de la hermana pequeña de Damiano. Era una fiesta íntima, solo nosotros cinco, pero el jardín parecía sacado de un cuento: banderines rosados, coronas brillantes, mesas vestidas de purpurina y hasta había un pequeño castillo hinchable. No faltaba ningún detalle. Y no me hacía falta preguntar para saber que todo aquello llevaba la firma de Audrey.

Lo primero que Damiano hizo cuando los negocios comenzaron a ir bien fue comprar una casa con un jardín amplio y una piscina, en una urbanización tranquila a las afueras de la ciudad. Un sitio donde la gente como nosotros no debería vivir. Pero sabía que lo había hecho por Siena, para que ella tuviese una infancia protegida, muy diferente a la que tanto él como yo habíamos tenido.

—Sabía que te encantaría. —La dejé de nuevo en el suelo—. Soy el mejor haciendo regalos.

Siena se rio y cogió mi regalo, que había dejado sobre el suelo, para alzarlo en el aire, como si fuese un trofeo.

—¡Mira, Audrey! —Se giró hacia la mujer de Damiano, que se encontraba sentada a mi lado—. ¡El tío Scott me ha regalado un karaoke! ¿No es genial?

—Lo es, cariño.

—Como se ponga a cantar todo el día, te mato —bromeó Damiano desde la piscina, donde estaba con su hijo Paolo.

El pequeño, de cinco meses, estaba sentado sobre un flamenco rosa hinchable, estrujándole el cuello como si quisiera someterlo, mientras Damiano lo sujetaba para que no se cayera.

—Canto muy bien —protestó Siena, haciendo un mohín.

—Mejor que los ángeles —apostillé. Aunque, la verdad, ya la había escuchado cantar y la voz no era precisamente su fuerte.

Siena me miró, frunciendo el ceño, como si hubiese captado mi sarcasmo. En ese gesto, en esa mirada, pude ver con claridad la similitud con Glenda. Eran hermanas por parte de padre, aunque ni Glenda ni sus hermanos lo sabían. Damiano la había mantenido protegida, alejada de ellos, diciéndoles que eran hermanos por parte de madre, por lo que no tenía ninguna relación con los Mancini.

Ese parecido me golpeó de lleno, trayéndome a Glenda a la memoria como un relámpago inesperado. Aunque, siendo sincero, no había dejado de pensar en ella ni un solo día de los últimos diez; sobre todo por las noches, en mi cama, cuando recordaba cómo me había chupado la polla.

—Los hombres no sois capaces de ver el talento de las mujeres —dijo Siena, con un tono que me recordó poderosamente a su tía. No solo por lo que dijo, sino por la determinación con que lo hizo.

Siena, por supuesto, desconocía que tenía una tía. Y ellas nunca se habían conocido.

—Somos así de tontos —sonreí—. Así que, de mayor, es mejor que pases de los chicos.

—En eso estoy completamente de acuerdo —secundó Damiano.

—Claro que voy a pasar de los chicos, son un asco. —Siena hizo una mueca.

Audrey sonrió con ternura y le dio un sorbo a su mimosa.

—Ya cambiarás de idea.

Damiano fulminó con la mirada a su mujer, pero esta le respondió encogiéndose de hombros.

—¡Tío Scott! —me llamó Siena, captando mi atención—. El próximo curso empiezo a ir al colegio —me contó con entusiasmo—. ¡Voy a hacer muchísimas amigas!

Aquello me sorprendió.

Siena había cursado todos sus estudios en casa, con una profesora particular. Era una de las medidas que Damiano había decidido tomar para proteger a su hermana y evitar que los Mancini pudieran enterarse de la verdadera relación que los unía.

A pesar de que no había escuchado a Siena quejarse de ello, era evidente que a ninguna niña le gustaba estar aislada del mundo. Siena no tenía amigos, nadie de su edad con quien jugar. Alguna vez había sacado el tema con Damiano, pero sabía que él estaba cerrado en banda, y yo lo comprendía, porque los riesgos eran demasiado grandes.

Incluso antes de ver la amplia sonrisa de Audrey, supe que el cambio de opinión de Damiano estaba directamente relacionado con ella.

Por una parte, temía que ir al colegio pudiera poner en riesgo a Siena de alguna manera, pero por otra, al verla tan feliz, me alegré por ella.

—Y a todas las amigas que hagas —me puse de cuclillas frente a ella, como si fuera a contarle un secreto—, enséñales el micrófono de karaoke y diles que te lo he regalado yo.

Siena asintió con expresión seria, como si fuera un consejo real. Fue a decirme algo cuando un chillido de Paolo se lo impidió.

—Se ha cansado del flamenco —bufó Damiano mientras salía de la piscina con Paolo en brazos.

—Es igual de impaciente y demandante que tú —señaló Audrey con diversión.

Damiano entrecerró los ojos y murmuró algo que no logré entender. Siena dejó mi regalo sobre la hierba, tomó una toalla de una de las tumbonas y corrió hacia él para entregársela.

Con paciencia, Damiano secó al pequeño mientras este señalaba el tobogán con insistencia. Damiano fue a ignorarlo, pero Siena no se lo permitió. Con una pequeña exhalación de rendición, los tres se dirigieron juntos hacia el tobogán.

—Estás diferente. —Audrey bajó la voz para que tan solo yo pudiera oírla. Jugueteó con la pajita de su bebida y cruzó sus piernas.

Había notado su mirada observadora durante todo el cumpleaños. Había estado esperando un momento a solas para abordarme.

—Estoy como siempre —respondí, dejándome caer en la tumbona.

Audrey arrugó las esquinas de los ojos.

—No estás feliz, pero tampoco triste —observó—. Es como si estuvieses empezando a superarlo.

—Nunca voy a olvidar a Paola, Audrey.

La dureza en mi voz hizo que ella se tensara.

—No, claro que no —aclaró con rapidez—. Nunca la voy a olvidar, Scott. Ella es y será mi mejor amiga toda la vida. —Sus ojos azules comenzaron a brillar—. Aunque creas que...

—No debí decirte lo que te dije en la boda —la interrumpí—. Pagué toda mi frustración contigo, quise hacerte sentir mal. Y aunque sigo creyendo que los Mancini son los culpables del asesinato de Paola, no fui justo contigo.

—Sé que no voy a hacerte cambiar de idea, Scott. —Audrey suspiró—. Y hoy es el día de Siena. —Esbozó una sonrisa que no llegó del todo a sus ojos—. Pero sea lo que sea que estés haciendo, te está sentando bien, Scott.

Si ella supiese que lo que estaba haciendo era intentar hundir a los Mancini por medio de Glenda, no estaría tan de acuerdo. Audrey no lo vería bien. Y no porque pudiese perjudicar nuestros negocios, como le sucedería a su marido, pues eso a ella le traía sin cuidado. Era porque Audrey era una buena mujer, una que se había criado fuera de nuestros círculos.

Fui a responderle, pero los lloros de Paolo nos interrumpieron. Esta vez no era una rabieta; parecían de dolor. Nos giramos para ver a Damiano cogiendo a su hijo del suelo.

—Le he dejado en el suelo un segundo, ha cogido una piedra y se ha golpeado en la frente y se ha hecho daño —dijo Damiano.

Audrey se levantó a toda velocidad y fue hacia donde su marido que ya estaba consolando al pequeño.

—¿Podemos ponerle una tirita de Disney? —preguntó Siena.

Observé cómo Damiano y Audrey revisaban la frente del pequeño, mientras Siena, a su lado, miraba con preocupación.

—No hace falta —dijo Audrey—. Solo ha sido un rasguño muy pequeño.

Paolo dejó de llorar. Damiano le dio un beso en una mejilla, Audrey en la otra, mientras Siena se lo daba en la herida de la

rodilla. Formaban una bonita familia en una bonita casa. Por primera vez, me pregunté si eso sería algo que yo obtendría alguna vez.

No, no quería tenerlo. No lo merecía.

Pero por alguna razón desconocida, me imaginé una niña parecida a Siena que me llamaba papá. Era completamente absurdo.

—No has tocado la cerveza —me dijo Damiano unos minutos más tarde, sentándose en la tumbona que había ocupado su mujer.

Miré la cerveza que estaba en el suelo, a un lado de mi tumbona.

—No tengo sed. —Hice una pausa para mirar a mi alrededor—. ¿Dónde están los demás? —pregunté.

—Audrey ha llevado a los niños a la cocina para sacar la tarta.

—¿Así que has matriculado a Siena en el colegio?

Él suspiró.

—Si fuese por mí, la mantendría toda la vida escondida en esta casa, pero Audrey tiene razón, no puedo hacerlo. Ella cree que debería contarle a Siena quién fue su padre y quiénes son sus hermanos. Darle la oportunidad de conocerlos.

—¿No te lo estarás planteando, verdad? —Debía estar de coña. Pero cuando Damiano no respondió, dije—: No es una buena idea. Es una idea de mierda.

Si los Mancini descubrían que Siena era su hermanastra, intentarían acceder a ella. Se verían amenazados, la verían como una más con posibilidades de llevarse un trozo del pastel y querrían acabar con ella.

No importaba que no llevase su apellido y que su padre estuviese muerto, ellos sabían que Damiano tan solo necesitaba una prueba de ADN para poder reclamar la herencia que le correspondía a Siena. Y Mauro no lo permitiría.

—Lo sé, una cosa es que haga negocios con ellos y otra que Siena los conozca. Pero tampoco quiero que me odie si algún día descubre que la he mentido.

—No tiene por qué descubrirlo nunca.

Damiano asintió, aunque no parecía muy convencido.

—Mauro puede matarla, Damiano. —Me incorporé y me incliné hacia delante, apoyando los codos sobre las rodillas—. La verá como

una amenaza y le hará la vida imposible. Y en el mejor de los casos, la usará para conseguir de ella lo que quiere. No permitas que acceda a ella. Audrey cree en los cuentos de hadas porque no se ha criado en nuestro mundo, no los conoce como lo hacemos tú y yo. Pero eso no va a salir bien, la vas a condenar.

Damiano se agachó para coger mi cerveza intacta y darle un largo trago. Durante unos instantes no pronunció ni una sola palabra; sabía que mis palabras habían llegado a él. Pero también me di cuenta de que las de Audrey se habían instalado en su cerebro y lo habían contaminado.

—Martínez me ha llamado esta mañana. —Damiano cambió descaradamente de tema y yo se lo permití. Lo hice porque sabía que no me serviría de nada seguir insistiendo; no en ese momento —. Está contento.

La mercancía había llegado la noche anterior al puerto, y yo había estado allí para supervisarla. Todo había transcurrido sin problemas, e iba a distribuirse con normalidad.

—Los Romano siguen con sus tratos con Martínez —le informé —. Cosimo también estuvo ayer en el puerto. No hablé con él, pero parecía decepcionado cuando me vio llegar a mí y no a ti.

—Ese gilipollas esconde algo. —Damiano me apuntó con el botellín de cerveza—. Y seguimos sin saber qué es.

—Lo descubriremos —le prometí.

No pudimos seguir hablando de negocios. Audrey apareció primero, seguida por los niños. Siena empujaba la sillita donde iba Paolo. Audrey sostenía con cuidado un plato con una tarta rosa, perfectamente decorada.

Damiano se levantó para ayudarla y colocó la tarta sobre la mesa, con gestos precisos y controlados. Siena sopló las velas y pidió su deseo, y un pequeño brillo de emoción iluminó su rostro. Después, y sin perder tiempo, comenzó a cantar con el karaoke junto a Audrey, con su voz alta y alegre llenando el jardín. Damiano me lanzaba miradas cargadas de odio mientras Paolo aplaudía con entusiasmo. Lo cierto era que la escena me parecía una tortura, pero no pude evitar sonreír.

Mientras Damiano intentaba convencer a su familia de que tiraran el karaoke a la piscina, saqué el móvil de mi bolsillo.

Hice lo que para mí se había convertido en una costumbre en el último mes: revisar las redes sociales de Glenda. Su Instagram era público, aunque ella generalmente solo subía publicaciones de su empresa de catering. No parecía haber nada nuevo, hasta que vi que acababan de etiquetarla en una foto. Una que ella no había republicado.

Lora, una de sus amigas más cercanas, y la prometida del imbécil de Alessandro Vespucci, aparecía junto con Glenda y otras dos chicas de su círculo. Por lo visto, tal y como podía leer en la descripción de la publicación, estaban en la fiesta de compromiso de Lora.

Ni siquiera me fijé en las otras tres, porque, como cada vez que la veía, toda mi atención la captó Glenda. Sostenía una magdalena de esas cubierta de cosas extremadamente dulces y sonreía a la cámara, pero pude percibir la tristeza en sus ojos verdes. Porque me había convertido en un experto en leerla como si fuera un libro que conociera de memoria. Era fácil, casi como un don.

Entonces recordé que Glenda había intentado poner a Alessandro celoso conmigo. Eso había sido poco menos de dos meses atrás. Así era cómo había surgido mi plan de venganza, cómo había comenzado nuestro primer acercamiento. Había estado tan perdido en ella que prácticamente me había olvidado de eso.

¿Por eso estaba triste? ¿Estaba Glenda enamorada de Alessandro?

No, eso no era posible. Glenda era demasiado mujer para enamorarse de alguien tan insulso como Alessandro. A lo mucho, fue un capricho pasajero; algo para subir su ego, del que se olvidó en el momento en el que me acerqué a ella.

Entonces, ¿por qué estaba triste?

Una nube de inquietud que no pude eliminar se instaló en la boca de mi estómago. Sostuve el teléfono con tanta fuerza que, por un instante, creí que lo rompería por la mitad. Y entonces lo sentí: el filo de la ira retorciéndose en mi estómago, la oscuridad consumiendo mi interior, el deseo de poseerla.

Glenda era mía. No de Alessandro, no de ningún otro.

Me pertenecían sus lágrimas, su tristeza; me pertenecía todo. Hasta que me cansara de ella.

Y no pensaba dejar que nadie intentara arrebatarme lo que era mío.

—¿Te vas? —La voz de Audrey se filtró entre los oscuros recovecos de mi mente en los que me encontraba sumergido.

Ni siquiera había sido consciente de que me había levantado.

—Sí. —Me guardé el móvil en el bolsillo trasero de mis vaqueros gastados—. Tengo asuntos que atender.

Damiano enarcó una ceja. Pude ver la pregunta reflejada en sus ojos oscuros, pero no me molesté en darle ninguna explicación.

Me despedí de los niños y me marché.

Hacía más de dos semanas que le había ordenado a Russell, el detective, que dejase de vigilar a Glenda. Porque ya tenía toda la información que necesitaba para acercarme a ella y no quería levantar sospechas innecesarias. Además, había descubierto un placer oculto en acechar a Glenda yo mismo; lo hacía demasiado bien como para necesitar ayuda.

Qué mierda, acecharla se había convertido en una necesidad. Ya no entraba a sus redes sociales una vez al día, lo hacía compulsivamente. Se había convertido en un patrón, un hábito insano que sabía que podía convertirse en un problema. Pero no lo pensé; porque preferí centrarme en lo descuidado que era Mauro permitiendo que la hija de uno de sus capitanes subiera en su Instagram el nombre del hotel donde se celebraba su fiesta de compromiso.

Lora tenía un perfil público, al alcance de cualquiera.

Golpeé con furia el volante de mi coche, porque joder, ahora mismo Glenda podía ser el foco de un enemigo de los Mancini. Muchas veces la seguridad no era suficiente; los ataques en lugares públicos eran los más frecuentes en la mafia.

Nadie podía tocarla, ni mucho menos destruirla. Porque Glenda Mancini se había convertido en mía desde el instante en el que decidió acercarse a mí el día de la boda de Damiano.

Y esa noche pensaba demostrarlo. Porque iba a llevármela conmigo.

CAPÍTULO 16

Glenda

Debería haberlo sabido.

Después de lo de Alessandro, debería haber sabido que Lora era capaz de cualquier cosa. Pero, tal vez porque definitivamente era una estúpida, no lo había visto venir.

Acepté que mi empresa de catering organizara su fiesta de compromiso cuando me lo pidió. Lo hice porque, a pesar de que al principio estuve tentada a mandarla a freír espárragos, luego me di cuenta de que sería una oportunidad de oro para mí. Al compromiso de Lora y Alessandro no solo asistirían todos los miembros de nuestra familia, sino que habría muchísimas personas de nuestro círculo. Gente importante.

Era el momento perfecto para lucirme. La oportunidad que había estado esperando que apareciera para poder expandir mi negocio.

Por esa razón, aunque apenas me avisó con tiempo, durante siete días trabajé en su fiesta de compromiso, organizando cada detalle con la precisión y profesionalidad que me caracterizaba. Dejé de lado otros trabajos para que todo fuese perfecto.

Tampoco me enfadé cuando, solo tres días antes de la fiesta, Lora cambió de opinión y me dijo que sería mejor si no me veía involucrada, que quería que, como su mejor amiga, disfrutara de la fiesta y no estuviera pendiente del trabajo. No me creí la excusa, pero decidí no darle más vueltas a sus razones.

Lo que no esperaba ni por asomo era que fuese capaz de copiar todos mis diseños, todas mis ideas, desde la primera hasta la última. Por supuesto que el Wagyu A5 en tosta de brioche y el hummus de remolacha con crujiente de pistacho sobre pan fino no tenían nada

que ver con lo que yo pensaba crear. Pero no dejaba de ser una copia, una barata.

Lora había contratado a otra empresa de catering a mis espaldas y les había hecho replicar todo lo que yo había planeado para su fiesta de compromiso.

—¿A quién escribes que llevas toda la noche con el móvil? —Mirella se puso de puntillas, tratando de mirar la pantalla del teléfono de Ada.

Esta esbozó una sonrisa bobalicona y terminó de teclear en su teléfono.

—Es Benoît. —Se llevó el móvil al pecho y emitió un suspiro de enamorada—. Me está diciendo que me echa de menos.

Mirella arrugó el ceño.

—¿Benoît?

Ada la miró con indignación.

—El amor de mi vida. El príncipe azul que llevo esperando desde que nací.

—Vamos, lo que siempre dices. —Mirella rodó los ojos—. Deberías ser más específica.

—Este es diferente. Benoît no tiene nada que ver con todos los chicos que he conocido.

—De nuevo. Lo que siempre dices.

—No es lo mismo —insistió Ada—. Glenda lo ha conocido. ¿A que es maravilloso y tenemos una conexión irreal? —Me miró con complicidad—. ¿A que sí, Glen? —Esperó unos pocos segundos, y cuando no la respondí, estiró la mano para darme un pequeño toque con el dedo índice, buscando llamar mi atención—. ¿Glen? —probó de nuevo con impaciencia.

A pesar de que estaba escuchando la conversación, no estaba prestando atención. Pero decidí asentir distraídamente porque conocía a Ada lo suficiente para saber que no se detendría hasta obtener lo que buscaba.

—Ah, sí —respondí vagamente.

Aquello fue suficiente para Ada, que miró de nuevo a Mirella, juntando sus manos con emoción.

—Fue en la exposición de arte de la galería de Charlotte. Decidí llevar allí a Benoît porque a los dos nos encanta el arte.

Lo único que podía recordar aquella noche era mi encuentro con Scott: lo que sucedió en los baños y lo que volvió a pasar en los vestuarios de su club. Tal vez me estaba volviendo loca, tal vez había algo en mí, pero no me arrepentía de nada; no lo había hecho ni durante un solo instante. Porque, a pesar de saber que desear a Scott era un error, me sentía innegablemente atraída hacia él. Era una atracción animal, salvaje, que me costaba controlar y que nunca antes había experimentado con ningún otro hombre.

Había pasado diez días sin saber nada de él, y aunque no había intentado buscarlo, no podía negar que, en cierta manera, lo había echado de menos. Había echado de menos a la Glenda en la que me convertía a su lado, una Glenda que estaba por encima de su asfixiante vida.

Scott me hacía no pensar, solo sentir. Me volvía descuidada y temeraria, pero también me había devuelto algo que había creído perder: la sensación de estar viva, de arder por dentro.

—¿Desde cuándo te gusta a ti el arte? —cuestionó Mirella, pero enseguida se dio cuenta de que no merecía la pena perder tiempo en eso, porque hizo un gesto con la mano con la que no sostenía su bebida—. ¿Y cuándo me lo vas a presentar?

Ada fue a responderla, pero entonces su teléfono vibró y volvió de nuevo la atención a él.

—Entre una que está todo el rato con el teléfono y la otra que está en las nubes, vaya aburrimiento —se quejó Mirella, dando un trago a su copa.

No la corregí porque no podía negar que apenas había participado en su conversación desde que habíamos llegado a la fiesta, más que con algún que otro monosílabo.

—¡Chicaaaaas! —Lora se acercaba a nosotras dando pequeños saltitos. Llevaba un vestido color rosa con pedrerías y plumas. Tan excesiva como era ella—. ¡Abrazo de grupo! —Antes de darnos tiempo a reaccionar, nos rodeó a todas con sus brazos y nos acercó a ella. Afortunadamente, nos liberó unos pocos segundos después—. ¡Me alegro tanto de veros aquí! —Se llevó una mano a su rostro,

limpiándose una lágrima imaginaria—. ¿Qué tal os lo estáis pasando? ¿Os está gustando el servicio?

Lora evitó mirarme, pero supe que era una provocación. Sin embargo, no sentí nada: ni ira ni decepción. Tal vez todo lo que había pasado estos últimos dos meses me había terminado de romper por dentro y ya no sentía nada.

—¡Está todo genial! —respondió Ada con entusiasmo, pero su mirada bajaba a su teléfono cada segundo, deseando que la pantalla brillara—. ¡Estoy tan feliz por ti!

Era mentira. Podía ver la envidia corroyendo cada poro de Ada, porque a ella le hubiera gustado ser la primera en casarse.

—¡Lo sé, tía! Por cierto, ¿habéis visto mi anillo? —Alzó la mano izquierda, dejando que el diamante enorme del centro atrapara todas las miradas. Caro, excesivo, muy del estilo de Lora. Del estilo de todas nosotras. No por su precio, sino por lo que representaba. No era un anillo romántico; era una declaración de poder, de estatus, de opulencia. Uno que no buscaba simbolizar amor —porque entre Lora y Alessandro no lo había, como tampoco lo había en la mayoría de los matrimonios de nuestro círculo—. Ese no era el objetivo. En nuestro mundo, los anillos debían brillar, no para recordarte a quién querías, sino para que nadie olvidara quién eras. Y Lora ahora era la prometida del futuro don de una familia poderosa de la mafia.

—Es la décima vez que nos lo enseñas —le recordé con un tono de voz indiferente, porque no había envidia ni furia en mis palabras, sino que estaba constatando un hecho. Además, estaba cansada de guardar unas apariencias que no sentía.

Lora sonrió con satisfacción, como si hubiese conseguido justo lo que estaba buscando: que respondiese a su provocación.

Atisbé a ver por el rabillo del ojo cómo Mirella y Ada compartían una mirada cómplice, divirtiéndose con lo que pensaban que era mi enfado. Porque lo llevaban esperando desde el primer instante en el que me enteré del compromiso de Lora.

¿Y esas se hacían llamar mis amigas? Menudas perras.

—Es que es un anillo para enseñar muchas veces. —Lora movió su mano—. No te preocupes, Glen. Cuando celebres tu fiesta de

compromiso, tú también tendrás uno muy bonito.

Por un instante, me quedé sin respiración. Mauro no había vuelto a hacer mención de su intención de comprometerme con Michele Coppola, por lo que Lora no podía saberlo, a no ser que Mauro considerara que ya me había avisado y hubiera hecho público el compromiso a sus capitanes. No era de extrañar que el padre de Lora se lo hubiera contado.

¿Pero Mauro sería capaz de hacer algo así a mis espaldas, sin volver a hablar conmigo?

—Todas tendremos un anillo muy bonito cuando llegue ese día —dijo Mirella—. Pero primero tendremos que comprometernos.

Lora asintió y sentí que el alivio inundaba mis pulmones. Tan solo habían sido imaginaciones mías.

No estaba comprometida con Michele.

—Venga, vamos a sacarnos una foto. Pero esperad. —Lora chasqueó los dedos y llamó a una de las camareras que pasaban cerca. Llevaban unos *cupcakes* cubiertos de azúcar rosa, una idea que había sido mía porque era su color favorito, coronados con una perla rosa de chocolate blanco—. Vamos a hacernos una *selfie*. Delfina —nombró a la encargada del catering— ha tenido una idea magnífica con estos *cupcakes*, se merecen salir en la foto.

Otra provocación. Pero, aun así, cogí el *cupcake* y sonreí para la foto, porque, de nuevo, no sentí nada.

Mejor dicho, fotos. Porque Lora hizo una sesión completa; aunque en ninguna de ellas probó un trozo de dulce, porque ella jamás consumiría una caloría de más en un día tan importante como ese. O ningún día, para ser exactos. Llevaba sin consumir dulce desde que éramos unas niñas.

No sabía cómo podía soportarlo; yo no podría.

—Sube la segunda foto, salgo mejor —le pidió Mirella.

—Es mi día, la que tiene que salir mejor soy yo. —Lora chasqueó la lengua mientras deslizaba de una imagen a otra, haciendo *zoom* solamente en ella.

—Sí, pero no subas la que salgo con los ojos cerrados —insistió Mirella.

Lora asintió y yo ni siquiera me molesté en mirar qué foto había subido.

—Voy a saludar al resto de invitados. Están todos esperándome —se despidió, marchándose.

Lo dudaba. Teniendo en cuenta que, seguramente, no conocía a la mayor parte de los invitados. Porque así funcionaban hasta nuestras propias fiestas: posibles oportunidades de alianzas comerciales. Todo estaba relacionado con los negocios. La celebración solo era una excusa y las mujeres, desgraciadamente, siempre éramos el último mono.

Yo ni siquiera había confeccionado la lista de invitados ni de mis propios cumpleaños.

—¿No os aburrís? —preguntó Mirella al cabo de una hora, resoplando. Le dio un trago a su *champagne*, aunque ya no le quedaba nada—. La orquesta solo toca canciones para viejos —se quejó, señalando la pista de baile, en la que tan solo había un par de ancianos bailando.

—Vamos a pedirles música más actual —propuso Ada, que había dejado de hablar con Benoît, ya que este se había ido a dormir.

—Id vosotras, yo tengo que hablar con mi hermano —les dije.

No sé si se creyeron mi excusa, pero ambas asintieron antes de alejarse.

El hotel que habían elegido para la fiesta de compromiso era uno de los más lujosos de la ciudad. El jardín, perfectamente aprovechable a comienzos de junio, había sido decorado para la ocasión con guirnaldas de luces, centros florales y caminos de velas que bordeaban los senderos. Mauro estaba en una de las pérgolas, una estructura de madera cubierta con telas claras y rodeada de plantas trepadoras, conversando con varios hombres. Así que yo me dirigí hacia el lado contrario, ya que lo que menos me apetecía era encontrarme con él.

—Dame una copa de *champagne* —le pedí a una de las camareras que pasaba con una bandeja.

—Que sean dos. —dijo detrás de mí una voz aterciopelada, ligeramente familiar.

—Alessandro —lo saludé—. No te había visto.

De hecho, era la primera vez que lo veía en toda la noche. Generalmente, cada vez que coincidíamos en un evento, tendía a buscarlo y acercarme a él. Pero ese día ni siquiera había reparado en su presencia.

—¿Ah, sí? —Alessandro arrugó levemente el ceño, como si aquello no le hubiera gustado del todo. Suponía que dañaba su ego —. Pues yo a ti te he visto desde que has entrado. —Me guiñó un ojo.

Que Alessandro y yo ligásemos era algo habitual en nosotros. Solía ser un coqueteo sutil, pero que pensaba que estaba completamente extinguido desde que se había prometido con Lora.

Entonces, sentí una mirada quemando mi espalda.

Ladeé disimuladamente la cabeza para ver a Lora. En ese momento estaba hablando con el hermano de Alessandro, pero, esta vez, ni siquiera estaba disimulando. Tenía su mirada fija en nosotros.

Y entonces, la oportunidad de mi venganza se presentó en bandeja de plata. Porque podría coquetear con Alessandro delante de todos; tan solo necesitaba seguirle un poco el juego y sabía que él accedería. Porque ya lo estaba haciendo.

Humillaría a Lora. Y a ella le quedaría claro que conmigo no se jugaba. Era mi oportunidad.

—¿Desde que he entrado? —Pestañeé a la vez que mis dedos bailaban por la copa que sostenía—. No me has perdido de vista, entonces. —Alcé la voz lo suficiente para que las personas de nuestro alrededor nos escucharan.

Alessandro esbozó una de sus sonrisas encantadoras.

—Ya sabes que eso es imposible, Glenda.

—¿Eso crees?

Estiré mi mano y fui a posarla sobre su hombro, pero me detuve a medio camino.

¿Qué estaba haciendo?

Y en ese instante, lo comprendí. No me había molestado que Lora me cancelase a último momento el catering, ni tampoco que copiase mis ideas, no porque hubiera perdido la capacidad de sentir, sino porque no me importaba. Ya no me importaba en absoluto que

se casara con Alessandro. Sus intentos por competir me resultaban patéticos.

—Lo siento, Alessandro. —Estiré mis labios en una mueca que no llegó a ser una sonrisa—. Tengo que ir al baño.

Y sin despedirme, me di la vuelta y entré en el interior del hotel para dirigirme a los servicios. Alcancé a ver la sonrisa desconcertada de Alessandro. Antes tendía a preocuparme por lo que él pensaba de mí, pero ya me daba igual. Ni siquiera tenía que impresionarlo; ya no.

Afortunadamente, los baños estaban vacíos. Apoyé mis manos sobre el lavabo, dejando la copa intacta a un lado de mí.

—Tenemos que dejar de encontrarnos así. —Una voz masculina que reconocí al instante me hizo darme la vuelta.

—¿Scott? ¿Qué haces aquí?

Como encargada del catering que había sido, conocía la lista de invitados. Y ni Damiano ni él estaban en ella.

Scott esbozó una sonrisa torcida. Apoyaba un codo contra la pared, las manos en los bolsillos, los dedos jugueteando con la tela de sus vaqueros desgastados. Llevaba una camiseta gris de manga corta, ceñida, que marcaba sus abdominales, y una chaqueta de cuero negra. Me fijé en que, en los diez días que no le había visto, le había crecido un poco de barba.

Estaba guapo. Peligrosamente guapo.

Al contrario que con Alessandro, que no me había provocado nada, mi corazón comenzó a latir con fuerza en mi caja torácica, acelerado y descontrolado, como si quisiera salir de mi pecho.

—He venido a secuestrarte —respondió con casual indiferencia, como si fuera algo normal.

—¿Qué?

—Voy a taparte la boca con mi mano y después subirte a mi hombro para sacarte por la ventana, mientras todos siguen en la fiesta. —Se apartó de la pared y señaló la única ventana del baño. Daba a la parte trasera del hotel, una zona poco transitada que conectaba con un callejón lateral por el que se podía salir sin ser vistos. Seguramente, él había entrado por ahí.

Sostuve mi bolso y lo aferré contra mi pecho mientras negaba con la cabeza.

—Si lo intentas, gritaré y los de seguridad te sacarán a la fuerza.

—El lugar está lleno de mafiosos. Sin duda, todos armados —observó—. Me matarían por intentar secuestrarte, conejita. Y tú no quieres verme muerto.

Alcé una ceja, desafiante.

—Pónme a prueba.

Scott se rio.

—No es necesario. Eres tan cabezota que lo harás solo por tener razón.

Podía ser.

—Tengo que regresar a la fiesta.

—No quieres hacer eso. No quieres estar aquí.

Scott dio un paso hacia mí y levantó la mano para acariciar mi mejilla con los dedos. Me sorprendía que alguien tan duro pudiera tener gestos tan suaves conmigo.

Se lo permití, lo hice durante un solo instante de debilidad. Antes de girar la cabeza y dar un paso a un lado, apartándome de él.

—Claro que quiero. Es la fiesta de compromiso de mi amiga Lora. —Mis palabras sonaban vacías, falsas, hasta en mis propios oídos.

—¿Tu amiga? —escupió Scott—. Menuda amiga que está feliz de comprometerse con el hombre que te gusta.

—Alessandro no me gusta.

Un destello de oscura satisfacción brilló en los ojos de Scott.

—Te gustaba. Ahora te gusto yo.

—Tú no me gustas.

Pero Scott no me creyó. Ese maldito arrogante. Tal vez me sintiera atraída hacia él, pero no había nada más que una estúpida atracción que ni siquiera yo misma lograba entender. Prefería no pensar en lo mío con Scott…

Un momento. *Lo mío.* ¿Pero qué demonios estaba diciendo?

—He visto la foto que ha subido tu amiga —Scott pronunció aquellas últimas palabras con sarcasmo— a Instagram. No parecías feliz.

—¿Me has estado espiando?

Scott se encogió de hombros con deliberada desvergüenza.

—Se suponía que era yo quien se tenía que comprometer con Alessandro —reconocí. Ni siquiera sabía por qué se lo estaba contando a Scott, o por qué a él le importaba saberlo—. Lora era mi mejor amiga y ella no me lo dijo. —Suspiré—. Pero acabo de descubrir que estoy bien con que se casen.

—¿Y entonces qué es lo que te molesta tanto, conejita?

—No me molesta nada, solo que… —Hice una pausa—. Siento que no debería estar aquí.

Scott sonrió.

—Por eso he venido.

—A secuestrarme.

—A salvarte y llevarte al lugar donde deberías estar.

—¿Y dónde es ese lugar?

Antes de que él pudiese responder, el sonido de voces femeninas nos interrumpió. Reconocí a una de ellas a la perfección.

—Mierda, es Lora —mascullé—. Como entre al baño, estoy jodida.

—Esa boquita mal hablada tuya me pone muy cachondo.

Resoplé.

—¿No puedes hablar en serio ni en un momento como este?

—Yo siempre hablo en serio.

—Escóndete en uno de los habitáculos.

—Ni de puta coña. —Scott estiró su mano, rodeando mis caderas con ella—. Al final sí que te voy a secuestrar.

CAPÍTULO 17

Glenda

—¿En un barrio de mala muerte es el lugar donde debería estar? —le pregunté a Scott cuando aparcó el coche frente a un viejo edificio de cuatro plantas, no muy lejos del *pub* de Damiano.

Scott se quitó el cinturón de seguridad y, sin responderme, salió del coche. Me quedé dentro unos segundos antes de decidirme a salir; él me estaba esperando en la acera.

—Un caballero me habría abierto la puerta —me quejé, justo cuando él cerraba las puertas con el seguro central.

Scott me miró con arrogancia.

—No es un caballero lo que quieres, conejita.

—No hoy.

—Ni nunca.

No lo corregí. No lo hice porque empezaba a temer que Scott tuviera razón. Siempre había creído que la caballerosidad era indispensable en los hombres que me atraían. Me gustaba que fueran sofisticados y educados, pero empezaba a darme cuenta de que todo eso, en realidad, se me estaba haciendo aburrido, insípido.

Porque Scott era un maleducado, pero también era real. Tenía una oscuridad primitiva que me hacía vibrar.

Y eso era lo que necesitaba en esos momentos.

—¿Qué hacemos aquí, Scott? —espeté, cruzando mis brazos.

Scott arqueó una ceja, como si la respuesta fuera evidente.

—Ir a mi casa.

Mis ojos se posaron en el edificio de ladrillo rojo antes de volver a él.

—¿Tu casa?

—¿Qué esperabas? —Scott hizo bailar entre los dedos el llavero que sostenía en la mano derecha—. ¿Un ático con portero?

—No te pega un ático, pero esperaba… —Me detuve al darme cuenta de que, realmente, no esperaba nada específico, ya que nunca me había parado a pensar en dónde podía vivir Scott. Sin embargo, no tenía sentido que decidiera alojarse en un edificio tan viejo; no cuando podía que no supiera mucho de sus negocios, pero intuía que, como el segundo de Damiano, debía ganar mucho dinero. Desgraciadamente, a costa de aprovecharse del apellido de nuestra familia, el imperio de Damiano se estaba expandiendo cada vez más.

—¿Nunca te han dicho que es mejor no esperar nada?

—Si hiciera caso a lo que me dicen, me habría quedado en la fiesta de compromiso, no aquí.

El muy imbécil se rio y me guiñó un ojo.

—Vamos, princesita. Tu palacio te espera. —Hizo un gesto, una especie de reverencia burlona, señalando el portal.

No me moví. Apreté mis brazos alrededor de mi pecho con más fuerza mientras fruncía el ceño.

—Pensaba que había quedado claro que no era una princesita.

No sabía por qué me molestaba tanto que Scott me llamara de esa manera, cuando nunca había considerado que ser una princesa fuese algo malo. Pero no me gustaba la forma en la que pronunciaba esa palabra, ni que creyese que yo era una.

Y al ver la sonrisa de satisfacción que se dibujó en sus labios, me di cuenta de que él lo sabía y que acababa de caer en su provocación.

—Cierto. —Se golpeó la frente con la mano, como si realmente hubiera sido una equivocación—. Vamos a tu madriguera, conejita.

Rodé los ojos, pero cuando se dirigió al portal para abrir la puerta, lo seguí.

El portal de aquel edificio era de madera y cristal opaco, con una evidente abolladura en el panel inferior, como si alguien lo hubiera pateado con furia. Para mi sorpresa, la cerradura estaba rota, o al menos no funcionaba, ya que Scott no se molestó en usar una llave, sino que tiró de la manija y esta cedió con un chirrido.

—La seguridad de este edificio deja mucho que desear —me quejé.

—Tu preocupación por mí me pone muy cachondo.

Bufé.

—Estoy preocupada por mí, imbécil. Con lo problemático que eres, no tengo duda de que tienes miles de enemigos deseando matarte. Y si eres tan temerario para no tener protección, es tu problema, pero no quiero que me pille en medio de un fuego cruzado.

—Tranquila —dijo, abriendo ligeramente su chaqueta de cuero negra. Deslizó la mano bajo el brazo, y sus dedos se posaron sobre la empuñadura de la pistola que llevaba enfundada en la sobaquera —. No permito que me pillen por sorpresa.

Estaba acostumbrada a las armas y a que los hombres de nuestro alrededor portaran una casi todo el tiempo, por lo que que Scott llevara una no me sorprendió. Aunque sabía que era perfectamente capaz de defenderse por sí mismo, no pude evitar recordar aquella pelea. Y lejos de helarme la sangre, un fuego líquido recorrió mis venas.

—¿No hay ascensor?

—No, y vivo en el último. Pero si quieres, puedo llevarte en brazos.

—No es necesario —mascullé.

Idiota.

Comencé a subir los escalones, que encima eran empinados, tratando de no tropezar en la penumbra, ya que aunque en cada rellano había una bombilla, estas no iluminaban demasiado. Subir cuatro pisos con mis tacones de aguja no estaba en mi plan de la noche, y después del primer tramo, mis pies ya protestaban furiosamente. El elegante par de Christian Louboutin se sintió de repente como una tortura.

Scott iba dos escalones por delante, ajeno a mi sufrimiento. Sin pensarlo más, me detuve, me agarré a la barandilla con una mano para guardar el equilibrio y, con la otra, me quité rápidamente el primer tacón y luego el segundo. El sonido sordo al caer sobre la madera vieja hizo que Scott se detuviera.

Se giró, frunciendo el ceño, y me observó mientras yo cogía los zapatos y los sujetaba con las manos.

—¿Qué haces?

—Son zapatos muy caros. —Cualquier persona con un poco de gusto reconocería unos Louboutin, pero, por supuesto, Scott no tenía de eso—. ¿No pensarás que los voy a dejar en el rellano? —Pasé por delante de él.

—No me refería a eso, y lo sabes.

Por supuesto que lo sabía. En una situación normal, ni muerta me habría quedado descalza en un lugar como este. Pero esta no era una situación normal. Además, si Scott esperaba verme comportarme como una muñeca frágil, iba a llevarse una sorpresa.

Aunque, para ser sincera, no estaba completamente descalza; llevaba unas medias invisibles que no se veían con los zapatos cerrados, lo cual me daba una mínima capa de separación de la mugre de la escalera.

A pesar de que no podía verlo, sentí la mirada pesada de Scott vagando por mi cuerpo. No con esa ferocidad primitiva con la que acostumbraba a mirarme, sino con otro sentimiento que provocó que unas mariposas revolotearan en mi estómago.

Mariposas. En serio. ¿Qué me pasaba?

—Nunca dejas de sorprenderme, conejita.

Por primera vez, sus palabras no estaban acompañadas de esa burla constante. No eran un insulto, sino un halago. Y esas malditas mariposas comenzaron a volar con más fuerza.

Tratando de evadirme, continué andando hasta llegar al último rellano. La luz allí era tan tenue que apenas se distinguían las cuatro puertas del rellano. Scott pasó por mi lado, su gran silueta bloqueando la escasa luz, y se detuvo frente a la última puerta, la del fondo.

La madera de esta puerta, a diferencia de las otras, parecía reforzada con una chapa metálica de dudosa procedencia. Scott introdujo una llave en la cerradura.

Dejó la puerta abierta, esperando a que yo entrase.

El apartamento era sencillo, aunque no antiguo. A diferencia del vestíbulo y la escalera, que tenían un aire decadente, el interior estaba bien cuidado. Se notaba que las paredes habían sido pintadas recientemente.

Al entrar, Scott encendió la luz y me encontré directamente con un salón de concepto abierto. Los muebles eran básicos y prácticos, pero claramente nuevos: un gran sofá gris, una mesa de centro de madera sin adornos y un televisor plano de buen tamaño montado en la pared.

El espacio estaba impecable y funcional, pero completamente desprovisto de elementos decorativos, como si no pasase demasiado tiempo allí o no le importase. O, tal vez, no tuviese intención de quedarse demasiado tiempo.

El sonido de la puerta cerrándose detrás de mí hizo que me girara hacia Scott.

—Tienes razón, parece más una madriguera.

El piso se veía casi al completo sin necesidad de tener que moverme de la entrada.

La cocina estaba dentro del salón, separada por unas puertas correderas que ahora permanecían abiertas. Era pequeña. Y solo había una puerta más, que imaginaba que daba a la habitación principal, donde suponía que estaría también el baño.

—No necesito más espacio. —Scott lanzó un resoplido—. Aunque imagino que toda mi casa tiene el tamaño de tu habitación.

—Casi.

Scott chasqueó la lengua con suficiencia.

—Apuesto a que no podrías pasar aquí ni un día.

Deslicé mi mirada por el apartamento de nuevo. No estaba tan mal, aunque ciertamente yo estaba acostumbrada a una casa mucho más amplia, con jardín y piscinas. Sin embargo, la manera en la que Scott se dirigió a mí, con esa prepotencia y esos aires de superioridad, hizo que me girara hacia él y, con la barbilla bien alta, dijera:

—No pasaría ni dos horas en este cuchitril.

Scott se rio.

—Niñata mimada y consentida.

Di un paso hacia él, furiosa. Porque aquellas dos palabras provocaron que ira líquida recorriera mi cuerpo. Detestaba que Scott tratase de menospreciarme en cada oportunidad por el simple hecho

de que tenía dinero. Y más aún detestaba que lo que él pudiese opinar de mí me afectara.

Debería darme igual; sus palabras no deberían provocar nada más en mí que indiferencia. Pero no era así.

—¿Ahora soy una mimada y una consentida? ¿Por qué? ¿Por querer vivir en una casa donde tenga espacio suficiente para moverme?

—No, princesita. —Scott alargó las palabras a propósito, sabiendo lo mucho que me molestaba aquel apodo—. Eres una mimada y una consentida porque no eres capaz de valorar las cosas. Muchas personas en este edificio trabajan sin parar por un sueldo de mierda, con el que apenas pueden pagar un piso como este para ellos y sus hijos.

—¿Y yo tengo la culpa de eso? —pregunté, valorando la posibilidad de tirarle uno de los zapatos y, con suerte, abrirle una brecha con el tacón, pero los Louboutin no se merecían eso.

—Sí, claro que la tienes —respondió con convicción. Aquello era absurdo—. Despilfarras el dinero de tu familia en mierdas mientras miras por encima del hombro a los que trabajan para ganarse en dos años lo que tú gastas en unos zapatos.

Lancé los zapatos al suelo, que rebotaron sobre la madera con un golpe seco.

—Eres un hipócrita de mierda —espeté, dando otro paso hacia él—. Llevas el *pub* de Damiano, pero también te encargas de los negocios sucios. Ganas mucho dinero —Scott no lo negó—, pero sigues viviendo en un barrio pobre, en esta mierda de piso, porque eso hace que te creas superior a nosotros. Te da una especie de superioridad moral que no es más que ficticia, Scott. —Avancé otro paso más, quedándome frente a él. Tan cerca que podía inhalar su aroma a menta fresca y cigarrillos—. Porque no te confundas: eres igual que nosotros. Un rico de mierda más.

Scott no se parecía en nada a mi familia, no se parecía en nada a las personas de mi círculo, pero sabía que aquellas palabras desatarían su ira. Quería molestarlo, quería enfurecerlo, quería enloquecerlo. Y supe que lo conseguí en el instante en el que sus ojos, que eran como dos témpanos de hielo, se derritieron, dejando

tan solo oscuridad, mostrándome a la bestia que se escondía en su interior.

Scott agarró mi muñeca y tiró de mí hacia atrás, hasta que mi espalda chocó contra una pared. Me estaba acorralando, atrapando.

—No me parezco a vosotros. —Sus manos golpearon la pared con tanta fuerza que mi cuerpo tembló—. ¡No me parezco en nada!

Scott estaba derrumbándose; podía sentir cómo los últimos granos de autocontrol se desmoronaban al borde del abismo. Provocarlo era un juego peligroso, pero quería llevarlo al límite. Quería ir incluso más allá.

Porque deseaba verlo todo de él. Y porque estaba tan loca y tan rota por dentro como lo estaba Scott.

—Admítelo —provoqué, alzando mi barbilla y manteniendo su mirada—. Te gusta el dinero y te gusta el poder. —Scott era ambicioso. Lo era tanto como yo. Lo que no comprendía era por qué era tan malo para él reconocerlo, como si disfrutar del dinero fuera un pecado—. Te pone cachondo. —Bajé mi mirada hasta la dureza que estaba comenzando a sentir contra mi vientre.

Los ojos de Scott siguieron los míos y entrecerró los ojos.

—Pero eso no es por el dinero. Lo que me pone cachondo es discutir contigo.

No me dio tiempo a responder. Porque el espacio que quedaba entre nuestros labios desapareció violentamente. La boca de Scott se estrelló contra la mía con una ferocidad que me hizo perder mi propio control. El beso no era tierno ni prometedor, sino una descarga de la furia y el deseo que acabábamos de acumular. Me besó como si estuviera intentando callarme y castigarme al mismo tiempo.

Sus manos se aferraron a mi cintura y su cuerpo me presionó firmemente contra la pared. Le correspondí con la misma rabia, abriendo la boca bajo la suya y enredando mis dedos en su nuca, intentando tirar de él y acercarlo aún más.

Scott rompió el beso por un segundo, solo para atrapar mi labio inferior con los dientes mientras gruñía una orden que no entendí, ni me importó entender. Sin soltarme, me levantó en el aire y me cargó

sobre su cadera; mis piernas automáticamente se enrollaron alrededor de su cintura.

Scott se movió con determinación, recorriendo los pocos metros que separaban el salón de un pasillo corto y oscuro. Me empujó a través de la única puerta que había en la estancia.

Sabía adónde me llevaba y lo que íbamos a hacer. Debería pararlo, pero no quería. Estaba destinado a suceder; lo había deseado desde que me fui con él de la fiesta de compromiso de Lora. Lo había sabido desde la primera vez que nos besamos.

Escudriñé la estancia rápidamente. La habitación, como el resto de la casa, apenas tenía decoración y no era muy grande. Tan solo un armario, una mesilla y la cama en la que estaba tumbada. Me fijé en la puerta medio abierta que, como imaginaba, daba al baño.

Scott caminó conmigo hasta que el borde de un colchón rozó la parte superior de mis muslos y luego mi espalda se encontró con la superficie blanda. Me recosté en la cama, esperando que él se colocara encima de mí, pero, en cambio, dio unos pasos hacia atrás.

Permaneció de pie, observándome con intensidad. Su expresión había cambiado ligeramente; la lujuria seguía bailando en sus ojos, pero había algo más, una especie de preocupación inesperada que no entendí.

¿Se estaba arrepintiendo? ¿Iba a echarse atrás?

—¿Eres virgen?

La pregunta hizo que me incorporara, sentándome sobre el colchón. Y, tan absurdo como pudiera parecer, pude sentir una ola de alivio instantáneo recorriendo mi cuerpo. Porque Scott no estaba arrepentido.

—¿Por qué piensas que lo soy?

Scott arrugó el ceño. Me di cuenta de que le molestaba que no le hubiera respondido directamente. Aun así, contestó a mi pregunta.

—Las familias como la tuya ven a sus mujeres como mercancía y se aseguran de que la mercancía no esté dañada.

—¿Crees que una mujer que no es virgen está dañada? —espeté con furia.

Estaba acostumbrada a ese pensamiento. Nuestro mundo era muy machista; las familias más conservadoras les hacían una prueba a las mujeres antes de casarse para comprobar que su virginidad estaba intacta. Como si ser virgen aumentara tu valor como mujer, como si eso tuviera algún tipo de importancia.

Había creído que Scott era diferente. Aunque ¿de qué me sorprendía a esas alturas? Todas las personas de mi alrededor me decepcionaban; si es que era una estúpida. Esperaba demasiado de la gente.

—Por supuesto que no creo esa gilipollez, Glenda —respondió con rapidez, ofendido—. Pero ¿y tu hermano?

Lo cierto era que probablemente lo pensase; sin duda mi padre lo haría. Pero también era cierto que, aunque era una norma no escrita que deberíamos reservarnos para nuestros futuros maridos, rara era la mujer de mi generación que lo hiciese. Y hacía décadas que en nuestra familia habían sido erradicadas tradiciones en las que se comprobaba la virginidad de la novia en su noche de bodas.

Algunos hombres seguían esperándolo. Eso mientras ellos podían acostarse con quien quisieran. Era indignante.

—¿De verdad quieres hablar de mi hermano ahora?

—No has respondido a mi pregunta, Glenda —demandó.

Me levanté despacio de la cama y me puse de pie frente a él. Alcé una mano hacia mi espalda y, con un gesto lento y deliberado, bajé la cremallera del vestido. El sonido suave del cierre deslizándose pareció resonar en la habitación. Dejé que la tela cediera poco a poco, resbalando por mis hombros y siguiendo la línea de mi cuerpo hasta caer al suelo con un leve susurro.

Debajo llevaba un conjunto de lencería de encaje rojo que apenas cubría lo esencial. Sentí el aire rozar mi piel recién expuesta y, sobre todo, sentí cómo su mirada se volvía más intensa, más pesada, recorriendo cada centímetro de mi cuerpo con voracidad.

Estaba acostumbrada a obtener la atención de los hombres. La mayor parte de las mujeres de nuestro mundo lo hacíamos, porque era el mejor arma que podíamos tener. Pero ningún hombre me había mirado antes como lo hacía Scott. Con ese deseo crudo, esa

necesidad primitiva, como si fuera lo único que anhelara en el mundo.

Como si fuera capaz de matar por tenerme.

—¿Acaso importa si lo soy o no? —Con un gesto rápido, desabroché el sujetador. Con un toque de descaro, se lo lancé a Scott, y la prenda quedó colgada sobre su hombro derecho, pero él apenas prestó atención, porque sus ojos estaban fijos en mis pechos.

—Joder, conejita —masculló con los dientes apretados.

Se estaba conteniendo para no lanzarse sobre mí. Y eso hizo que deslizara mis manos por la tela de la única prenda que me quedaba y tirara de ella para deslizarla por mis piernas y que quedara arremolinada junto al vestido.

—No sé por qué te preocupa —avancé unos pasos hasta quedarme frente a él—, pero puedes estar tranquilo. No soy virgen.

Los hombros de Scott se hundieron levemente, como si se sintiera aliviado por mi confesión, y el sujetador cayó al suelo. Scott no era un caballero, y mucho menos el tipo de hombre al que que yo fuera virgen le haría detenerse si yo estaba segura. Entonces ¿por qué parecía importarle tanto?

Había una pieza del puzle que no acababa de encajar, pero no pude pensar demasiado en ello porque, detrás de ese alivio, pude ver el incendio que se desató en sus ojos.

—Vas a olvidarte de cualquier hombre que hayas conocido antes. —Scott rodeó mi cintura con su mano, acercándome a él. El contacto de mi piel desnuda con su ropa encendió una chispa inmediata. Podía sentir el calor de su cuerpo a través de la tela.

—Mucha promesa, pero pocas acciones. —Tan solo era una provocación, porque estaba segura de que Scott no mentía. Porque ni siquiera nos habíamos acostado y el único hombre en el que podía pensar era en él—. Aún ni siquiera te has quitado la ropa.

Scott sonrió, un destello peligroso brillando en sus ojos, y no esperó una invitación formal. Sus dedos se soltaron de mi cintura y fueron directos a la hebilla de su cinturón. El sonido metálico cortó el silencio, seguido por el suave zumbido al abrir su pantalón.

En segundos, la tela de su camisa, sus pantalones y su ropa interior se unieron a la pila en el suelo, dejándonos piel con piel. El calor que antes sentía a través de la tela se convirtió en un fuego directo que me consumía, intenso y abrasador.

Ni siquiera pude admirar su cuerpo desnudo, porque me levantó en sus brazos con la misma facilidad con la que se había desvestido, y me sostuvo contra su pecho mientras retrocedía hacia la cama. Un segundo después, mi espalda tocó la suavidad del colchón. No me dio tiempo a reaccionar, porque su peso y su cuerpo ya estaban sobre mí, cubriéndome.

No hubo preludio largo. Sus labios encontraron los míos en un beso desesperado que sabía a urgencia y a la tensión acumulada.

De repente, se separó un instante. Alcanzó el cajón de su mesilla con un movimiento rápido y sacó un preservativo. Se lo colocó con una eficiencia que me cortó la respiración, un acto tan mundano como intensamente sexual.

No era una mujer celosa, pero una fea punzada de inquietud me asaltó. ¿A cuántas mujeres había traído a esta cama? ¿Cuántos preservativos quedaban en esa caja?

Pero Scott consiguió evaporar todas mis preocupaciones y preguntas silenciosas en el instante en que entró en mí. El impacto fue tan intenso y rápido que me hizo arquear la espalda y agarrar las sábanas con desesperación.

Scott era tan salvaje como esperaba. No había palabras dulces ni caricias, porque no era lo que ninguno de los dos queríamos. Sus caderas empujaban hacia mí con fuerza, a la vez que enterraba mis uñas en su espalda. La sangre se deslizó bajo mis dedos y pude sentir cómo él se endurecía en mi interior.

A Scott le gustaba el dolor tanto como a mí. En ese instante me di cuenta de que él debía de estar tan roto como yo. Porque, cuando estás tan destrozado por dentro, cuando has sufrido tanto, el dolor se convierte en la única compañía que reconoces, lo único que te hace sentir vivo.

Sus dientes rozaron la piel caliente de mi hombro y un gemido brotó de mi garganta. No me avergoncé, no me inhibí, porque sabía que Scott no esperaba nada de mí. A él no le interesaba mi apellido;

lo único que le atraía de mí era todo lo que me hacía diferente a mi familia. Con él, podía ser yo.

El clímax vino igual que mi atracción con Scott: sin esperarlo, devastador e impactante. Me hizo ver las estrellas, sentir fuegos artificiales y todas esas cosas cursis que les había escuchado decir a las que creían que eran mis amigas cuando habían tenido sexo con un chico. Había pensado que era mentira, que tan solo eran exageraciones, pero tal vez el problema era que yo no había estado con el hombre correcto.

Porque Scott no había mentido. Tan solo un par de embestidas y no solo me había hecho olvidar a todos los hombres con los que había estado, sino que también me haría olvidar a cualquiera con quien pudiera estar en el futuro. Estaba completamente arruinada; el sexo nunca volvería a ser lo mismo con otro que no fuera él.

Scott terminó unos instantes después con un gruñido gutural. Sus labios se posaron con suavidad sobre mi frente pegajosa antes de salir de mi interior y tumbarse a mi lado.

—Nunca me digas quién más ha entrado en tu dulce coño —susurró, con una seriedad que helaba la sangre—, porque te juro que lo degollaré vivo.

No hacía falta que jurara.

Sabía que Scott hablaba en serio. Podía ver la demencia en su mirada, sentirlo en cada poro de mi piel.

—Esa posesividad no es nada atractiva, Scott.

Mentira. Debía de estar tan loca como él, porque lo cierto era que a una parte escondida y oscura dentro de mí le gustaba. Había algo en su advertencia brutal que encendía una fibra primitiva en mí.

—Eso no la hace menos real —me advirtió—. Ahora que te he follado, no voy a permitir que nadie más lo haga. Eres mía, Glenda.

Tiró de la sábana para cubrirnos a ambos. Su brazo rodeó mi cuerpo desnudo y me atrajo hacia él, pegándome a su lado. Apoyé mi cabeza en su pecho.

Aunque debía corregirle, no lo hice. Scott y yo no éramos nada; apenas unos amantes efímeros. No tenía derecho a hacer una exigencia tan absoluta. Sin embargo, en lugar de recordarle que no tenía ese poder sobre mí, me quedé callada. La verdad incómoda

era que esa declaración, ese instinto territorial, me provocaba una satisfacción secreta y profunda.

Me gustaba ser suya. Me gustaba serlo dentro de esas cuatro paredes, en nuestra fantasía secreta. A pesar de que cuando saliese de su apartamento ya no lo fuera más, a pesar de que no volviese a volver a verlo.

—Mi familia no me ha ayudado con mi negocio de catering. —Las palabras se deslizaron por mis labios antes de que pudiese procesarlas—. Al principio, mi padre no me lo permitió porque él no quería que yo trabajase. Siempre creyó que para lo único que servimos las mujeres es para tener hijos. Por alguna razón, unas semanas después me lo permitió. Pero me negué a usar su dinero, no quería que controlase mi negocio. Usé el dinero que mi madre había metido en mi cuenta del banco cuando era pequeña, un dinero que heredó de sus padres y que ella quería que yo usase para algo bueno. No era demasiado, pero sí suficiente para empezar. Mi negocio sigue adelante solo con el dinero que genero, no uso el de la familia para ello. Quiero que el catering prospere fruto de mi esfuerzo, nada más. Quiero que donde quiera que esté mi madre, se sienta orgullosa de mí.

No sabía por qué le estaba contando eso. No se lo había contado a nadie, todos daban por hecho que usaba el dinero de la familia, que era solo un capricho de niña pija. Pero, por alguna razón ,quería que lo supiese.

Scott sujetó mi barbilla con el dedo y la levantó.

—¿No vas a dejar de sorprenderme nunca? —me preguntó.

—Ya ves —le respondí con una sonrisa.

El acercó su boca a la mía y me dio un tenue beso.

—Debería irme.

Scott se incorporó y apoyó los codos sobre la almohada.

—Quédate esta noche.

Aquello, más que una orden, sonó como una petición. Y, por un instante, al verlo con esa expresión suave y relajada, estuve a punto de ceder y quedarme. Porque, en esos momentos, no había nada que desease con más fuerza que quedarme a dormir con él.

Pero no lo hice. Porque eso tan solo alargaría una fantasía que estaba destinada a acabar. Y cuanto más durase, más dolería.

—No puedo, Scott. Mi hermano se estará preguntando dónde estoy.

—Claro, no puedes decirle que estás conmigo.

Por primera vez, me pareció atisbar un hilo de vulnerabilidad en su voz.

—Por supuesto que no puedo, Scott. ¿Acaso tú quieres que se entere?

Scott no respondió de inmediato. Me miró en silencio con intensidad y una expresión indescifrable. Si hubiera podido dar toda mi fortuna para poder leer sus pensamientos, lo hubiera hecho. Porque, en momentos como ese, no era capaz de comprenderlo.

—No —contestó al final.

Y, a pesar de que esa era la respuesta que esperaba, la respuesta correcta, mi estómago se hundió con una inexplicable decepción. ¿En qué narices estaba pensando? Si Mauro descubriese que me había acostado con Scott, me encerraría en casa hasta asegurarse de que me casaba con Michele o cualquier pobre diablo que él considerase beneficioso.

Explotaría todo por los aires. Mauro no solo se enfadaría conmigo, sino que sería capaz de ordenar que matasen a Scott. Y aunque eso podría desatar una guerra con Damiano, algo que llevaba buscando durante años, me di cuenta de que no era lo que quería.

No así.

—Es mejor que me vaya ya. —Esbocé una sonrisa que no llegó a mis ojos—. Si no duermo en casa, enviará a sus hombres a buscarme.

Sin esperar una respuesta de Scott —y sin atreverme siquiera a mirarlo, porque sabía que, si volvía a pedirme que me quedara, lo haría—, me levanté de la cama. Recogí la ropa del suelo y me dirigí al baño integrado en la habitación. Era pequeño, funcional, reducido a lo imprescindible: un lavabo y una ducha.

Cuando salí del baño, Scott no estaba en la cama ni había rastro de él en la habitación. Al girar el pomo para salir, algo se movió en la

penumbra. Una sombra anaranjada saltó desde la esquina del armario directamente hacia mí.

El impacto fue ligero, pero el susto me hizo dar un brinco.

—¡Aaaah! —grité, un sonido agudo que se ahogó en mi garganta, y retrocedí instintivamente.

Era un gato. Uno de pelaje rojizo con manchas blancas y un ojo de cristal que brillaba de forma extraña bajo la luz tenue. Me observó con una calma insolente mientras se equilibraba un segundo sobre mis hombros, antes de saltar al suelo con elegancia. Luego se frotó contra mis piernas, como si acabara de decidir que yo merecía su atención.

Scott entró en la habitación solo en calzoncillos.

—Jengibre, te estaba buscando. —Colocó los brazos a cada lado de sus caderas—. Te he dejado la comida en tu plato, en la cocina, donde deberías estar.

¿Quién llamaba Jengibre a su gato?

—No sabía que tenías un gato —reproché. Me lo podría haber comentado antes de entrar, aunque ciertamente tampoco habíamos tenido mucho espacio para hablar—. Casi me mata del susto. —Retrocedí un paso para apartarme de él, pero el animal volvió a acercarse a mí—. No es nada personal, amigo, pero prefiero que mantengamos un espacio entre nosotros. —El gato ladeó levemente la cabeza y me miró con los ojos brillosos más suplicantes que había visto nunca—. Pero no me mires así… Tienes que entenderlo. —El gato maulló y yo suspiré—. Vale, te puedes frotar en mis piernas, pero solo un poco.

Jengibre pasó su cuerpo alrededor de mis tobillos y yo me agaché para acariciar su pelaje con cuidado. Mis escasas experiencias con los gatos no eran precisamente agradables, pero el animal ronroneó, feliz por mis atenciones.

—Vaya, parece que le gustas —comentó Scott.

—Pareces sorprendido —me incorporé—. Yo le gusto a todo el mundo.

Scott se rio.

—Jengibre le tiene miedo a las personas. Lo maltrataron antes de que lo acogiera. No se deja acariciar por nadie que no sea yo. Ni

siquiera se lo permitía a Paola.

—Paola. —El nombre se sintió extraño en mis labios. A pesar de que era la primera vez que lo pronunciaba, tuve la sensación de que no sería la última vez que lo haría—. ¿Quién es Paola?

La expresión de Scott se endureció. Sus músculos se tensaron y esa calidez que había acompañado sus ojos durante la última hora fue sustituida por una oscuridad vacía.

—No importa, está muerta.

No sabía quién era, pero desde luego que importaba. Era una persona importante para él, pero sentí que debía respetarlo. Si Scott no quería compartirlo conmigo, no lo presionaría.

Todos teníamos nuestros propios demonios. Eso era algo que yo sabía mejor que nadie.

—Será mejor que coja un taxi. —Recogí mi bolso y mis zapatos, que se encontraban en la sala, y me marché de la casa de Scott sin mirar atrás.

Lo que había sucedido dentro del piso de Scott no había sido más que una fantasía, una que estaba destinada a terminar antes de haber comenzado siquiera. Y, aunque había estado bien, debía regresar a mi vida.

Una vida llena de privilegios y una vida que, a pesar de todo el sufrimiento y las obligaciones, siempre había creído querer. Sin embargo, mientras atravesaba el descansillo del apartamento de Scott, me sentí vacía. Más vacía de lo que me había sentido nunca.

—Hasta pronto, conejita —la profunda voz masculina reverberó por el hueco de las escaleras.

Y aquella estúpida promesa me hizo sonreír.

Definitivamente, estaba arruinada.

CAPÍTULO 18

Glenda

Podía contar con los dedos de una mano las veces que había puesto un pie en el imponente edificio donde mi hermano tenía las oficinas centrales y los laboratorios de su empresa farmacéutica. Y en ninguna de esas ocasiones, como sucedía en ese momento, había acudido por propia iniciativa.

Mauro me había llamado al móvil y me había exigido que me reuniera con él aquí. Subí en el ascensor privado hasta la última planta, donde tenía su despacho de mármol y cristal, con vistas a toda la ciudad.

Si no fuese porque hacía varios días que me había escapado con Scott de la fiesta de compromiso de Lora, hubiese pensado que tal vez nos había pillado. Aunque era una tontería pensar que mi hermano me haría ir al único lugar donde sus negocios eran legales; o todo lo legales que podían ser.

Porque Mauro no iba a usar una simple lavandería en un barrio cutre para lavar dinero; no, él era mucho más sofisticado que todo eso. O tal vez, simplemente, más inteligente de lo que lo había sido mi padre. Mauro estaba construyendo su imperio sucio bajo el amparo de una fachada corporativa brillante.

Las puertas del ascensor se abrieron con un suave *ding*. Recorrí el pasillo y, cuando entré en la antesala, la secretaria, a la que no conocía, me saludó como si supiese perfectamente quién era yo, y probablemente era así.

—El señor Mancini la está esperando.

—Gracias.

Abrí la puerta del despacho. Mauro estaba sentado tras la mesa de cristal de su escritorio, mirando la pantalla del ordenador. Era muy diferente al despacho que tenía en casa.

—Siéntate, Glenda —me dijo como saludo.

—Yo también me alegro mucho de verte, Mauro —respondí con sarcasmo, a la vez que cerraba la puerta tras de mí.

Como siempre sucedía, no se inmutó. A veces me preguntaba si era así de imperturbable o se esforzaba por ello.

Dejó de observar la pantalla para mirarme a mí.

—Siéntate —ordenó, señalando una de las dos sillas de cuero frente a él.

Como siempre, iba ataviado con un traje a medida, aunque se había quitado la chaqueta.

—Prefiero quedarme de pie.

Mauro alzó una ceja, una con la que quería dejarme claro que mis tonterías no le afectaban.

—Te he pedido que vengas…

—No me lo has pedido, me has obligado —lo corregí—. Te agradecería que fueses breve, porque tengo bastante prisa. Estoy muy ocupada.

Mauro me miró fijamente. Se reclinó en su silla, cruzando los dedos sobre la superficie lisa de la mesa de cristal.

—Eso he escuchado. Que últimamente estás muy ocupada.

Sus palabras provocaron que me quedase helada. Mi hermano era muy inexpresivo, demasiado para saber si estaba enfadado o no, aunque lo cierto era que nunca lo había visto alegre. La mención de mi ocupación sonó demasiado intencional. ¿Sabía lo de Scott? No, él no podía saberlo.

O tal vez alguna de mis amigas había ido con algún cuento.

—¿Ahora te dedicas a escuchar los cotilleos de las mujeres? —pregunté.

Mauro frunció el ceño.

—Me estaba refiriendo a tu empresa de catering. Tienes muchos encargos últimamente. —Hizo una breve pausa, apoyando las manos sobre la mesa—. ¿A qué creías que me refería?

—A nada —respondí con rapidez; tal vez, demasiada—. Si me has hecho llamarme para preguntarme si he cambiado de idea respecto a mi compromiso con Michele, que sepas que no lo he hecho —cambié de tema a uno más seguro.

—No necesito tu permiso para comprometerte, Glenda. —Aquellas palabras no me sorprendieron y, desgraciadamente, tenía razón—. Pero no, no te he llamado para eso.

—¿Entonces para qué me has llamado? —pregunté con impaciencia.

Mauro me miró fijamente. Una sonrisa fugaz y afilada apareció en sus labios; una rareza.

—La farmacéutica ha tenido un año excepcional. Sus acciones se han revalorizado en bolsa un veinte por ciento más de lo esperado.

—Felicidades. —Rodé los ojos—. Y ahora que me has dado las buenas noticias, me voy.

Me giré para marcharme, pero Mauro me detuvo con sus palabras.

—Ya cuando eras una niña tu sarcasmo me parecía predecible y débil. Veo que eso no ha cambiado con la edad, Glenda. Y sabes que no he terminado. —Lentamente, me volví hacia él—. Vamos a dar una fiesta para celebrar el incremento en la valoración bursátil. Quiero que tu empresa de catering se encargue del evento.

De todo lo que podía decir, aquello era lo que menos me esperaba. Mauro nunca se había interesado por mi empresa; a veces, dudaba que ni siquiera se acordara de que la tenía.

—Lo siento, ese día ya lo tenemos ocupado.

Mauro entrecerró los ojos y atrapó la lengua entre los dientes, como si la conversación le estuviera aburriendo. Pero lo conocía lo suficiente para saber que mi hermano estaba analizando cada gesto, cada palabra mía. Y eso hacía que me inquietara más.

—No te he dicho el día, Glenda.

—No estoy interesada, Mauro.

—Muy bien, como quieras —contestó, con una calma que me pareció infinitamente más peligrosa que su ira.

Sabía que su fiesta sería una oportunidad de oro para mi empresa de catering. Pero me parecía sospechoso que contase conmigo cuando nunca antes lo había hecho. No era tan crédula como para creer que era un acto desinteresado o que repentinamente confiaba en mi talento. Mauro tramaba algo y no

pensaba participar en lo que fuese que estuviese pasando por su cabeza.

—¿Ya me puedo ir? —pregunté con retintín, cruzando los brazos encima del pecho y dando pequeños golpecitos en el suelo con mi pie derecho.

—Eso es todo, sí —Mauro hizo un gesto con la mano, pero antes siquiera de que pudiera girarme, añadió—: Llama a Gastone. Está preocupado por ti.

Aquellas palabras no sonaron como un hermano preocupado. Fueron casi una orden, y tan frías como quien habla del tiempo.

—¿Ahora te llama a ti para pedirte ayuda?

Durante las últimas semanas, Gastone me había llamado varias veces, pero no le había cogido. Ni tampoco había respondido a ninguno de sus mensajes. La única razón por la que no le bloqueaba era porque una parte de mí temía que alguno de sus intentos de contactar conmigo fuera una emergencia y no poder estar ahí para él.

Seguía enfadada con Gastone. No, no solo estaba furiosa, estaba dolida. Mi hermano pequeño había roto mi corazón en mil pedazos, había traicionado mi confianza, y lo último que me apetecía era hablar con él. Necesitaba espacio.

—Gastone está aprendiendo la lección —respondió Mauro—. Y está empezando a comportarse como lo que es: uno de mis hombres.

—¡Es tu hermano, Mauro! —exploté—. ¡Gastone no necesita al don, necesita a su hermano mayor! —Ambos lo hacíamos.

—Soy el don de la familia, Glenda —pronunció aquellas palabras como si fueran explicación suficiente para todo.

—Pero también eres hermano y eres hijo, Mauro. Tenías una madre que hubiera dado la vida por ti. Que la hubiera dado por cualquiera de nosotros tres. —Mordí mi labio inferior—. Ni siquiera sé por qué lo intento, siempre te hemos importado una mierda. Lo mejor será que me vaya.

Por un instante, vi en los ojos verdes de Mauro más que esa calma inquietante que solía acompañarlos. Por primera vez, sentí

que estaba llegando a él. Hasta que mis esperanzas se evaporaron en el instante en el que habló.

—Cierra la puerta al salir.

Me di la vuelta y la cerré con un portazo, algo que sabía que le molestaría profundamente. Suspiré. La secretaria me observaba con la boca abierta, pero la cerró y volvió a centrar su atención en la pantalla de su ordenador cuando la asesiné con la mirada.

Aunque, en realidad, estaba enfadada conmigo misma porque seguía molestándome la indiferencia de Mauro hacia mí. Algo que, a esas alturas, debería darme igual. Debería haberme vuelto inmune.

En vez de ir al ascensor, cogí el otro pasillo, el que, si no recordaba mal, llevaba a los baños. Necesitaba un momento para recomponerme, mojarme la cara y retocarme el maquillaje. No podía bajar de ese edificio pareciendo una víctima. La primera puerta que vi estaba cerrada con llave. Abrí la segunda con cautela y me di cuenta de que se trataba de un pequeño cuarto de limpieza, apenas iluminado por una ventana alta con un cristal esmerilado que impedía ver el exterior.

Iba a cerrar la puerta para seguir buscando el baño cuando unos brazos fuertes se cerraron alrededor de mi cintura y mi boca fue cubierta al instante por una mano. El shock me atravesó. Intenté gritar, pero solo conseguí un gemido ahogado. Mi cuerpo reaccionó por instinto; hundí mi codo hacia atrás con todas mis fuerzas, buscando el pecho o el estómago de mi atacante.

Una mano me agarró la muñeca, inmovilizándome. El atacante me empujó hacia el interior mientras cerraba la puerta de golpe. Me encontré con la cara aplastada contra la pared, el fresco de los azulejos en mis mejillas, y el cuerpo firme y peligroso de mi atacante presionándome desde atrás.

Justo cuando reuní la fuerza para darle un pisotón, una voz profunda y ronca susurró en mi oído.

—Te he atrapado, conejita.

Mi corazón, que latía desbocado por el pánico, dio un vuelco. Esa voz… Era Scott. El alivio se mezcló instantáneamente con una furia ardiente. Me relajé, dejando de forcejear, y Scott retiró lentamente la mano de mi boca.

Y yo aproveché para deshacerme de su agarre y girarme para confrontarlo.

—¡Scott! ¿Estás loco? —siseé.

—Debo estarlo, sí —dijo con su boca a pocos centímetros de la mía, su voz un murmullo ronco que me erizó la piel—. Porque salía del ascensor con Damiano para reunirnos con tu hermano cuando te he visto cruzar el pasillo y no he podido evitar ir tras de ti. Me tienes trastornado, conejita.

No me dio tiempo a responder. Se inclinó el último medio centímetro y su boca se encontró con la mía. Fue un beso rápido, pero cargado de la tensión reprimida que siempre existía entre nosotros: exigente, hambriento y peligroso. Me tomó por sorpresa, pero mi cuerpo, traidor, respondió antes de que mi mente pudiera registrar la imprudencia del momento. O tal vez esa imprudencia era lo que más loca me volvía. Scott era temerario e imprudente, y yo estaba empezando a ser igual que él.

—Debería irme —susurré cuando el beso se rompió.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que tu hermano nos pille y se dé cuenta de que su querida hermanita no es tan perfecta?

Me contuve para no soltar una carcajada, sintiendo la ironía del comentario.

—A Mauro le importo una mierda, Scott. Se preocupa más de sus camisas que de mí.

Scott juntó las cejas, luciendo genuinamente sorprendido.

—Pensaba que teníais una buena relación.

—Pensabas mal —respondí con frialdad—. No me conoces.

Scott ignoró mi frialdad, acercando su boca a mi oreja hasta que su voz se hizo un susurro íntimo.

—Conozco tu coño —susurró, con un tono que prometía obscenidad y placer—. Y tú conoces mi polla. Ese es un punto de partida mucho más honesto y real que cualquier otra cosa.

Me estremecí, no de rechazo, sino por la electricidad que siempre generaba esa cercanía. Le empujé y él dio un paso atrás. Me separé de la pared, aunque no había mucho espacio. No lo hice porque me molestase, sino porque sabía que si seguía allí terminaría acostándome con él, en un cuarto de la limpieza en la empresa de

mi hermano. Y eso era demasiado arriesgado, por muy tentador que sonase.

—Tengo que irme.

—Espera, conejita. —Scott me detuvo rodeando mi brazo con su mano—. Dame tu número de teléfono.

¿Mi número de teléfono? Aquello fue una petición inesperada.

—Apunta.

La sonrisa de satisfacción que se dibujó en su rostro hizo que algo dentro de mí se revolviera, pero le di el número de teléfono.

—Apunta tú el mío —me dijo.

—No tengo mi móvil aquí, me lo he dejado olvidado en casa. Llámame esta noche.

En la cara de Scott se dibujó una sonrisa, una mezcla de picardía y exasperación. Levantó su móvil, ya desbloqueado.

—Te hago una perdida. Así, cuando llegues a casa, metes mi número en tu agenda.

No me moví, esforzándome para que mi cara no mostrara nada. Scott tecleó rápidamente y se llevó el teléfono a la oreja, con el altavoz bajo.

—¿No son demasiados tonos para una perdida? —pregunté cuando vi que no colgaba pero él no se molesto en contestarme. Solo habló cuando le cogieron la llamada.

—Hola, ¿Glenda? —saludó, con un tono burlón y seductor. —Al otro lado se escuchó un tono de voz femenino, pero no pude distinguir las palabras. La expresión de Scott se tornó divertida—. No, tú no eres mi conejita —dijo, y se giró un poco, dándome la espalda deliberadamente, como si la conversación le interesara más que yo. —Hizo una pausa, riendo entre dientes con la desconocida —. Mmm... así que quieres serlo, ¿eh? ¿Y qué harás para conseguirlo?

—¡Ya vale, Scott! —espeté, molesta.

¿Estaba ligando con una desconocida por teléfono? ¿Delante de mí?

Él cortó la llamada, guardó el móvil y se giró para mirarme, la diversión brillando en sus ojos. Se acercó de nuevo, acorralándome contra los azulejos.

—Celosa —murmuró, su aliento acariciando mi cuello.

—Para nada —respondí rápidamente, sintiendo que el calor subía a mis mejillas.

Scott soltó una risa gutural y sexy. La vibración llegó a través de su pecho hasta el mío.

—Claro que lo estás. Por cierto, sabía que ese no era tu número. He llamado a atención al cliente de mi compañía, pero he colgado antes de darme la vuelta. Tú eres la única conejita que quiero atrapar.

—¿Cómo lo sabías?

—Eres muy mala mentirosa, Glenda.

No tuve tiempo de replicar. Se acercó un poco más y, antes de que pudiera anticiparlo, sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja. Un escalofrío me recorrió la piel, dejándome momentáneamente fuera de juego. Noté su cercanía, su respiración, cómo mi atención se centraba solo en eso.

Cuando se apartó, tardé un segundo en darme cuenta de que algo había cambiado. Entonces vi mi móvil en su mano.

Me lo tendió con total naturalidad.

—Graba mi número y hazme una pérdida.

Parpadeé, todavía intentando recomponerme.

—¿Y si no quiero?

Sonrió, como si la idea le divirtiera.

—Entonces tendré que conseguir tu número de otra manera. Quizá alguna de tus amigas sea más colaboradora.

Puse los ojos en blanco. Le quité el móvil de la mano, apunté su número mientras me lo dictaba y, sin mirarlo, le hice una pérdida.

—Gracias, conejita —dijo con una dulzura poco típica de él. Se inclinó y me dio un suave beso en los labios—. Esta noche te escribo.

Se giró para marcharse.

—No me gusta el sexo telefónico.

Scott se rio con esa maldita risa que me enloquecía. Giró la cabeza para mirarme.

—Conmigo te gustará, conejita.

Después se marchó, cerrando la puerta detrás de él.

Debía estar loca para haberle dado mi número a Scott. Se suponía que debía ser algo pasajero, algo de una sola noche.

Y lo peor de todo era que no me arrepentía en absoluto de haberlo hecho.

CAPÍTULO 19

Scott

—¿Se puede saber por qué cojones has tardado tanto? —me preguntó Damiano en cuanto regresé.

Me estaba esperando fuera del despacho de Mauro, con los brazos cruzados, visiblemente irritado.

—Pensaba que solo tenía que ir al baño para mear, pero he tenido un apretón —mentí, frotándome la nuca con despreocupación.

Damiano puso los ojos en blanco y me hizo un gesto con la mano para que entrásemos.

—Vamos, nos están esperando.

Lo cierto es que no había mentido del todo sobre la urgencia del baño. Después del encuentro con Glenda en ese diminuto cuartucho de limpieza, la presión no era precisamente intestinal. Mi polla necesitaba atención o, de otra manera, hubiesen notado la erección en mis pantalones ajustados. Pero había tardado poco. Había sido muy rápido; solo pensar en Glenda, acorralada y furiosa contra los azulejos, ya conseguía que terminase.

Cosimo Romano ya estaba allí, sentado en uno de los sofás de cuero, con esos ridículos tirantes que siempre llevaba por encima de la camisa. Mauro, detrás de su escritorio, lucía la tranquilidad de siempre. Si supiese lo que su hermana y yo habíamos estado haciendo delante de sus narices, no estaría tan tranquilo. O tal vez sí. Glenda estaba muy segura de que su hermano no se preocupaba por ella.

Joder, había visto el dolor en sus preciosos ojos verdes. Quería matar a ese hijo de puta desde hacía meses, pero ahora quería matarlo más lentamente.

Mierda, no podía dejar que Glenda me afectase de esa manera. Ella solo era un medio para un fin.

—¿No te encontrabas la polla y por eso has tardado tanto en mear? —me provocó el gilipollas de Cosimo.

—Cuando te rompa la boca no vas a ser tan gracioso —respondí, y este levantó las manos en señal de paz, con una sonrisa de imbécil en su rostro.

Damiano me agarró del brazo y tiró de mí hasta el sofá blanco. Él se sentó y me hizo un gesto para que me sentase a su lado. No quería, pero tal vez era lo mejor, porque, si estaba de pie, era posible que sacase la pistola y matase a esos dos gilipollas.

—He hablado con Martínez —comenzó Mauro—. Está contento porque todo ha salido bien.

Habíamos usado las rutas seguras de Mauro y su zona en el puerto para la droga. No había pedido una comisión, pero eso no significaba que no se lo estuviese cobrando de otra manera.

—Mi padre se alegra de que haya quedado claro que ni Damiano ni nosotros tuvimos la culpa de la redada de la otra vez —dijo Cosimo, estirando las piernas.

—Ha quedado claro que nosotros no tuvimos nada que ver —lo corregí—, pero vosotros quisisteis cargarnos el muerto.

Cosimo abrió la boca para responderme, pero Mauro hizo un gesto con la mano, impidiéndoselo.

—Lo importante es que todo ha salido bien. Y espero que siga así, porque no quiero tener problemas con Martínez.

—No los tendrás —le aseguró Damiano—. Pero no hay ninguna razón para que seas nuestro intermediario.

Sonreí. Damiano podía hacer tratos con su medio hermano, incluso fingir que se llevaban bien en actos públicos, pero no lo soportaba.

Mauro ni siquiera se inmutó.

—Dejad vuestras rivalidades y no tendré que hacerlo.

—No hay ninguna rivalidad. —Cosimo esbozó una sonrisa—. Somos súper amigos. Estoy pensando en hacer unas pulseras de la amistad para todos.

Puse los ojos en blanco.

—Puedes metértelas por el culo —escupió Damiano, provocando que yo soltase una carcajada.

Cosimo se llevó una mano al corazón mientras hacía pucheros. Compartí una mirada con Damiano porque ¿en serio ese gilipollas acababa de hacer un puchero?

—Y yo que había pensado que podíamos ser familia.

—¿Familia? —Damiano arqueó una ceja.

—Me he enterado de que Glenda al final no se va a casar con Alessandro, así que supongo que ese puesto queda libre.

Sentí cómo una oleada de rabia se apoderaba de mí. Glenda no era un objeto ni un puesto de trabajo. Y, por supuesto, mataría a ese imbécil si le ponía una mano encima.

—Glenda no se va a comprometer contigo —le aseguró Mauro con convicción.

—Hay cosas que no cambian —dijo Cosimo, y aunque sonreía, pude ver la seriedad de la amenaza en sus ojos—. Un matrimonio entre nuestras familias es algo que tu padre siempre quiso evitar, y veo que tú mantienes esa tradición.

Mauro se tensó. Fue un movimiento apenas perceptible, algo raro en su habitual y perfecta compostura. En ese instante, supe que la conversación ya no giraba solo en torno a Glenda. Recordé vagamente una reunión anterior en la que había escuchado a Cosimo hablar sobre su hermana muerta y una amistad o relación que esta había tenido con Mauro en el pasado. Aquel era un fantasma que seguía presente.

Pero ese drama familiar y esas viejas rivalidades no me interesaban en absoluto. Lo único que me obsesionaba era que Glenda no terminara comprometida con él, ni con nadie más.

Porque no quería que se comprometiera. Y probablemente, lo iba a conseguir. Mi objetivo principal era claro: la humillaría, la dejaría avergonzada delante de todos y arruinaría su reputación familiar. Con eso, nadie querría casarse con ella.

Sin embargo, al pensar en la humillación, no sentí la oleada de fría alegría que debería. Ni siquiera con Mauro, el intocable, sentado cerca de mí. Yo sabía que la mala imagen de su hermana sería un varapalo demoledor para la reputación de su familia, pero la anticipación de ese golpe de venganza no me llenaba. La satisfacción se sentía vacía, como una promesa hueca.

—Si hemos terminado con los negocios, nosotros tenemos que irnos. —Sin esperar una respuesta, Damiano se levantó del sofá.

Lo imité y ambos cruzamos la sala. Al ver que Cosimo seguía estirado en el sofá, Damiano arqueó una ceja en su dirección. Mauro no pronunció ni una sola palabra, pero Cosimo le dirigió una falsa sonrisa inocente.

—Yo me quedo un rato más —dijo.

Damiano no dijo nada, se dio la vuelta y ambos salimos del despacho. El camino hasta el exterior del edificio lo hicimos en silencio. Damiano estaba perdido en sus pensamientos y yo no podía dejar de darle vueltas al tema de Glenda.

—¿Qué cojones tiene que hablar ese con Mauro a solas? —espetó Damiano mientras cruzábamos la calle.

Lo miré. Sus palabras me devolvieron a la realidad.

—No lo sé —bufé—. Por lo que he estado investigando de los Romano, aparte de que el padre de Cosimo es un don avaricioso y muy insistente con las viejas costumbres, no he encontrado nada más. Sus hombres le son leales.

—No sé qué cojones traman, pero estoy seguro de que los Romano quieren acabar con nosotros.

Estaba de acuerdo con Damiano, pero, en esos momentos, lo único en lo que podía pensar, lo único en lo que podía centrarme, era en que Glenda era mía. Nadie podía tocarla y, mucho menos, casarse con ella.

CAPÍTULO 20

Glenda

—¿Ahora vas a ser tú la que está todo el día con el móvil? —se quejó Mirella, lanzando un pequeño resoplido.

Habíamos quedado para comer en el restaurante italiano Sapore di Nonna, que pertenecía a miembros de la familia.

El local era un verdadero tesoro: pequeño, escondido en un bonito barrio cerca del centro, pero lo suficientemente apartado como para que los turistas nunca se molestaran en buscarlo. Era precisamente esa discreción lo que lo hacía perfecto para mi hermano; él solía usar las mesas del fondo para algunas de sus reuniones menos oficiales, las que no quería realizar en las oficinas de su farmacéutica.

Mi padre, en cambio, nunca había ido por allí. Ni siquiera cuando mi madre nos llevaba a mis hermanos y a mí.

Alcé la cabeza de la pantalla para bloquearla y dejar el móvil sobre la mesa.

—Estoy atendiendo asuntos de trabajo —mentí.

No, estaba hablando con Scott. Nos habíamos estado mensajeando durante los últimos tres días. Pero eso era algo que no pensaba compartir ni con Mirella ni con Ada.

—¿Y eso te hace sonreír como una boba? —Mirella alzó una ceja con picardía—. Nunca te había visto sonreír tanto.

—No estoy sonriendo.

—Claro que sí. —Mirella me señaló con un tenedor—. Mira, si intentas poner cara de seria y no puedes.

Fruncí los labios en un gesto que esperaba que fuese serio, pero cuando Mirella se rio, supe que le estaba dando la razón.

Ada exhaló un largo suspiro, descentrando la atención de Mirella.

—Pensaba que estábamos aquí para hablar sobre lo que me ha hecho Benoît. —Partió un trozo de *focaccia* que no llegó a llevarse a la boca.

Mirella ladeó la cabeza hacia ella y, en ese momento, no pude estar más agradecida de su egocentrismo.

—Benoît lo único que ha hecho es dejarte claro que no va a mudarse a Chicago a vivir. Vive en París, Ada. Era evidente que no iba a regresar.

Ada le respondió con un reproche que no llegué a escuchar del todo, porque mi atención ya había vuelto a centrarse en mi teléfono, que vibró ligeramente.

«Voy a volver a secuestrarte, conejita».

Sentí cómo sonreía como una boba al leer el mensaje. Y mis dedos teclearon casi inconscientemente una respuesta.

«No es un secuestro si voy por mi propio pie, pero esta vez llévame a un hotel. Uno con jacuzzi en la habitación».

«Voy camino del restaurante en el que me has dicho que estabas comiendo. Métete al baño».

Solté una carcajada. Los baños públicos parecían ser nuestro lugar de reunión.

«Los dueños avisarían a mi hermano. No es buena idea. Quedamos otro día».

Escribí con rapidez un mensaje de vuelta y, sin pensarlo dos veces, guardé el móvil en el bolso. No había vuelto a quedar con Scott desde que me marché de su casa días atrás, y lo cierto era que quería volver a verlo. No era lo correcto, lo sabía, pero era lo que quería, y por una vez, me estaba dejando llevar por el deseo en lugar del deber.

—Glenda, te estoy hablando —insistió Mirella—. ¿Te estás viendo con el motorista?

La presión de las preguntas de Mirella me hizo soltar una bomba, solo para desviar la atención.

—¿Y si me estuviera viendo con él, qué pasa? —dije, mi voz más desafiante de lo que pretendía, provocando la sorpresa instantánea de Mirella y Ada.

Ninguna de las dos sabía que se trataba de Scott. Se hubiesen caído de la silla de saber que el hombre que me hacía sonreír era precisamente él. Una parte de mí, la más rebelde, quería gritárselo, pero no podía. No podía hacerlo público sin unas consecuencias que, por el momento, no quería asumir. Solo quería dejarme llevar, disfrutar de la aventura clandestina en la que se había convertido mi relación con él.

Mirella me miró fijamente, con los ojos entrecerrados.

—¿Él? ¿Quién es este él, Glenda? —preguntó, dejando el tenedor sobre la mesa, y la charla sobre Benoît completamente olvidada.

—Nadie —mentí—. Lo he dicho porque estáis muy pesadas.

—Estás comportándote de manera extraña. Estamos preocupadas por ti —comenzó Ada—. Lora no ha podido venir porque está con Alessandro probando el menú de su boda, pero también está preocupadísima.

Mirella asintió, como dándole la razón, y yo rodé los ojos.

—Pues no tenéis ninguna razón para hacerlo. Estoy mejor que nunca. —Me sentía mucho mejor que semanas atrás.

—Entiendo que el tema de Alessandro y de Lora te haya descolocado. Todas nos hemos sentido igual. —Ada estiró su mano para posarla sobre la mía.

¿Pero qué estaba diciendo ahora? Menudas mentirosas. Ambas lo sabían y ninguna de las dos me lo dijo. Se esperaron a que me enterara de la peor manera. No se preocupaban por mí, tan solo esperaban un espectáculo, algo que llenase el vacío de sus vidas aburridas. Pero no me enfadé, porque, desgraciadamente, comenzaba a entender que no era personal. Así era cómo ellas se relacionaban.

—No tengo ningún problema con su compromiso. —Aparté mi mano de la de Ada—. Me alegro por ellos.

—No pasa nada porque te moleste —insistió Mirella—. Al final, Alessandro y tú… —Ella no terminó la frase, pero no hizo falta que lo hiciera.

—Lo sé, pero no lo hace. Mi hermano Mauro ha tomado la decisión más acertada.

Ambas debieron ver la veracidad en mis ojos, porque ninguna de las dos replicó ni tampoco volvió a sacar más el tema. Ada aprovechó el silencio para reconducir la conversación otra vez a Benoît y su profunda historia de desamor.

Afortunadamente, la *lasagna* de Sapore di Nonna hacía que el monólogo de Ada fuese mucho más soportable. La comida no duró demasiado, ya que Ada había quedado con su madre en el club de campo y Mirella y yo íbamos a jugar al pádel.

Nos dirigimos a la acera, donde el taxi que había llamado Mirella ya estaba esperando en la puerta. Esta abrió la puerta y se deslizó hacia el asiento trasero. Ada la siguió, sentándose a su lado.

Me acerqué para entrar, pero justo antes de hacerlo, un movimiento en el rabillo del ojo me hizo dudar. A unos metros de distancia, al final de la acera y parcialmente oculto por el contenedor de basura de un restaurante vecino, había un hombre. Estaba medio escondido, y en el instante en que nuestros ojos se cruzaron, él se giró y se internó con paso rápido en el callejón angosto que daba a la parte de atrás de los edificios.

Aunque solo lo vi un segundo y en penumbras, mi corazón dio un vuelco. La silueta, la postura tensa, el movimiento ágil. Era Scott.

Me detuve en seco, con la mano en el techo del taxi.

—¿Qué pasa? Entra ya, Glenda —me dijo Mirella desde el interior.

Ada se encontraba a su lado, mirándome con la misma expresión confundida que Mirella.

Tuve que pensar rápido.

—¡Mierda! —exclamé, fingiendo frustración mientras revisaba el bolso—. Se me ha olvidado el móvil en el baño. No quería hacer esperar al taxi y, con las prisas, me lo he dejado encima del lavabo.

—Ya voy tardísimo. Mi madre me va a matar. —Ada suspiró, mirando su reloj de pulsera. Su madre era insoportable con los horarios.

—Id vosotras, pediré otro taxi.

—Puedo quedarme contigo —se ofreció Mirella, aunque no hizo ni un solo amago de levantarse. Por una vez, agradecí lo egoísta que era.

—No, no os preocupéis —respondí, forzando una sonrisa despreocupada—. Coged este taxi vosotras. —Señalé con la cabeza al conductor, que empezaba a resoplar con impaciencia—. Yo voy a por mi móvil y luego llamo a otro taxi. Nos vemos en las pistas, Mirella.

Ambas asintieron y yo cerré la puerta del taxi. Fingí que volvía a entrar en el restaurante, pero cuando vi que el vehículo había desaparecido por la carretera, me dirigí hacia el callejón. Era de día, pero allí no entraba demasiada luz, por lo que tuve que recorrer todo el callejón para buscar a Scott. No obstante, no encontré a nadie.

¿Me había imaginado que era Scott?

Suspiré. Probablemente solo era el trabajador de uno de los restaurantes cuyas puertas traseras daban a ese callejón.

Estaba a punto de girarme para dar media vuelta, lista para volver a la calle, cuando sentí una mano firme rodear mi cadera. Antes de que pudiera gritar, fui empujada con suavidad pero con determinación contra la pared fría.

Reconocí el toque antes de verlo.

—¿Scott? —jadeé, al sentir la familiaridad de su cuerpo pegado al mío.

Sus ojos claros estaban a centímetros de los míos; la cercanía era una descarga eléctrica. Su respiración cálida me rozó la boca.

—Me has seguido —afirmó él, con una media sonrisa satisfecha. Su agarre en mi cadera se hizo más firme.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz apenas un susurro.

—Iba a esperarte en el baño —respondió, su tono completamente serio a pesar de la absurdidad.

Puse los ojos en blanco, aunque mi corazón latía salvajemente.

—Creí que bromeabas con eso de encontrarnos en el baño del restaurante.

Scott se inclinó más, rozando su nariz contra la mía.

—Cuando se trata de follarte, nunca bromeo, conejita.

No pude evitar reírme. Era tan descarado que me resultaba irresistible.

—Estás loco.

Scott no esperó más. Apretó su boca contra la mía. El beso no fue tierno; fue urgente, hambriento y lleno de la adrenalina del riesgo. Sus labios se movieron sobre los míos con una necesidad feroz, y el sabor del peligro en ese callejón sucio era más dulce que cualquier cosa. Sentí sus manos subir por mi cintura, afirmándome contra su cuerpo mientras yo le devolvía el beso con la misma intensidad desesperada, sin importarme dónde estábamos.

—No sé si me gustan más los baños o los callejones oscuros —dijo Scott cuando su boca se separó de la mía.

—Yo sigo prefiriendo los hoteles de cinco estrellas.

—No te creo —respondió él. Su mano se deslizó con una rapidez asombrosa por debajo de mi camisa y se coló bajo el borde del sujetador de encaje. Sentí el frío de sus dedos contrastar con la piel cálida de mi pecho.

Scott encontró mi pezón y lo pellizcó con más fuerza de la necesaria, pero a la vez no lo suficiente para hacerme daño; lo justo para volverme loca. Un gemido mudo se ahogó en mi garganta, y tuve que presionar una mano contra mi boca para no alertar a toda la manzana.

—Te pone igual de cachonda que a mí vernos así. En sucios callejones y baños públicos, donde pueden pillarnos en cualquier momento. Eres una adicta a la adrenalina.

Tal vez era adicta, pero a él.

—Tú me pones cachonda —reconocí—. Supongo que el lugar me da lo mismo. —Rodeé su cuello con mis manos y lo acerqué más a mí.

Él bajó su mano, deslizándola desde mi pecho hasta el nacimiento de mi clavícula, y acarició la piel sensible con el dorso de sus dedos antes de retirarla por completo.

—Vamos a mi casa. Necesito follarte —dijo, dando un paso atrás.

La verdad es que sonaba bien, demasiado bien, pero no podía. Si no iba al club de campo, Mirella llamaría a mi hermano pensando que igual me habían secuestrado. O simplemente por fastidiarme.

—No te he dicho dónde estaba comiendo para que vengas a buscarme —espeté, tratando de parecer molesta, pero sin

conseguirlo del todo. Porque a una parte de mí le gustaba que hubiera ido hasta allí—. ¿No tienes trabajo que hacer?

Scott frunció el ceño.

—Joder —masculló, volviendo a acortar la distancia que nos separaba. Su mano rodeó mi cuello con firmeza—. Cuando te comportas como una cabrona me pones aún más cachondo.

Quizás debería haberle pedido que me soltase. Quizás tendría que haberle dicho que un agarre en el cuello era una línea roja que no debía cruzar. Pero no lo hice, porque no era una línea roja con él.

No me hacía daño. Me hacía sentirme controlada, sí, pero sabía que ese control me gustaba. Con Scott, el control, el sometimiento, la amenaza, era parte del juego. Pero era un juego al que jugábamos los dos. Uno que disfrutaba porque confiaba en él. No estaba segura de cuándo había comenzado a hacerlo. Confiar en un hombre que era tan diferente a los que me rodeaba, el segundo de mi hermanastro al que odiaba.

—Entonces vas a estar todo el día cachondo.

Scott me miró con intensidad.

—También tienes un lado dulce, Glenda. Quiero follarte, pero no me fío de que salga alguien de una de las puertas traseras.

Soltó el agarre de mi cuello y, con una lentitud desesperante, su pulgar acarició mi mejilla. El contraste entre la amenaza implícita y la dulzura de ese toque era un cóctel muy peligroso.

—Pensaba que te gustaba el riesgo —lo desafié, con la voz apenas un hilo.

—No me importa que me vean follando. —Su voz era dura de nuevo, su mirada fija y posesiva—. Pero si un hombre ve aunque sea una parte de tu piel que solo me pertenece a mí, la cosa se va a poner muy fea.

Se alejó un paso, recuperando el control al instante.

Esta vez fui yo la que se acercó a él. Scott me miraba intentando averiguar mis intenciones. No llevaba cinturón, así que le quité el botón de su pantalón sin dejar de mirarlo a los ojos. Deslicé la mano por debajo de la tela áspera, buscando el interior de su ropa interior, y la encontré. Mi pulgar rozó la punta de su erección incipiente. Sentí cómo se tensaba al instante, su aliento quedando

atrapado en su garganta, y la forma en que su miembro crecía bajo mis dedos.

Me demoré un segundo más, sintiendo el calor, disfrutando de lo que estaba provocando en él, antes de retirar la mano con lentitud.

—Entonces tendrás que esperar —dije, mi voz ronca por el juego, volviendo a abrochar su botón con una precisión exasperante.

Scott me miró, la furia y el deseo luchando en sus pupilas.

—¿Qué…? —empezó confuso, pero yo le interrumpí.

—Tengo que ir al club deportivo —expliqué, con una sonrisa inocente—. Me está esperando Mirella.

Le di un beso rápido y fugaz en la comisura del labio, lo solté y me di la vuelta. Salí del callejón con rapidez antes de que pudiera agarrarme.

Lo dejé solo, furioso y cachondo. El corazón me palpitaba en el pecho y sentía mi piel arder. El juego que me traía con Scott era peligroso, pero no podía negar que, por primera vez en toda mi vida, me sentía viva.

CAPÍTULO 21

Glenda

En cuanto llegué a casa esa noche, me fui a mi habitación. Me puse mi conjunto de pijama de lino fino y me metí en la cama con el iPad. Al día siguiente tenía un evento en el que mi catering había sido contratado y quería estar segura de que todo estaba en orden.

Mientras revisaba por enésima vez los detalles del menú, mi móvil, que había dejado en la mesita de noche, vibró. Lo cogí pensando que sería Scott. Después de haberlo dejado en el callejón, él no me había escrito, pero yo sabía que encontraría la manera de vengarse y lo estaba esperando.

Pero no era él.

Era una llamada de Gastone. Iba a rechazarla, pero en el último instante decidí cogerla. Dejé el móvil encima de la cama y lo puse con el altavoz.

—Glen. —La voz de mi hermano era más dura, más varonil y profunda que antes. ¿Cómo una persona podía cambiar tanto en unos meses?—. Glen, ¿estás ahí? —preguntó cuando no respondí.

Resoplé, apoyando mi espalda en el respaldo de la cama y cruzando mis piernas.

—¿Qué quieres? —espeté—. Aquí son las nueve y media de la noche y estaba a punto de irme a dormir.

—No mientas. —Gonny chasqueó la lengua con prepotencia, algo muy típico de él. Me alegraba que, al menos, eso no lo hubiera perdido—. Estabas trabajando. Nunca te acuestas antes de medianoche y siempre tienes la nariz metida en algún libro de recetas o balance de cuentas de tu empresa.

En otro momento me hubiese hecho reír, pero en este me molestaba. No solo porque seguía enfadada con él, sino porque me molestaba que mi hermano pequeño lo supiese todo de mí y yo me estaba dando cuenta de que él era un desconocido para mí.

—Supongo que no me llevas días llamando para decirme una obviedad.

Escuché un suspiro al otro lado de la línea.

—Entiendo que estés enfadada, Glenda. Pero hay cosas que no sabes.

—Pues cuéntamelas, Gastone. Siempre has podido confiar en mí. Después de la muerte de mamá éramos tú y yo contra el mundo, ¿recuerdas?

Él volvió a suspirar.

—Y lo seguimos siendo. Sigo estando aquí para ti.

—¡Y una mierda, Gastone! —exclamé—. ¡Llevas meses prácticamente sin hablarme! ¡Has desaparecido de mi vida de un día para otro! Me has dejado tirada, abandonada. ¿Sabes lo que te he echado de menos, lo sola que me he sentido? ¿Lo preocupada que estoy por ti? Pero tú no debes sentir lo mismo, porque yo jamás hubiera sido capaz de estar tan cerca de ti y no ir a verte.

—¡¿Y crees que fue fácil para mí, Glen?! —explotó Gastone al otro lado—. ¿Crees que estos meses están siendo fáciles para mí? Lo estoy haciendo por ti.

Casi me quise reír.

—¿Por mí? ¡Si hicieses algo por mí me contarías de una vez qué está pasando, Gonny! Nunca me compartes nada. ¿Cómo se te ocurre aliarte con un policía para ir en contra de Damiano? ¡Si me lo hubieras contado jamás te hubiera dejado que llegases tan lejos! —Era la primera vez que se lo decía, la primera vez que se lo echaba en cara.

—La cagué, ¿vale? —Gastone resopló—. Metí la pata hasta el fondo y ahora estoy asumiendo las consecuencias.

—Mauro jamás debería haberte expulsado. No merecías lo que te hizo.

—Claro que lo merezco, Glen. —Gastone lanzó una carcajada sin humor—. Mauro ha tenido compasión conmigo. —¿Pero qué estaba diciendo ahora? ¿Desde cuándo defendía a Mauro?—. Glen, en los últimos meses he hecho cosas que… —Tragó saliva con fuerza —. No puedo contártelas por teléfono. —Pude escuchar la angustia en su voz.

—Cojo el primer avión que salga para Turín —dije, completamente decidida.

—No. Las cosas en Turín están muy feas. No es seguro que vengas, Glen.

—Entonces ven tú. O quedamos en otra ciudad de Italia. Milán, Florencia... Dime el sitio.

—No, Glenda. No puedo.

Mi frustración explotó. Apreté la mandíbula para no gritar.

—No lo entiendo, Gastone. Si no quieres mi ayuda ni vas a contarme las razones por las que me estás tratando como si no te importase en absoluto, ¿para qué demonios me has llamado? Dime la verdad, hermano. No me mientas.

Se hizo una pausa. Una pausa larga. Demasiado larga.

—Mauro. Él…

—¡Vete a la mierda, Gastone! —corté la llamada sin esperar una respuesta.

No quería escucharle decir que Mauro le había pedido que me convenciese del compromiso con Michele, o cualquier otra excusa patética que quisiese utilizar para justificar su actitud conmigo. Porque ese era el maldito problema de Gonny: que siempre tenía una maldita excusa para todo lo que hacía.

Bloqueé su número al instante, para que no pudiera enviarme mensajes ni llamadas de teléfono. Sabía que lo desbloquearía en unos días. Al final era mi hermano y no podía vivir sin saber de él. Pero ahora mismo, con la sangre hirviéndome, necesitaba desesperadamente distanciarme de la decepción que me había causado.

Dejé el móvil con brusquedad sobre la mesita de noche. El silencio regresó a la habitación; un silencio denso y pesado.

Estaba oscuro. La única fuente de luz era la pálida y rectangular luminiscencia de mi iPad, que proyectaba sombras alargadas sobre las paredes. Fui a apagarlo, a intentar forzar el sueño, cuando algo me detuvo.

Sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el teléfono.

Mis ojos, acostumbrados a la penumbra, se dirigieron instintivamente hacia la ventana. La había dejado ligeramente

abierta, como me gustaba hacer en verano, permitiendo que un hilo de aire frío se filtrara en la habitación.

Y entonces lo vi.

Una sombra demasiado grande se recortó en el hueco de la ventana. No era el juego de las ramas de los árboles ni el reflejo de un coche lejano. Era una forma compacta, inmóvil, humana.

Mi corazón dio un vuelco y se aceleró hasta golpearme las costillas. Me quedé helada, inmóvil bajo la seda, sin atreverme a respirar. El pánico me dio un empujón. Salté fuera de la cama y, con un movimiento tan brusco que me dolió el hombro, encendí la luz del techo. La habitación se inundó con un brillo blanco y crudo, aniquilando las sombras.

Y allí estaba él. Scott.

Se encontraba junto a la ventana; sus hombros anchos casi tocaban los marcos, y lucía la misma sonrisa torcida que me había dedicado en el callejón esa misma tarde.

—¿Creías que podías marcharte sin que fuese a por ti? ¿Creías que ibas a ganar en mi propio juego?

—¿Cómo has entrado? —pregunté. Scott miró hacia la ventana, a la vez que se acercaba y la cerraba como si quisiese asegurarse de que nadie más podía entrar por allí—. Sé por dónde —entorné los ojos—, e imagino que has trepado, ¿pero cómo has logrado evitar la seguridad?

—No he venido a hablar, conejita —dijo, evadiendo mi pregunta. Avanzó por mi habitación con seguridad, como si hubiera estado allí decenas de veces, hasta que quedó frente a mí—. Responde a mis preguntas —demandó.

Debería preocuparme la facilidad con la que había entrado en mi casa; debería estar enfadada con él por invadir mi espacio, pero no lo estaba. Porque me gustaba que me sorprendiera, porque disfrutaba de su presencia más de lo que era capaz de reconocerme ni a mí misma.

—¿No has dicho que no querías hablar? —pregunté de vuelta, mordiendo mi labio inferior.

Sus ojos descendieron hasta mi labio y pude ver un destello de deseo en ellos.

—Te estás ganando un castigo, conejita —advirtió, estirando la mano y atrapando un mechón de mi pelo entre sus dedos antes de acercarme a él.

—Eso suena más a un premio que a una amenaza.

Su sonrisa se ensanchó.

La mano de Scott soltó mi pelo, pero no se retiró. En cambio, su palma se deslizó lentamente por mi cuello, el calor de su piel quemándome, hasta que su pulgar rozó el delicado hueso de mi clavícula.

—¿Y cuál es mi castigo, Scott? —pregunté; mi voz ahora era apenas un susurro que no reconocía, pero mi mirada seguía siendo desafiante.

Su sonrisa se desvaneció, reemplazada por una intensidad pura y sin filtro que me hizo jadear. Sus ojos se oscurecieron con una promesa de placer sin límites.

—El castigo es simple, conejita. Tienes que rogármelo.

Dio otro paso, acorralándome entre su cuerpo y la mesita de noche. El aroma peligrosamente masculino me envolvió.

—¿Rogarte qué? —logré articular, negándome a ceder el control.

Scott se inclinó hasta que su aliento cálido rozó mi oreja, enviando un escalofrío eléctrico por mi columna vertebral.

—Que te folle.

—Yo no ruego.

Scott soltó una carcajada profunda y gutural. Me tomó del mentón con los dedos, obligándome a levantar el rostro hacia él.

—Rogarás, conejita. Y no solo lo rogarás. Lo implorarás.

Justo cuando mis defensas cedieron y el deseo empezó a ahogarme, me separó de él sin previo aviso. Fue un corte limpio y frustrante, un tirón seco que me dejó jadeando por más aire y más contacto, colgando de la promesa de placer que acababa de romper.

Scott me miró a los ojos, una sonrisa cruel bailando en sus labios.

—Si quieres que termine lo que he venido a hacer, vas a tener que ganártelo, conejita —ordenó.

No perdió el tiempo. Con una eficiencia brutal, me quitó el pijama de lino; los botones volaron junto a mis bragas, la única ropa interior que llevaba. Me sentó sobre la colcha, mis muslos expuestos, mi cuerpo temblando. Me sentía patética y furiosa, una muñeca de porcelana para su juego. Pero, joder, la adrenalina quemaba cada fibra.

En ese momento, resonó el chasquido de la hebilla de su cinturón. Fue un sonido seco y definitivo. Mis ojos siguieron el movimiento: vi cómo se lo quitaba, pero no lo tiró al suelo. En cambio, lo sostuvo, enseñándomelo como si quisiese que lo viese.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, mi voz apenas un hilo, traicionando mi pánico.

Scott me dedicó una mirada de hielo; su respuesta fue cortante y final.

—Eso no te importa, conejita. Tú solo limítate a obedecer y a sentir.

Luego me tomó las muñecas con firmeza, y el cinturón de cuero grueso se cerró a mi alrededor, colocándolas detrás de mi espalda.

Aunque debía sentirme vulnerable, no lo hice. Porque él tenía el control en ese momento, pero yo sabía que podía pararlo cuando quisiera. Y no solo porque podía gritar y atraer a los guardias de mi hermano y a todos los empleados, sino porque confiaba en él. Confiaba con todo mi ser.

Era una locura retorcida, la traición a toda lógica, pero mi cuerpo le pertenecía desde hacía tiempo, y mi mente lo sabía: él nunca me haría daño de verdad. Este juego era sobre control, no sobre herir. Y esa certeza era mi verdadero poder.

Me relajé contra las sábanas, desafiando su mirada. Estaba atada, desnuda y a su merced; pero, sobre todo, lo deseaba con cada fibra de mi ser.

Scott debió notar el cambio. Su sonrisa se borró, reemplazada por una intensidad pura.

—Buena chica —susurró, y luego tiró de mis piernas, dejándolas fuera de la cama, y se arrodilló en el suelo entre ellas.

—Mírame, conejita —exigió.

Una de sus manos viajó lentamente por mi vientre plano, deteniéndose a milímetros de donde yo ardía. Era la tortura de la anticipación. Sentía su calor, pero no su contacto.

—Esta es la primera regla de mi castigo —murmuró, su voz baja y rasposa—. Voy a tocarte en todas partes, excepto donde lo necesitas. No voy a tocarte allí hasta que uses las palabras correctas.

—¿Las palabras correctas? —respondí con una burla ligera, intentando sonar arrogante a pesar de la excitación que me invadía —. ¿Las palabras correctas son, acaso, vuelve a tu alcantarilla, escoria?

La sonrisa cruel de Scott no desapareció; se agrandó, volviéndose más peligrosa, porque mi desafío no había sido sincero. Él me había leído perfectamente.

—Te estás ganando un castigo doble, conejita —dijo, su voz ahora un rugido silencioso y peligroso, que era música para mis oídos—. Esa boca te está metiendo en serios problemas, porque estás jugando cuando ya deberías estar rogando. Y te juro que no pararé hasta que lo consiga.

Mi corazón se aceleró. Su amenaza no me asustó, me encendió. Me reí, un sonido ronco y bajo, sintiéndome la reina de la provocación. Incluso desnuda, atada y a su merced, podía ver el deseo en sus ojos, cómo él se estaba rindiendo a mí tanto como yo a él.

Scott no perdió más tiempo con palabras. Su mano, que había estado a milímetros de distancia, se movió.

En lugar de ceder a la necesidad, me torturó con la cercanía. Apretó la parte interna de mis muslos con una fuerza posesiva. Luego deslizó un dedo por la delicada piel del pliegue de mi ingle, cerca de mi nucleo, pero sin cruzar la frontera. Me hizo un mapa de lo que estaba a punto de poseer, sin entregar la recompensa.

Sus manos subieron a mis pechos, palmeándolos a la vez con una fuerza seca y punzante. El dolor fue rápido, pero no duró. Antes de que pudiera recuperar el aliento, sus dedos atraparon mis pezones, pellizcándolos con brusquedad. La sensación me hizo gemir, un sonido a medio camino entre el dolor y la excitación.

Un dedo entró en mi interior mientras sus ojos me miraban fijamente. Acarició mi clítoris.

El juego ya no era divertido. Era una agonía.

—Ruégamelo, conejita.

Era fácil; ya había jugado a ese juego con él y le había dado lo que él quería y no me había sentido mal por ello; al contrario. Él podía llevarme a la gloria, solo tenía que rogar por ello. Pero no, no se lo daría tan fácil.

—No lo haré. —Scott arqueó una ceja—. No me folles si no quieres, pero igual te interesa saber que estoy limpia y tomo la píldora.

Scott me miró con los ojos muy, muy abiertos.

—Jodida conejita, yo también estoy limpio. Siempre uso preservativo y me hice una prueba la semana pasada, y no he follado con nadie.

—No te has follado a nadie más —pregunté, tragándome un jadeo, ya que su dedo comenzó a entrar y salir de mi interior.

—No, conejita. No me follo a nadie desde hace meses.

—A mí me follaste.

—Sí, conejita, y voy a volver a hacerlo.

—No creo, no pienso rogarte —dije, sintiendo un frío intenso cuando se apartó de mí.

Sin decir una palabra, se levantó y me desató las manos, pero no me moví. Se desnudó con rapidez, dejando toda la ropa tirada en un amasijo en el suelo.

—Esta vez ganas tú, conejita —dijo, la derrota en su voz sonando más sexy que cualquier victoria—. No puedo esperar más a follarte a pelo. Joder, va a ser como estar en la puta gloria.

Me reí. No era una risa de burla, sino de pura y embriagadora victoria. Me reí porque, atada o desatada, rogando o desafiando, al final ambos habíamos cedido a la misma necesidad insaciable. Porque el deseo entre ambos era incontrolable.

Scott no se molestó en disimular su impaciencia. Su miembro se alzaba duro, tenso por la espera y la frustración. Su mirada no estaba en mis ojos, sino en el centro de mi necesidad.

—Ven aquí —ordenó, aunque su voz sonó más a un ruego desesperado que a una orden.

Me levanté de la cama. Me acerqué, envuelta en la luz tenue de la habitación. Él me tomó por la cintura, atrayéndome hacia sí con ambas manos, cerrando la distancia entre nosotros.

Scott me alzó en vilo. Mis piernas se aferraron instintivamente a sus caderas. Scott me empujó contra la pared más cercana, fría y sólida, un contraste perfecto con la fiebre que nos consumía.

—¿No vas a follarme en la cama?

—Hoy no.

Me besó el cuello y mordió mi oreja, provocando que jadease. Estaba temblando, pero él me mantenía sujeta contra la pared. No tenía escapatoria y tampoco la quería.

Y entonces, entró en mi interior.

Fue un golpe seco, profundo, una penetración total que me robó el aire y el juicio. La sensación de su calor desnudo dentro de mí, sin nada más que la conexión cruda de nuestros cuerpos, era, de hecho, como él había dicho: la puta gloria.

—Maldita sea, Glenda —siseó, enterrando su rostro en mi cuello —. Se siente tan mío.

Mis manos, liberadas, viajaron a su espalda, arañando la piel húmeda de sudor. Ya no importaba quién había ganado o quién había rogado. Solo existía el ritmo violento y la necesidad de fundirnos hasta que no hubiera espacio entre nosotros. Nos movimos contra la pared, en una danza primitiva y furiosa. Él no estaba buscando el placer lento; estaba buscando la catarsis, la posesión final que ambos habíamos retrasado.

Mis gemidos llenaron la habitación. Cada embiste era un recordatorio de que nos pertenecíamos mutuamente. De que no importaba quiénes éramos, ni lo peligroso que era que estuviésemos juntos. Nada de eso importaba.

Cuando el clímax nos golpeó, fue una explosión violenta y desordenada. Scott aulló, su cuerpo se tensó con una fuerza increíble y luego se derrumbó sobre mí. Me sostuvo contra la pared mientras ambos recuperábamos el aliento, mi cuerpo temblando por el shock y la satisfacción.

Él no me soltó. Me sostuvo allí, exhausta, susurrando mi nombre repetidamente en el cabello.

—Tu coño es mío. Tú eres mía. —No había rastro de burla, solo posesión.

No le contradije, no lo hice porque me sentía así de esa manera.

Cuando ambos recuperamos el aliento, nos separamos.

—Joder, creo que hemos hecho mucho ruido —dijo, como si de repente se hubiese dado cuenta de dónde nos encontrábamos.

Me encogí de hombros.

—Es la única habitación que está ocupada en esta parte del pasillo y has cerrado la ventana. En el caso extraño de que algún empleado nos haya escuchado, pensará que estoy viendo una película porno.

—¿Ves muchas películas porno? —preguntó con picardía.

—Solo en las que salen actores con las pollas enormes. Pero me las has arruinado.

Él se rio con esa risa que me volvía loca.

—No tienes que halagarme para que te folle de nuevo. Estoy más que dispuesto a ello.

Me reí.

—Voy al baño a limpiarme.

Entré en el baño adjunto a mi habitación. Aproveché para darme una ducha corta, sin lavarme el pelo. Me sequé, me puse una toalla envolviendo mi cuerpo y salí.

Scott ya estaba completamente vestido. La ropa que había estado tirada en un amasijo en el suelo había sido rescatada y colocada. Estaba de pie junto a mis estanterías, observando mis funko pop.

—¿Qué haces? —pregunté, apoyada en el marco de la puerta.

—No te tenía por una friki.

Fruncí el ceño.

—Que me guste el manga no me convierte en ninguna friki.

—Así que son personajes de manga —murmuró, cogiendo una de las figuras—. ¿Esta quién es?

—Asuka Langley Soryu, de *Neon Genesis Evangelion* —le dije sin tener que pensarlo—. Una piloto con un ego gigante y un talento aún mayor. Está obsesionada con ser la número uno. No soporta ser la segunda opción de nadie.

Scott sonrió. Giró la figura en su mano, examinando el mono ajustado de Asuka y su expresión de pura determinación.

—¿Tu ídola? —preguntó, y me reí.

—No, Scott. No aspiro a pilotar un mecha gigante en una guerra apocalíptica.

—Pero sí aspiras a ser la mejor en el negocio del catering y luchas con uñas y dientes por conseguirlo —dijo, sorprendiéndome el halago—. Y también tienes un ego enorme —añadió, haciendo que pusiese los ojos en blanco.

—Eres un imbécil.

Él dejó a Asuka de nuevo en la balda.

—Y tú no eres quien parece a simple vista —reconoció, dando varios pasos hacia mí.

Arqueé una ceja.

—¿Y eso es malo?

—No. Pero es un jodido problema —murmuró, y tuve la sensación de que aquellas palabras eran más para él que para mí. Pero antes de que pudiese preguntar, sus dedos se engancharon en el dobladillo de mi toalla y tiraron de ella, provocando que cayera al suelo con un suave golpe.

—Te habías vestido, pensaba que te ibas.

—Y me iba —reconoció, su voz ronca de urgencia mientras me cogía en brazos y me llevaba hasta mi cama, depositándome con cuidado en las sábanas—. Esta vez sí voy a follarte en la cama.

Se desnudó con rapidez, su mirada nunca abandonando la mía. Los músculos tensos y el deseo palpable prometían una posesión menos violenta y más íntima.

Hicimos el amor dos veces más. Esta vez no fue una batalla de poder, sino una entrega mutua.

Cuando el agotamiento me atrapó, él se tumbó conmigo en la cama. Nos tapó con el edredón y me abrazó fuerte mientras el

sueño se apoderaba de mí. Me sentí más libre y segura de lo que me había sentido en la vida.

Al despertar, el espacio junto a mí estaba vacío. Scott ya no estaba allí, pero su calor y su olor seguían impregnados en las sábanas.

¿Se había ido sin despedirse? Algo dentro de mí se revolvió. Pero entonces vi un post-it sobre el edredón.

«No frunzas el ceño, conejita. Ni siquiera yo sería capaz de cometer un pecado tan grave como despertarte mientras duermes. Te lo compensaré».

Y aquel mensaje me hizo sonreír.

CAPÍTULO 22

Glenda

La compensación de Scott llegó cuatro días más tarde, en forma de cita. Bueno, aunque no sabía cómo llamarle a aquel encuentro.

Scott eligió el lugar: la Estación Central Greyhound de Chicago. Era el sitio perfecto para perderse entre la muchedumbre sin que nadie reparara en nosotros. Aunque lo cierto era que nadie esperaría verme allí. Yo, la hermana de un don, moviéndome entre mochileros y viajeros de larga distancia.

Esperé junto a la taquilla de billetes que anunciaba rutas a Milwaukee y Detroit, fingiendo revisar el mapa de destinos.

Sorprendentemente, Scott apareció a la hora en la que habíamos quedado. Ni un minuto más tarde. Conociéndolo, había temido que me hiciera esperar solo por fastidiar. Algo que había pensado hacer yo, pero que al final no había hecho. Estaba tan guapo como siempre; con unos vaqueros oscuros y una camiseta negra. Un estilo que tan solo le quedaba bien a él.

Cuando me hizo un gesto a la distancia para que lo siguiera hacia uno de los pasillos, me fijé en que llevaba dos mochilas. Una en cada hombro. A pesar de que me extrañó, comencé a caminar hacia la dirección que él me había indicado, perdiéndome entre la gente que había allí.

Fruncí el ceño cuando llegué hasta el final del pasillo y me di cuenta de que la única salida posible eran los baños.

—Espero que no hayas quedado conmigo para llevarme a los baños menos higiénicos de toda la ciudad —dije, frunciendo el ceño y sabiendo que Scott se encontraba detrás de mí.

—No he venido aquí para follar en los baños, Glenda. —Me di la vuelta para enfrentarlo. Afortunadamente, estábamos solos—. No esta vez —añadió con una sonrisa pícara antes de darme una de las

mochilas—. Cámbiate y ve al aparcamiento de fuera. Te estaré esperando.

Sin esperar una respuesta y sin darme oportunidad a negarme, se dio la vuelta y se metió en los baños de hombres, que estaban frente a los de mujeres. Me quedé allí unos segundos, petrificada, con la mochila en la mano, pero con un suspiro, terminé entrando en el servicio de mujeres. Tuve que hacer una larga cola para lograr entrar en uno de los habitáculos.

Cuando estuve dentro, abrí la mochila.

Dentro, doblado pulcramente, había un mono pegado al cuerpo de color rojo escarlata y naranja, con detalles en negro. Era el *plugsuit* de Asuka Langley Soryu, junto con unas botas tácticas y una peluca de color naranja cobrizo y corte bob.

Durante unos segundos consideré cerrar la mochila, salir de allí, pedir un taxi y marcharme. Scott no me había explicado nada. No me había pedido permiso. Me estaba empujando a un juego que no alcanzaba a comprender.

Pero precisamente por eso no me fui. Porque cuando se trataba de él, yo era una jugadora muy activa.

Me desvestí con prisa en el cubículo, luchando un momento contra el cierre del mono. La tela se ajustó a mi cuerpo, ciñéndose de una forma que hacía que el traje de piloto se sintiera como un uniforme de combate real.

Me puse la peluca, ocultando mi cabello bajo el ardiente naranja de Asuka. Después me quité los zapatos y me calcé las botas tácticas, que debían tener como ocho centímetros de tacón o plataforma. Yo no era bajita, así que la altura adicional me hizo sentir desafiantemente alta, como si pudiera mirar a cualquiera por encima del hombro.

Guardé mi ropa en la mochila y salí del habitáculo. Había un par de mujeres fuera que me miraron, pero solo durante dos segundos. Debían estar bastante acostumbradas a que la gente tuviera un comportamiento excéntrico o se cambiara de vestuario en la estación.

Me miré en el espejo de encima del lavabo y me quedé quieta.

No me había disfrazado desde la infancia, pero esto era más que un disfraz. Era una armadura. La mujer que me devolvía la mirada tenía unos ojos duros, enmarcados por el pelo naranja y el escarlata del mono. Nunca me había visto tan peligrosa, tan agresiva, tan innegablemente atractiva. El uniforme de *plugsuit*, con su arrogancia visible, encajaba mejor que cualquiera de mi ropa. Me sentía poderosa, letal y, por primera vez en mucho tiempo, completamente anónima.

Salí del baño y me dirigí hacia el aparcamiento. Por un instante pensé que Scott me estaría esperando en su moto, pero no. Él había ido a buscarme en un coche. No era el que me había llevado la otra vez; era uno diferente, pero apenas me fijé en el vehículo porque él me estaba esperando apoyado en una de las puertas y yo no podía dejar de mirarlo.

No porque me resultase el hombre más atractivo del planeta, sino porque iba disfrazado también.

Llevaba una camisa blanca abierta en el cuello, mangas arremangadas hasta los antebrazos, pantalones oscuros y una despreocupación calculada en la postura. El conjunto tenía algo peligrosamente familiar. No era un uniforme, pero lo parecía. No necesitaba presentación.

Iba disfrazado de Kaji Ryoji.

—Sube, Asuka —me dijo con una sonrisa cuando llegué al coche.

Abrí la puerta del copiloto mientras él rodeaba el coche para subir a la del piloto.

—No es el coche del otro día —observé mientras dejaba la mochila con mi ropa en los asientos de atrás—. Este parece más nuevo. —Era una tontería por decir, pero era lo único que se me ocurrió.

—Lo he alquilado para la ocasión. Así pasaremos desapercibidos del todo —dijo mientras arrancaba el motor.

—Tal vez seamos irreconocibles, pero no vamos a pasar desapercibidos. Confía en mí. —Exhalé un largo suspiro—. ¿Adónde vamos?

Scott no respondió de inmediato. Condujo unos minutos en silencio, atento a la carretera, como si medir cada segundo formara parte del plan. El tráfico empezó a espesar y, poco a poco, los edificios industriales dieron paso a un recinto amplio, iluminado con focos y pantallas gigantes.

Entonces lo vi.

Personas disfrazadas caminando en grupos, pelucas de colores imposibles, capas, armaduras de plástico, uniformes que no pertenecían a ningún ejército real. Carteles colgados de farolas y vallas anunciaban un evento que reconocí al instante.

Una convención.

De anime, de cosplay, de mundos ajenos al mío.

Aparcó en lo que supuse era un espacio reservado con antelación. No demasiada, porque hasta hace cuatro días él ni sabía que me gustaba el manga. Era evidente que había usado su dinero —algo que normalmente evitaba— solo por mí.

—¿Crees que, porque me gusta el manga, voy a querer asistir a esto? —pregunté, intentando sonar indiferente.

Scott se quitó el cinturón de seguridad y me miró fijamente.

—No, Glenda. No lo creo. Lo puedo ver en tus ojos. Lo vi en tu casa, cuando hablabas con tanta pasión del personaje del que te has disfrazado. Y sé que nunca antes has venido a un lugar como este, aunque lo desearas. Nunca nadie te ha ayudado a salir de tu zona de confort.

—Tú no me has ayudado, me has dado un empujón —me quejé, frunciendo el ceño.

Scott me guiñó un ojo.

—A veces, un empujón es lo mejor —dijo, con una sonrisa torcida.

—Vaya, te has disfrazado de Kaji Ryoji y te has metido en su piel.

—En realidad, no sé nada de él. La de la tienda me dijo que era el acompañante ideal para Asuka —respondió con naturalidad.

Porque así era Scott: sincero. Nunca intentaba apropiarse de lo que no le pertenecía.

—Y la mujer tenía razón. Kaji ve a la verdadera Asuka. Así como tú estás empezando a verme a mí —reconocí, mientras lo miraba.

Scott me devolvió la mirada con intensidad.

—Vamos, sal del coche antes de que te quite ese mono que tan bien te sienta y te folle a plena luz del día en un coche sin las ventanas tintadas.

Puse los ojos en blanco.

—Siempre tienes que fastidiarlo todo. —Me quité el cinturón de seguridad.

—En realidad, lo mejoro y lo sabes. Venga, vamos, seguro que dentro encontramos algún pequeño cuarto vacío.

Resoplé.

—Eres imposible.

—Y tú estás aún más follable con ese traje. Si llego a saberlo, te llevo directamente a mi casa.

Solté una carcajada y salí del coche.

El interior del recinto era otro universo.

Luces de neón, música que se mezclaba con risas, voces excitadas y el roce constante de cuerpos disfrazados llenaban el aire. El olor a plástico nuevo, algodón de azúcar y café barato se superponía al perfume de las personas. Nada tenía que ver con los salones lujosos, los trajes caros o las miradas calculadas a las que estaba acostumbrada.

Aquí nadie medía el poder, aquí nadie preguntaba apellidos.

Sonreí sin darme cuenta.

Lo cierto era que en más de una ocasión había pensado en acudir a algún evento como este, pero lo había desechado con rapidez; era algo propio de una Mancini. Y en ese instante me arrepentía de haberlo hecho, porque sabía lo que me estaba perdiendo.

Scott parecía perdido en aquel lugar, pero aun así estaba a mi lado, acompañándome. Y, como si fuese una especie de revelación, entendí que el amor tal vez era eso: simplemente acompañarse.

Pero yo no podía estar enamorada de ese hombre; yo no creía en el amor. El amor no era para mí.

Dejé de lado la punzada de la negación y me detuve en seco frente a una mesa llena de cómics, y sentí que mi sonrisa se hacía más amplia de lo que jamás me había permitido en público. Hacía años que no me compraba un cómic; tenía algunos guardados en un cajón de mi armario, pero me seguían gustando.

En realidad, estaba disfrutando de todo lo que iba encontrándome en cada esquina.

Scott se inclinó ligeramente hacia mí. Sus ojos escanearon la multitud, y noté el cambio. Cada vez que alguien, especialmente un hombre joven, posaba su mirada en mi traje ajustado de Asuka, el rostro de Scott se convertía en una máscara de fría advertencia. Su hombro se movía ligeramente, interponiéndose entre el extraño y yo.

—Joder, son todos una panda de salidos. Te miran como si quisiesen devorarte —masculló, con los dientes apretados y las manos cerradas en puños.

Yo estaba absorta, pasando las páginas de un manga de fantasía oscura con ilustraciones increíblemente detalladas, pero le miré.

—Soy una mujer muy atractiva y el traje me queda de muerte —le guiñé un ojo—. Claro que me miran.

Scott bufó.

—No, si lo que está claro es que no eres una mujer con poco amor propio.

—Lo que no soy es una mentirosa —repliqué, volviendo a hojear el manga—. No me caen bien las mujeres que fingen que se consideran feas cuando no es así.

Scott dijo algo más, una de sus réplicas afiladas habituales, pero lo ignoré. Mi atención estaba ya completamente centrada en el chico que vendía los cómics, un joven con gafas y el pelo teñido de azul que me estaba explicando la trama del tomo que sostenía. Compré ese ejemplar y otro más que había visto al fondo de la mesa.

Seguimos caminando por el pasillo cuando un hombre que vestía lo que parecía ser una armadura de piloto rebelde de *Star Wars*, aunque con muchos más parches y suciedad sintética, se acercó a nosotros con una sonrisa amplia.

—¡Hey! —exclamó—. ¡Una Asuka Langley espectacular! Tienes exactamente el look de la ilustración *Unstoppable* de Kamiko. Es brutal.

No tenía ni idea de qué ilustración hablaba, pero me lo anoté mentalmente para buscarla más tarde. Aun así, al fijarme mejor en su cara, algo encajó.

Él también me observó con más atención. Abrió los ojos de golpe.

—¿Jess? —preguntó, incrédulo.

Scott dio un paso al frente, visiblemente tenso.

—Fingir que conoces a una chica para ligar es bastante cutre y bastante peligroso, amigo. Te aconsejo que...

—Marcus —lo interrumpí—. No me lo puedo creer. No sabía que te gustaban este tipo de eventos.

Marcus sonrió de vuelta, sorprendido pero encantado.

—La verdad es que a ti sí que te pega estar aquí.

Scott nos miró a ambos, evaluando la situación, pero se mantuvo en silencio.

—Ha sido una sorpresa de parte de… mi novio Greg —dije entonces, señalando a Scott.

Scott parpadeó. Una sola vez. Confusión pura.

—¿Tienes novio? —preguntó Marcus, divertido—. Mi abuela se va a llevar un disgusto. Sigue convencida de que algún día nos casaremos.

—¿Cómo dices? —intervino Scott, con un tono peligrosamente bajo.

Marcus no llegó a responder porque, en ese momento, apareció a su lado un chico disfrazado de Luke Skywalker —el clásico, túnica clara y sable láser colgando del cinturón— y le dio un beso rápido en los labios.

—Te estaba buscando, cariño —dijo con naturalidad.

Marcus sonrió de oreja a oreja y Scott se relajo visiblemente.

—Este es mi chico, Rob. Y ellos son Jess y su novio Greg.

—Yo tampoco sabía que tenías novio —dije, arqueando una ceja.

—Es bastante reciente —respondió Marcus, rascándose la barbilla—. Por cierto, hace semanas que no te veo por la cafetería de mi abuela. el Perky Beans no es lo mismo sin ti. Aunque ahora lo entiendo —añadió, mirando a Scott sin pudor—. Está muy bueno.

—Oye —protestó Rob.

—No tanto como tú, cariño —añadió Marcus con una sonrisa inocente. Después, fijó sus ojos castaños en nosotros—. Venid con nosotros. Justo ahora íbamos a participar en una actividad.

No conocía demasiado a Marcus, pero sí lo suficiente como para intuir que tramaba algo.

—¿En qué exactamente? —inquirí, cautelosa.

Mis sospechas fueron confirmadas cuando Marcus me guiñó un ojo e hizo un gesto con sus manos.

—Vamos, déjate llevar, Jess.

No lo dudé. Aquellas palabras fueron suficientes para que aceptara, porque durante esos años había dejado de vivir experiencias por pensármelo demasiado, por creer que no era algo que alguien de mi estatus debería hacer.

Y estaba harta, estaba cansada de que mi apellido me reprimiese.

—¡Te va a encantar! —me prometió Marcus antes de darse la vuelta y comenzar a caminar con Rob.

Nos hizo un gesto para que los siguiéramos, y Scott y yo fuimos detrás de ellos mientras esquivábamos a la gente.

—¿Soy tu novio? —me susurró al oído.

—La cafetería de la abuela de Marcus es mi refugio —le expliqué en voz baja—. Nadie de mi mundo va allí, ni siquiera conocen ese lugar. Para ellos soy Jess. Y Jess tiene un novio llamado Greg que le da los mejores orgasmos, sorpresas raras y la saca de su zona de confort.

Scott soltó una breve risa nasal.

—Así que ese soy yo.

—Exacto.

—Entonces supongo que tendré que estar a la altura.

—Ya lo has estado —respondí, dejando que el tono se deslizara hacia algo más sugerente de lo estrictamente necesario—. Aunque siempre se puede aspirar a más. Quizá luego encontremos un baño tranquilo.

Scott ladeó la cabeza, divertido.

—Eres muy, muy traviesa, conejita.

No pude responderle, porque Marcus y Rob se detuvieron de golpe, obligándonos a hacer lo mismo, y entonces comprendí qué quería decir Marcus cuando habló de algo participativo.

Estábamos frente a una sala amplia con un pequeño escenario improvisado. Sobre él, una pantalla proyectaba letras en japonés que dos chicas intentaban seguir con más entusiasmo que acierto. El público aplaudía igual, entregado al caos.

Un cartel luminoso, clavado sin ningún tipo de vergüenza a la entrada, lo anunciaba como si fuera un evento de prestigio internacional: Concurso de Karaoke Otaku.

—No puede ser —dije con una sonrisa.

Marcus ya estaba levantando el brazo.

—¡Cuatro participantes más! —anunció al presentador que estaba en una esquina del escenario, un chico vestido con un kimono de Sailor Moon—. ¡Venimos en pack!

Scott se detuvo en seco.

—Ni de puta coña.

—Oh, sí —dijo Rob, empujándolo suavemente por la espalda—. Es muy divertido.

—Yo no canto —se quejó Scott.

Me giré hacia él, con una sonrisa que no pude —ni quise— disimular.

—Es solo una canción. En japonés. Nadie va a entender nada y, además, aquí nadie nos conoce —acerqué mi boca a su oído—. Somos Greg y Jess, una pareja de novios a los que no les importa hacer el ridículo.

—No me jodas —gruñó, con los músculos de la mandíbula tensos.

Pero cuando las chicas terminaron su vibrante masacre musical y el presentador nos animó a subir con un gesto dramático, Scott subió. Su cuerpo se movía con el fatalismo de quien acepta ir al patíbulo.

—Vais a cantar un *opening* mítico muy acorde con vuestros disfraces —nos informó el presentador.

Cuando el título apareció en la pantalla, se me iluminó la cara como si hubiera visto oro: *Cruel Angel's Thesis*, el *opening* principal de *Neon Genesis Evangelion*.

—¡Es nuestra canción! —le dije a Scott con una exclamación.

—¿Nuestra canción? —me preguntó Scott, confundido y alarmado.

—Bueno, la de la serie. Asuka y Kaji no la cantan, pero tú y yo vamos a cambiar eso. La vamos a cantar junto a dos personajes de *Star Wars*. No puede ser más…

—Friki —finalizó Scott, poniendo los ojos en blanco con resignación dramática.

Me reí.

—Divertido —añadí.

Cuando la melodía comenzó a sonar, Marcus y Rob se colocaron a un lado, ya cantando a pleno pulmón, sin ningún tipo de vergüenza, haciendo una coreografía inventada. Yo tomé el micrófono como si hubiera nacido para ese momento.

Canté. Me equivoqué en la letra, desafine. Y no me importó. Porque, por primera vez en mi vida, no lo estaba haciendo para ser la mejor, no lo estaba haciendo para demostrar nada a nadie; tan solo cantaba para divertirme.

Y eso se sintió bien. Fue alucinante.

Scott me miró durante un instante y, con un suspiro de resignación y los ojos entrecerrados, se animó, uniéndose a nosotros. No afinaba, no pronunciaba bien el japonés, pero cantaba con una seriedad absoluta, como si se tratara de la lectura de su propio testamento o de un juramento solemne.

—Esto es humillante —me susurró.

—Te lo estás pasando bien —le respondí, con la respiración entrecortada por la risa.

No lo negó.

Cuando la canción terminó, los aplausos fueron más fuertes de lo que merecíamos. No ganamos. Ni cerca. Quedamos últimos, de hecho. Pero me divertí más que en toda mi vida.

Después de despedirnos de Marcus y Rob, dimos otra vuelta por el recinto. Y, tras comprar un par de figuras, decidí que había llegado el momento de irnos.

—Creo que he tenido suficiente por hoy.

—¿Te llevo a casa? —preguntó, aunque podía ver que era lo último que le apetecía hacer.

—Los empleados del hogar creen que me voy a quedar en casa de Mirella a dormir, así que, si mi hermano pregunta, eso le dirán. —Scott me miró en silencio durante unos instantes. Me giré hacia él y rodeé su cuello con mis manos—. Llévame a tu casa, quiero que veas lo agradecida que estoy por la sorpresa tan maravillosa que me has dado.

Antes de darme cuenta, Scott me estaba arrastrando por el pasillo.

CAPÍTULO 23

Scott

Si me hubieran dicho una semana antes que iba a ir a una convención de frikis vestido de un personaje de anime y que iba a cantar en un karaoke una canción en japonés, me habría descojonado de la risa. Y la peor parte de todas era que me lo había pasado bien. Mucho mejor de lo que me lo había pasado… desde nunca.

Jengibre me miró desde la mesa del comedor, con una expresión fija. No se acercó, ni siquiera para recibirme. Me observó desde la distancia, juzgándome.

—Ey, soy yo.

—No me extraña que no lo asustes con esas pintas que llevas —dijo Glenda.

—Anda que no estoy guapo de Kaji.

Glenda hizo una mueca.

—No estás mal, pero no te lo creas mucho, Scott. —Me dio una palmada en la espalda. Después se acercó a Jengibre, que bajó de la mesa para saludarla y ronronear bajo sus pies—. ¿Qué le pasó? —me preguntó Glenda, señalando su ojo de cristal.

—Un sádico se lo arrancó con un trozo de cristal. —Glenda se congeló—. Se lo encontraron en la calle medio muerto, pero pudieron salvarlo. Casi no lo cuenta.

—Pobrecito.

—Por eso es tan desconfiado. Nunca deja que nadie lo toque. Tan solo ha hecho dos excepciones: la primera fue conmigo y la segunda contigo.

—Así que te gusto, eh —murmuró Glenda, esbozando una sonrisa genuina. Una sonrisa que hacía que sus ojos brillaran.

—Supongo que sabe en quién puede confiar.

—¿Crees que soy de confianza? —Glenda dejó de acariciar a Jengibre para darse la vuelta y mirarme—. Pensaba que creías que soy una mala persona. —A pesar de que pronunció aquellas palabras con toda la frialdad que fue capaz, pude ver la vulnerabilidad en su rostro.

—No eres mala, Glenda —lo dije con una determinación que nunca creí que tendría—. Eso es lo que quieres hacer que el mundo vea, pero no eres así.

Tan solo hacía falta acercarse un poco a ella para darse cuenta. Glenda era dulce, divertida y mucho más vulnerable de lo que alguien con su apellido podía permitirse ser. La Glenda que todos creían conocer, esa víbora que te miraba por encima del hombro, tan solo era una armadura que había tenido que construir al cabo de los años para protegerse. Y ni siquiera podía culparla por ello.

Porque había hecho lo que tenía que hacer. Había hecho lo que cualquiera habría hecho en su lugar.

Glenda podía llevar el apellido Mancini, pero no era como sus hermanos. Había creído que era un aliada, pero tan solo era una extraña; por mucho que intentara encajar, nunca lo haría del todo, porque era muy diferente. Ni siquiera sabía lo que tramaba Gastone. Yo mismo había escuchado la conversación cuando me colé en su habitación.

Glenda era demasiado buena para sus hermanos. También lo era para mí.

—No te pegan los gatos —dijo, bajando la cabeza para continuar acariciando a Jengibre, cambiando de tema, porque se estaba volviendo demasiado personal.

—Ni siquiera me gustan. Soy alérgico —reconocí con un encogimiento de hombros—. Es el primer gato que tengo. Jengibre acababa de llegar al refugio de gatos en el que ayuda mi madre y, en cuanto me vio, comenzó a seguirme a todas partes. No quería llevármelo, pero ella me convenció.

A pesar de que no me miraba, los hombros de Glenda se alzaron.

—¿Tu madre?

—Ella no es mi madre biológica. La biológica murió de una sobredosis. —O eso creía. Ni siquiera lo sabía realmente.

Tampoco sabía por qué le estaba contando eso a ella. Era algo de lo que ni siquiera había hablado con Paola.

—Pero tú la consideras tu madre y eso es lo único que importa.

Glenda tenía razón.

Pensaba que alguien como ella le daría más importancia a la sangre, pero por supuesto que me había vuelto a equivocar. Y aquello hizo que un sentimiento desagradable se revolviera en mi interior.

Porque, joder, ella era demasiado buena.

—Vamos a cenar algo —dije. cambiando de tema.

Porque aunque con Glenda me sentía más que capaz de hablar de cualquier cosa, en ese momento prefería disfrutar de ella que hablar de mi infancia.

—Pensaba que querías tu recompensa.

Me acerqué a ella y le rodeé la cintura con el brazo, acercándola a mí.

—Y la quiero, pienso cobrar mi recompensa toda la jodida noche. —Le di un tenue beso en los labios, unos labios que sabían jodidamente a gloria—. Pero, primero, déjame darte de comer.

Me separé de ella con dificultad. Mi polla gritaba en protesta, pero la ignoré. Esa noche iba a follármela, por supuesto. Pero también quería que hiciésemos algo más. Algo tan mundano como cenar.

—¿Sabes cocinar? —preguntó, arqueando una ceja con escepticismo.

—Tengo una pizza en el congelador. Ve encendiendo el horno, voy a cambiarme.

En realidad, lo que quería era poner un poco de distancia entre nosotros. Fui a mi habitación y dejé las dos mochilas encima de la cama. Me quité la ropa y me di una ducha que fue menos rápida de lo que me hubiese gustado. Cuando terminé, me puse un pantalón de chándal y una camiseta.

Salí de la habitación. Un olor muy agradable llegaba desde la cocina. Cuando me acerqué, Glenda estaba removiendo algo en una

olla.

—Apenas tenía comida fresca. ¿Cómo has logrado cocinar algo que huele tan jodidamente bien? —pregunté, apoyándome en el marco de la puerta.

Glenda me miró por encima del hombro, con ese aire de superioridad que siempre me hacía sonreír.

—Los chefs de catering no solo manejamos banquetes, Scott. También sabemos improvisar con lo que hay. Tenías pasta de sémola seca, una lata de tomates pelados, un poco de aceite de oliva y unas hierbas secas que estaban a punto de caducar. He hecho una salsa simple alla puttanesca sin anchoas ni alcaparras, usando solo los tomates y un montón de ajo en polvo. Es comida italiana de supervivencia.

Le dio un último toque con la cuchara y me ofreció la olla.

—Huele mejor que tu pizza congelada, ¿verdad?

Sonreí.

—Mucho mejor.

—Yo también necesito quitarme el disfraz y quiero ponerme algo cómodo. ¿Me prestas una camiseta?

—Puedes quedarte en ropa interior. Eso también es cómodo.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Por qué no sacas un par de platos?

Hice lo que me pidió. Coloqué un par de platos encima de la pequeña mesa que tenía en la cocina, pegada a la pared. Solo era para dos personas, pero serviría. También saqué dos cubiertos.

Vi cómo quitaba la olla del fuego.

—Diez minutos de reposo y estará lista. ¿Tienes vino para acompañar?

—No, pero tengo cerveza. —Glenda puso los ojos en blanco—. Ve a mi habitación, en el armario tienes camisetas. Coge la que quieras mientras yo saco las cervezas.

Ella asintió. La vi irse a mi habitación. Lo cierto era que verla con una de mis camisetas era una idea que me ponía cachondo; iba a ser una cena difícil. Aunque su sola presencia ya me ponía en ese estado.

Glenda tardó más de diez minutos, por lo que saqué la pasta de la olla y la serví en los platos. Ya me impacientaba por su ausencia, y la pasta estaba en su punto. Cuando regresó, vi que se había duchado, ya que su cabello estaba húmedo y llevaba una de mis camisetas negras.

Aunque ella no era bajita, mi camiseta le quedaba hasta casi las rodillas. Estaba preciosa, pero había algo diferente en su rostro. Parecía enfadada. La ligereza juguetona que había tenido en el baño había desaparecido, reemplazada por una frialdad familiar.

Se sentó a cenar, pero apenas me hablaba. Me respondía con monosílabos e incluso cuando alabé lo buena que estaba la cena se encogió de hombros.

—¿Qué cojones te pasa? —pregunté cuando me harté de intentar tener una conversación normal con ella, dejando el tenedor en el plato.

—Nada —dijo, sin levantar la vista de la pasta.

—Te pasa algo y, como digas que tú sabrás, te pongo encima de la mesa ahora mismo y no te llevo al orgasmo hasta que me lo digas.

Esa amenaza brutal y específica la obligó a levantar la mirada. Sus ojos, generalmente brillantes, estaban llenos de una mezcla de rabia y vulnerabilidad.

—He visto una camiseta de una chica en el armario. Estaba al fondo, medio escondida, entre la ropa de invierno. No estaba rebuscando, solo estaba buscando una toalla para el pelo, porque las que había en el baño eran muy grandes.

—¿Una camiseta de mujer? —pregunté, confuso.

—Mira, Scott, si estás con otra mujer, yo...

Entonces caí.

—Debe ser de Paola.

Ella nunca había dejado demasiada ropa en mi casa, aunque yo estaba dispuesto a cambiar eso, ya que quería vivir con ella. Se hacía la dura, pero podía ver que también lo deseaba. Al final, entendí la razón de la peor manera.

—¿Paola? La mencionaste la otra vez. Dijiste que estaba muerta.

—Era mi exnovia. Y sí, ella murió.

El rostro de Glenda se suavizó.

—No tienes que decirme nada más si no quieres.

Por alguna razón, a pesar de que no quería compartir con Glenda demasiada información, sentí que debía contárselo.

—Salimos durante seis meses. Ha sido la primera novia que he tenido. Mi vida ha sido una mierda, y nunca creí que pudiera enamorarme de nadie. Pero ella apareció en el *pub*; tenía una vida tan jodida como la mía. Conectamos enseguida. Era guapa, simpática y buena, no tenía nada de maldad. Siempre estaba dispuesta a ayudarme y a ver lo mejor de mí aunque no hubiera nada más. Pero ella tenía problemas; problemas ajenos a mí. Y la descubrí espiándonos. Me traicionó y yo la eché a la calle. Quiso hablar conmigo, pero yo no la quería ni mirar a la cara. Apareció muerta al día siguiente. La mataron y yo no la ayudé.

—¿Cogisteis al culpable? —preguntó.

—Sí —dije, aunque esa no era toda la verdad.

Pero no estaba dispuesto a darle más información; no quería. Sobre todo, porque no quería que ella defendiese la inocencia de Gastone. No podría soportarlo.

—Entonces él recibió lo que se merecía.

Glenda era una mujer de la mafia; por supuesto que ella sabía que ese hombre no seguía vivo.

—Pero yo soy tan culpable como él. No la protegí. Paola iba a contarme toda la verdad, iba a sincerarse, pero yo lo descubrí antes y no la dejé explicarse. La dejé irse sin contárselo a Damiano. Lo hice como si así estuviese siendo muy generoso con ella, y lo que hice fue enviarla a una muerte segura con el hombre que la estaba extorsionando.

Glenda se levantó de la silla en la que estaba sentada y se acercó a mí, sentándose en mi regazo. Instintivamente, le rodeé la cintura con mi brazo, acercándola a mí.

—No tienes la culpa, Scott. La dejaste ir porque la amabas. Si no lo hubieses hecho, la habrías delatado. Y todos sabemos lo que les pasa a los traidores.

—Podía haberla protegido de la ira de Damiano.

—Estabas herido, Scott. Estoy segura de que él hubiese terminado yendo a por ella.

Negué con la cabeza.

—No soy un buen hombre, Glenda. No intentes que parezca que lo soy.

—Sé que no lo eres. Si lo fueras, no me habría enamorado de ti —dijo, y vi en su rostro la misma sorpresa que sentí yo.

—¿Te has enamorado?

Ella suspiró.

—Sí. Supongo que ya no puedo seguir engañándome a mí misma. Pensaba que el amor no era para mí, pero aquí estoy, enamorada del último hombre del que debería haberlo hecho.

No. Glenda no debía estar enamorada de mí.

Pero eso era justo lo que había estado buscando. Había conseguido lo que quería. Ahora tenía que decirle que la odiaba a ella y a su familia. Que la había utilizado. Que iba a hacer público cómo se había entregado a mí. Era el momento de mi venganza.

Y, sin embargo, no hice nada de eso.

—Te quiero, Glenda —dije, y en ese instante me di cuenta de que esa era la mayor verdad que había pronunciado nunca.

Ella se rio. De esas risas auténticas que solo soltaba muy de vez en cuando.

—Demuéstrame cuánto encima de la mesa.

Me reí y me levanté con ella en mis brazos. Se agarró a mí con pies y brazos.

—Primero voy a hacerte el amor en la cama. Y después sobre la mesa, el suelo, la encimera y cualquier sitio que se nos ocurra.

—Hacer el amor —repitió ella mientras la llevaba hasta la cama —. No pensé que eso sonaría tan bien.

No, yo tampoco lo pensaba.

Cuando entramos en el cuarto, la dejé encima de las sábanas, pero antes de que pudiese unirme a ella, el móvil que había dejado encima de la mesilla se encendió repetidamente.

—Lo tengo en silencio, pero parece que me están llamando. Voy a apagarlo.

Pero cuando lo cogió, su ceño se arrugó al tiempo que quien fuese que la estaba llamando cortó la llamada.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No lo sé. Tengo diez llamadas perdidas de Mirella, cuatro de Mauro y otras tantas de Ada. Igual alguien nos ha visto.

—Si fuese así, tu hermano ya estaría en mi puerta con varios de sus hombres —dije sin duda alguna. Y probablemente Damiano estaría con ellos para darme el tiro de gracia.

Glenda asintió, de acuerdo conmigo. La luz de su móvil volvió a encenderse. Otra llamada.

—Es Mirella. Ella nunca es tan insistente. Voy a cogerla.

—Hazlo.

—Mirella, ¿qué pasa? —le preguntó cuando cogió la llamada—. No, no puede ser, no —dijo mientras su amiga aún seguía hablando al otro lado.

Notando su ansiedad, me senté en la cama a su lado. Glenda estaba temblando, así que le rodeé la cintura con mi brazo, intentando reconfortarla por lo que fuese que estaban hablando.

—No, Mirella. No puede ser cierto —dijo, con las lágrimas brotando por sus ojos. Nunca la había visto llorar. Glenda era una mujer fuerte, una que evitaba que la vieran vulnerable—. Sí, ahora voy —dijo, colgando el teléfono.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

No sabía lo que esperaba, pero desde luego no lo que me dijo:

—Han asesinado a Lora.

CAPÍTULO 24

Glenda

Salí de un taxi que me dejó en el camino de entrada de la casa de Mirella con el corazón en un puño. Era casi medianoche, pero eso no evitó que ella estuviese en la puerta de la casa esperándome. Nos abrazamos con los ojos llenos de lágrimas.

Sin mediar palabras, subimos las escaleras hasta su habitación y solo cuando me senté en la cama y ella ocupó un lugar a mi lado logré encontrar la fuerza para abrir la boca.

—No lo entiendo, Mirella... —balbuceé, pasándome una mano por el cabello—. ¿Qué ha pasado?

Mirella inhaló una bocanada, temblorosa, como si le costara encontrar el aire.

—Te lo he dicho por teléfono... —Su voz se quebró—. Lora estaba cenando en el restaurante cuando, de repente, han entrado dos hombres armados y la han matado. —Tragó saliva, y el silencio que siguió fue insoportable—. La han matado, Glenda.

Mirella se echó a llorar y yo sentí la bilis ascender por mi garganta. Tuve el impulso de pellizcarme para ver si me despertaba, porque aquello debía de ser una pesadilla. Pero, desgraciadamente, sabía que no lo era.

—¿Fue un robo? —pregunté, pese a que estaba segura de que no lo era. El restaurante en el que se encontraba Lora, Sapore di Nonna, pertenecía a la familia, por lo que el motivo de su asesinato solo podía ser un ajuste de cuentas.

Mirella negó con la cabeza.

—No. Tan solo entraron y empezaron a disparar. Lora estaba allí con dos de sus primas que han venido de Nueva York para ayudarle con la boda. Una de ellas se encuentra en el hospital, grave. Pero no solo han matado a Lora; también a uno de los empleados, y han

herido a varias personas. La asesinaron a ella como podríamos haber sido nosotras.

Cuando nacías en la mafia, pronto te dabas cuenta de que la muerte te perseguía. Lo que le había pasado a Lora era algo frecuente en nuestro mundo, pero quizá por esa razón no acababa de entender que justamente hubiera sido ella.

—Atraparán a los culpables —le prometí, estirando mi mano para sostener la de ella.

—Eso no nos devolverá a Lora.

No, no lo haría.

—Ella no se lo merecía —lo dije de corazón. No importaba que ella y yo estuviésemos pasando un mal momento en nuestra amistad; nada de eso importaba ya.

—Sus padres, su hermana… deben estar destrozados. ¡Dios mío! —dijo Mirella, comenzando a sollozar, y yo la abracé con fuerza para consolarla—. Mauro me ha llamado preguntándome por ti —me informó cuando logró calmarse un poco, retirándose para secarse los ojos—. Él pensaba que estabas pasando la noche aquí y yo le he dicho que estabas demasiado afectada para hablar con él. Pero creo que deberías llamarle.

La miré. Mirella había mentido por mí. Me había cubierto el tiempo que había estado con Scott, aun sin saber dónde estaba en realidad y sin preguntarme por ello.

Sentí un nudo de gratitud en el pecho.

—Gracias.

Mirella me hizo un gesto con la cabeza, como si no tuviera importancia, pero para mí la tenía. Porque aquello me demostró que, pese a todo, y a su manera retorcida y egoísta, Mirella me apreciaba.

Llamé a Mauro, pero no me cogió. Le dejé un mensaje en el buzón de voz diciéndole que me encontraba bien dentro de las circunstancias y que me iba a quedar en casa de Mirella.

No dormimos nada en toda la noche. Aunque apenas hablamos; no había mucho que pudiésemos decirnos. Scott me había enviado varios mensajes preguntando cómo me encontraba y yo le había

respondido. Y aunque Mirella me vio usando el móvil, no me interrogó.

Cuando a la mañana siguiente llegó Ada, las dos estábamos demasiado exhaustas. Las lágrimas se habían agotado, dejando un dolor sordo y seco. Ada entró en la habitación de Mirella. Sus ojos, normalmente tan llenos de chispa y determinación, estaban rojos e hinchados, el reflejo exacto de nuestro propio sufrimiento.

—Atraparon a uno de los hombres antes de que pudiese escapar —nos informó Ada como saludo, sin preámbulos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, levantándome de la silla en la que estaba sentada.

Mirella, que estaba tumbada en la cama, se incorporó.

—Me lo ha contado mi hermano —respondió Ada. El hermano de Ada solo tenía dieciocho años, pero ya era un hombre de honor, un hombre de la mafia—. Y ha delatado al hombre que perpetró el tiroteo con él. El que le pagó para que le ayudase. El verdadero culpable.

—¿Quién? —pregunté.

—Scott. El segundo de Damiano.

Por un instante, no reaccioné. Pude escuchar la voz de Mirella, pero no fui capaz de retener ni una sola palabra. Al principio creí que mi cerebro me estaba jugando una mala pasada; no era posible que Ada hubiera pronunciado aquel nombre.

Pero sabía que sí lo había hecho. Un miedo helado se instaló en mis venas y mi corazón dejó de latir.

—No. Eso es imposible —la negación me salió automática. Pude sentir las miradas de mis amigas sobre mí—. Tu hermano se ha equivocado. O ese hombre mentía.

Ada se dio cuenta de mi ferviente defensa a un hombre que no debería importarme, pero no lo demostró.

Me daba igual levantar sospechas. Scott no se merecía que cayera sobre él un asesinato en el que no había participado.

—Los dos hombres entraron con gorras y el rostro cubierto con pañuelos —continuó—. Las cámaras los grabaron. Apenas fueron unos segundos, pero suficientes. —Hizo una pausa—. A Scott se le movió el pañuelo. Se le vio la cicatriz del rostro. —Alzó la mirada

hacia mí—. Con eso y la confesión de su compinche, no hay margen de duda, Glenda. Está claro que fue él.

—No es posible —insistí, pero Ada no me estaba haciendo caso.

—Mi hermano dice que es una declaración de guerra. Mauro los está preparando para ir contra Damiano y sus hombres.

—¡Ada! —dije, con la voz seca, cortando su monólogo—. Scott no ha disparado a Lora. Él no ha estado esta noche en el restaurante.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Mirella.

Inspiré con profundidad, dándome cuenta de que estaba a punto de confesar un secreto que iba a condenarme. Pero me dio exactamente igual, porque las consecuencias no me importaban.

No cuando se trataba de defender a Scott.

—Porque estaba conmigo.

Mirella me había dejado su coche y me había ayudado a salir de su casa sin que los guardias que la vigilaban me viesen. Ada había engañado a su hermano para que le dijese el lugar en el que se encontraba Mauro.

Cuando les había preguntado por qué me estaban ayudando, su respuesta fue clara: éramos amigas.

Tal vez tenían razón. Quizá no éramos amigas convencionales, pero, a sus maneras retorcidas y egoístas, me querían. Y me lo estaban demostrando estando de mi lado.

Había intentado hablar con Scott, pero no me había cogido el teléfono ni respondido a los mensajes en los que le avisaba de que Mauro iba a por ellos. No sabía si no los había visto o si ya lo sabía y se estaban preparando para la guerra.

Iba a haber un derramamiento de sangre, uno que no iba a permitir. No solo porque Scott pudiese terminar muerto, algo que no quería ni pensar, sino porque morirían hombres, padres de familia, cuando yo tenía la llave para que eso no pasase.

El hermano de Ada le había dado la dirección de un almacén en el puerto, donde habían llevado al hombre que habían atrapado, que imaginaba que ya no respiraría, y donde Mauro aún se encontraba.

Cuando aparqué delante del almacén eran las once de la mañana, pero esa zona estaba muy tranquila, demasiado.

Salí del coche e inmediatamente uno de los hombres de mi hermano se acercó a mí. No sabía su nombre, aunque le había visto en varias ocasiones, pero él parecía conocerme bien.

—Glenda, Mauro no nos ha dicho que vendrías.

Porque no lo sabía. No era algo que pudiese decirle por teléfono en el caso de lograr que me cogiese. Y, además, él no me permitiría estar allí.

—Tengo que hablar con él.

—Ahora está ocupado —me despachó—. Alguien te acompañará a casa.

Crucé los brazos y alcé la barbilla con determinación.

—No pienso moverme de aquí. Voy a entrar.

Antes de que el hombre de mi hermano tratase de convencerme de que me fuera, la puerta del almacén se abrió. Fruncí el ceño cuando reconocí al joven.

Alessandro.

Lucía desarreglado, como un hombre que no ha dormido en toda la noche. Vi que tenía sangre en su camisa, probablemente del hombre que habían estado torturando. Pero sus ojos no estaban rojos; él no había llorado la muerte de Lora.

—Glenda —pronunció mi nombre con confusión—. ¿Qué haces aquí?

—Tengo que hablar con Mauro. Tienes que escucharme, Alessandro. Estáis cometiendo un error.

Alessandro me miró durante unos instantes en silencio, con una expresión seria. El hombre de mi hermano fue a decir algo, pero Alessandro lo interrumpió, haciéndole un gesto con la mano que no comprendí del todo.

—Vamos, ven conmigo —me dijo como única respuesta. Con un movimiento de barbilla, señaló la puerta.

Me adentré en el almacén con él. El hombre de mi hermano se quedó fuera, manteniéndose al margen. La estancia no era muy grande. Estaba prácticamente vacía, salvo por algunas baldas. Vi varias puertas y unas escaleras que llevaban a una planta superior.

—¿Dónde está Mauro? —inquirí.

—Arriba —respondió Alessandro. Asentí y me dispuse a dirigirme hacia las escaleras cuando él me detuvo—. Lo que quieres hacer es un error, Glenda.

Lo observé.

—¿Cómo sabes lo que voy a hacer?

Alessandro esbozó una sonrisa que carecía de todo tipo de calidez.

—Vas a inmolarte por un hombre para el que no significas nada, Glenda.

—Tú no sabes nada, Alessandro.

—Todo esto es mi culpa, ¿sabes? —Se pasó una mano por la cara—. Debería haberme enfrentado a mi padre y a Mauro cuando decidieron que me casara con Lora en vez de contigo. Sé que fui un cobarde por aceptarlo. Si me hubiera negado, si hubiera luchado por nosotros, ese miserable de Scott no habría llegado a ti. No te habría manipulado.

¿Alessandro sabía mi historia con Scott? ¿Pero cómo lo había descubierto? Aunque no habíamos sido demasiado discretos, había creído que nadie de nuestro entorno se había enterado.

—No sé qué sabes o qué crees saber, Alessandro, pero…

—Te vi en la fiesta de compromiso —me interrumpió—. Os vi yéndoos juntos. No entendía cómo podías estar con él hasta que descubrí que te estaba manipulando.

—Scott no me está manipulando. Estoy con él porque quiero.

Alessandro dejó escapar un sonido que era una combinación entre un lamento y un pequeño suspiro.

—Scott no te quiere, Glenda. Te está utilizando.

—Eso no tiene ningún sentido, Alessandro.

—Él envió a un detective para que te siguiese. Reunió información sobre ti, lugares que frecuentas y datos para poder llegar a ti.

—¿Por qué haría eso? ¿Qué interés tendría Scott en acercarse a mí?

Antes de conocernos ni siquiera me soportaba. Las pocas veces que habíamos coincidido me rehuía; no soportaba compartir el

mismo espacio conmigo.

—Por venganza —respondió Alessandro sin titubear.

—¿Venganza de qué?

Aquello no tenía ni pies ni cabeza.

—Scott culpa a tu hermano Gastone de la muerte de su novia.

En ese mismo instante, una mala sensación comenzó a instalarse en el fondo de mi estómago.

—Paola. —El nombre se deslizó con gelidez de mis labios.

—El detective al que obligó a seguirte está aterrorizado. He conseguido que me confesara a cambio de protección. Me ha contado que tu hermano Gastone se alió con un policía para derribar a Damiano, pero aquello salió mal y el policía mató a Paola. No conozco los detalles de lo que pasó. Sé que tu hermano no estuvo detrás, que ni siquiera la conocía, pero Scott lo culpa.

Cada vez, las piezas del puzle comenzaban a encajar con más precisión. Alessandro parecía demasiado seguro de todo lo que me estaba contando y sabía demasiada información como para estar mintiendo. Pero seguía confiando en Scott, porque la manera en la que me miraba, la manera en la que me sonreía y cómo me había dicho «te quiero» no se podían fingir.

—Siento mucho que te hayas tenido que enterar de esta manera, Glenda. —Alessandro avanzó un paso hacia mí y alzó la mano para ofrecerme consuelo, pero no se atrevió a tocarme—. Lo último que quiero es hacerte daño, pero tenías que saberlo. Quería contártelo lo antes posible, pero no conseguí las pruebas hasta ayer.

—¿Pruebas? —repetí con amargura—. ¿Tienes pruebas?

Alessandro sacó su móvil. Le vi buscar algo e inmediatamente mi teléfono sonó.

—Te he enviado un vídeo —dijo—. El detective lo grabó sin que Scott lo supiese. Quería tener pruebas de que él le estaba obligando en caso de necesitarlas.

Con manos temblorosas, saqué el móvil de mi bolso. Alessandro tenía mi número, igual que yo el suyo, aunque nunca nos habíamos llamado. Ni siquiera un mensaje tonto.

El vídeo tan solo duraba un par de minutos, un fragmento de una conversación que ellos estaban teniendo. En él, aunque estaba

oscuro, se veía con claridad a Scott y a un hombre que no reconocí. El detective no estaba muy contento con el trabajo que le había mandado Scott, pero este estaba muy decidido. Aunque, de todo lo que dijo, lo que hizo que estuviese a punto de vomitar fue:

«Solo voy a darles la lección que necesitan y Glenda será mi peón. Voy a destruirla y a ellos con ella».

Las palabras se escuchaban con una claridad imposible de negar, contundentes y llenas de convicción.

—Lo siento, Glenda. Tenías que saberlo.

Escuché la voz de Alessandro distorsionada en mi cabeza, porque, en ese instante, mi corazón se estaba rompiendo en mil pedazos. Había intentado defenderlo, tener una llamarada de esperanza en él cuando no había escapatoria alguna.

Al parecer, sí que se podían fingir los sentimientos. Porque Scott lo había hecho como un actor digno de un Óscar. Toda nuestra historia había sido una mentira; tan solo había formado parte de una venganza que ni siquiera conocía.

Un peón. Eso era lo que había sido. Un maldito peón.

La culpa era mía, por haber sido una estúpida. Había visto cómo el amor destruía a mi madre y había repetido la misma historia. Había creído que yo podría tener un final feliz. Pero yo no seguiría el final de mi madre. No. A mí Scott no conseguiría destrozarme. No me derrumbaría ni me convertiría en una sombra de mí misma hasta que no quedase nada de mí.

Con los dedos temblorosos, busqué el contacto de Scott y le envié un mensaje. El último contacto que tendría con él.

«No me has destruido. Me has hecho más fuerte».

Después le envié el vídeo. Bloqueé el contacto de Scott y borré su número.

Alessandro tosió, recordándome que se encontraba allí.

—Glenda…

—Tienes razón, Alessandro. Scott me ha utilizado. Pero él no ha matado a Lora, estaba conmigo. Alguien le ha tendido una trampa y, aunque ahora mismo no me importe si le metéis un tiro en la nuca, lo cierto es que no puedo permitir que se empiece una guerra.

—Él te ha utilizado, Glenda, pero ya sabes cómo es este mundo. Quedarás desprestigiada cuando se descubra que has estado con un hombre como él.

Lo sabía. Una cosa era tener un ligue, un chico de fuera de nuestro mundo. No estaba bien visto, pero se hacía la vista gorda. Pero con el segundo de Damiano, un hombre de nuestro mundo, uno que probablemente se inventaría mentiras solo para humillarme, todos me mirarían mal. Murmurarían a mis espaldas.

Pero no. Yo no era como él. No dejaría que la venganza me cegase.

—No me importa. Debo hacer lo correcto. Tengo que hablar con Mauro.

Pude ver que Alessandro no estaba de acuerdo con mi decisión, pero asintió.

—Está bien. Te acompaño.

Mientras subía las escaleras y antes de hablar con mi hermano, supe que no importaba la humillación que iba a sufrir, que no importaba el castigo que Mauro me impusiese, que no importaba nada. Nada me afectaría. Porque Scott no solo había roto mi corazón, sino también mi alma.

Pero aquello no me derrumbaría. Saldría adelante.

Porque Scott se equivocaba: yo no era ningún peón. Era la maldita reina.

Y se lo pensaba demostrar.

EPÍLOGO

Scott

2 meses después…

Marcus me entregó el café solo que le había pedido. No intentó mantener una conversación conmigo; bien sabía, por las veces anteriores en que lo había intentado, que no iba a obtener ninguna respuesta de mi parte.

Había acudido a el Perky Beans varias veces en los últimos dos meses. La primera vez fui por pura curiosidad: quería entender qué tenía de especial ese lugar que tanto le gustaba a Glenda. Después, empecé a volver con la vana esperanza de que, quizás, ella estuviera allí.

No había tenido suerte.

La puerta se abrió. No miré quién entraba, pero cuando sentí que se sentaban a mi lado, supe quién era.

—¿Me has seguido? —espeté mientras le daba un trago a mi café.

—¿Y te extraña? —Damiano apoyó las manos en la mesa.

—Deberías haberme matado.

Damiano apartó las manos de la mesa y se recostó en la silla, cruzando una pierna por encima de la otra.

—Me lo planteé, pero, a pesar de tus gilipolleces, eres un buen segundo. Y no te he torturado porque bastante bien lo haces tú solo.

Solté una carcajada sin humor y le di otro trago a mi café.

—La pista que estábamos siguiendo Mauro y yo ha terminado en punto muerto. Seguimos sin saber por qué alguien quería culpar a nuestra organización de traicionar a la familia de Mauro —me dijo.

—Mucha gente gana si se inicia una guerra entre nosotros y ellos. Pero debería ser yo quien esté investigando. Debería ser yo quien encuentre al hombre que se hizo pasar por mí.

—Probablemente ese hombre esté muerto —replicó Damiano.

Yo también lo creía. Estaba seguro de que solo era un pobre diablo al que alguien más poderoso había engañado y utilizado. Le habían ayudado a escapar, probablemente para matarlo antes de que pudiésemos encontrarlo.

—Aun así, debería estar investigándolo —insistí.

Damiano resopló.

—Mauro te matará si te acercas lo más mínimo a él o a cualquiera de su familia. Te quiere fuera de todos sus negocios.

—Es un hijo de puta —mascullé, cerrando las manos en puños.

—Deberías estar contento. Has conseguido lo que querías. Mauro se enteró de que utilizaste a Glenda, y no solo él, sino todos sus capitanes. Tuvo que decírselo. De otra manera, no se hubieran creído que no eras tú el que entró en el restaurante.

—Podía haber encontrado otra manera, pero eligió sacrificar a su hermana. Ese hijo de puta egoísta.

Pude sentir la intensidad de la mirada de Damiano sobre mí mientras le daba un último trago a mi bebida.

—Venga, no me jodas —masculló—. Te has enamorado de ella.

No era una pregunta, sino una afirmación. Tampoco iba a negar algo que él no creería, ni algo que yo quisiera negar. No sabía en qué momento había pasado ni cómo, pero Glenda se me había colado en el sistema como un veneno dulce: lento, adictivo e imposible de expulsar.

—¿Qué quieres, Damiano? —espeté con amargura, ladeando la cabeza para mirarlo.

—Quiero que te olvides de Glenda, Scott.

—No puedo hacerlo.

—Ella no quiere saber nada de ti.

—¿Te lo ha dicho ella? ¿Ahora tenéis una relación de hermanastros como con Mauro?

Damiano ignoró mi sarcasmo.

—Glenda se ha comprometido, Scott.

Rojo. Una furia ardiente y salvaje, como nunca antes había sentido, comenzó a incendiarme las venas.

—¿Mauro la ha obligado?

Damiano no me respondió al instante; tardó unos segundos que se me hicieron eternos. Me miraba con cautela, como si fuera una bomba a punto de explotar, y en ese momento entendí por qué había decidido darme la noticia en aquella cafetería. ¿Creía que quedaba alguna decencia dentro de mí? ¿Creía que me contendría porque estaba en público?

No. Damiano me conocía demasiado bien para pensar eso. Él era listo; se había dado cuenta de que ese lugar estaba conectado con Glenda de alguna manera y pensaba que me contendría por ella.

Pero se equivocaba.

Porque cuando se trataba de Glenda no pensaba. Era capaz de destrozar, de arrasar con todo. Porque eso era lo que Glenda me hacía: mi amor por ella era tóxico y explosivo. Ella despertaba la peor parte de mí mismo.

—No —contestó—. Ha sido ella quien se lo ha pedido. Hasta ha elegido a su prometido.

Me levanté.

—¿Quién es él?

—Eso no te importa, Scott.

Sí, sí que me importaba. Porque iba a matar a ese imbécil. Y luego, iba a recuperar a Glenda.

Porque Glenda tenía derecho a odiarme, tenía derecho a vengarse, pero no podía irse con otro. Porque ella era mía.

Mi conejita. Mi obsesión.

Continuará…

La historia de Glenda y Scott sigue en *Oscura Sentencia*, que se publicará en enero. ¡No te lo pierdas!

Agradecimientos

Gracias de corazón por sumergirte en la historia de Glenda y Scott. Cada página leída y cada momento compartido con estos personajes hace que este mundo cobre vida y que la aventura continúe más allá de estas páginas.

Si te ha gustado la historia, puedes dejarme una reseña en Amazon o en Goodreads.

Para estar al tanto de nuevas historias, curiosidades sobre los personajes y otras sorpresas, puedes seguirme en las redes sociales:

- Instagram: lexi_thurman03
- Facebook: lexi thurman
- Tiktok: lexi.thurman

Si quieres más historias de este universo, descubre la bilogía de Audrey y Damiano.

BOOKS BY THIS AUTHOR

Venganza Cruel

Llegué a Chicago con una misión: destruir a Damiano Mancini.

Un monstruo de carne y hueso que los padres mencionan para asustar a sus hijos antes de dormir. Un mafioso sin alma, un asesino sin redención. Me infiltraría en su mundo, me ganaría su confianza y lo haría pagar por cada uno de sus pecados. Me vengaría por todo lo que hizo, por lo que me arrebató.

Pero nadie me advirtió sobre su arma más peligrosa, aquella que me haría caer en sus redes.

Aquella que provocó que terminara enamorándome de él.

Dulce Redención

Huí de Chicago, escapando del padre del hijo que esperaba. Del mismo hombre al que quise destruir y del que, sin darme cuenta, terminé enamorada. Pero debí saberlo mejor: Damiano Mancini no es un hombre que permita que le arrebaten lo que considera suyo. Y yo era suya. Su obsesión, su posesión.

Creí que la distancia me protegería, creí que podría esconderme. Pero él me encontró y me llevó de regreso. Aunque, esta vez, no pensaba rendirme. Porque solo yo decidiría cuál sería mi destino.

¿El problema? Que quizás mi destino siempre había sido él.